

ANA CAROLINA ZEGARRA

Acerca del autor



Ana Carolina Zegarra es una escritora políticamente incorrecta y ocasionalmente poetiza. Cursó estudios en la Universidad San Agustín. Ha publicado Make & Gum (Marcapasos, 2009), 21 Casas de Verano (2011) y poemas en revistas locales. Ganadora del premio nacional 'Abraham Valdelomar' y finalista en otros premios literarios. A su escasa edad es una prolífica, laureada, y talentosísima escritora de novelas eróticas y pseudo-románticas, que se abre paso como una de las promesas literarias de su país. También es profesora de inglés, madre de dos hijos (de cuatro patas), ama de casa y ufóloga aficionada. Dedica su tiempo libre a escuchar música (punk, rock alternativo, Celia Cruz, Iván Cruz, Artik Monkies, Tony Rosado), mirar películas, tantísimas que cree conversar con el difunto Andrecito Caicedo y comentarle las ultimitas.

No escribe para ser famosa, ni para hacerse millonaria, pues se hubiese dedicado a alguna otra actividad más lucrativa y aunque algunos libros suyos hayan sido tachados de vacuos y banales por sus colegas escribidores y pechofríos, las críticas no le quitan el sueño, pues no se considera una persona profunda (literalmente). Escribe porque siente deseos de hacerlo, porque cree que es lo mejor que sabe hacer, porque es su forma de expresarse, de contener la avalancha de imágenes e ideas que la acosan por las noches y no le permiten disfrutar de la paz de una salchipapa o un pollo a la brasa junto a su novio, porque la hace sentirse plena y satisfecha, porque escribir se adapta a la forma de vida que desea, pero sobretodo, para ganarse la vida.

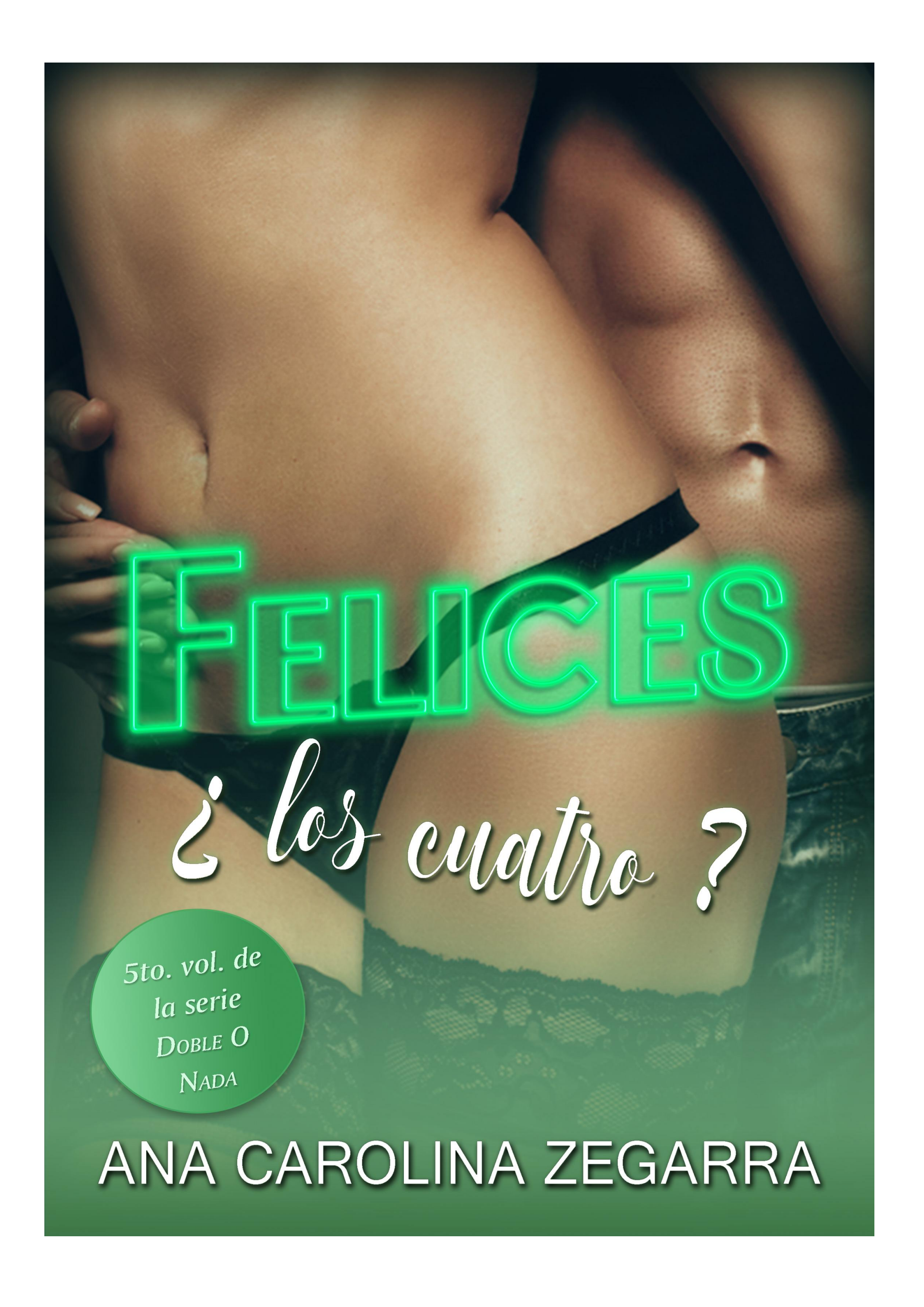
Desde su debut con 'Prometida Por Conveniencia', sus libros han logrado posicionarse entre los más vendidos. Desde pequeña sintió inquietud por las ciencias; sin embargo, un día se sentó a escribir, le gustó y ya no quiso dejar de hacerlo. No se siente atraída a escribir poesía, aunque ha publicado una plaqueta de poemas pornográficos, pues se siente igual de hábil y capaz que sus coleguitas poetas arequipenses, a quienes acusa de preocuparse más de hacerse un nombre, antes que por escribir.

Es hija única y actualmente reside en Arequipa intentando compaginar todos los aspectos de su vida como escritora, profesora de inglés, y novia. Está comprometida con un talentoso, hermoso novio, follador, comprensivo, y aunque no comparten los mismos gustos y aficiones la ha apoyado siempre con cada uno de sus proyectos y a superar sus vicios y adicciones. Se describe a sí misma como una melodramática pluridiversa, llena de todo, romántica empedernida y en peligro de extinción.

Zegarra ubica la tensión de su obra en la pérdida de la juventud, en como esta se desplaza dejando a los adultos que seremos. Es un viaje, y no necesariamente uno bueno. Dentro de la cabeza de Carolina el conocimiento académico y las lecturas clásicas se entremezclan con bandas indie, combis y platillos voladores, chichasara, cine de autor, divagaciones, literatura y referencias a la cultura pop, que lindan casi con el autismo, y del que se nutre para escribir sus obras. Comprometida con su novio y con su profesión, ya no toma ni fuma, se siente un poco vieja después de su alocada supervida, y se compromete a tomarse más en serio el oficio de escribir.

Puedes contactarla en:

https://www.facebook.com/posera.tercermundista


Felices
¿ los cuatro ?
5to. vol. de
la serie
Doble O
Nada
ANA CAROLINA ZEGARRA

Diseño de cubierta: H. Kramer
Ana Carolina Zegarra

Año 2018

¿FELICES LOS 4?

Serie Doble o Nada

Volumen 5

Ana Carolina Zegarra

PRÓLOGO

Bienvenidos a ésta, la última parte de mi historia. O al menos a lo último que pienso contarles.Ya sé que pensarán: “eso ya lo ha dicho antes” (y es cierto), pero esta vez es la definitiva, les aseguro. .Este convencimiento parte de una promesa que les hice *a ellos*. Y pase lo que pase, les voy a cumplir.

Lo que leerán a continuación está narrado a tres voces. O a cuatro, porque algunas escenas hicieron necesaria la intervención de un narrador omnisciente. Esta curiosa elección tiene que ver con que quise que supieran los pensamientos, sentimientos y vivencias de los tres, incluso en algunos momentos tuve la necesidad de tomar distancia para contarles mejor. Y en otros, preferí hablarles directamente a ustedes, en unas cartas “a mis lectoras” escritas con el corazón.

El fin de la serie no será mi fin. Mi vida continuará ¡eso espero!, pero ya no sabrán de mí. Hasta pienso cerrar mi perfil de Facebook y dejar morir a la “Verónica L. Sauer” que conocen, para que la verdadera pueda cerrar una

etapa y

abrirse a nuevas experiencias.

No obstante no renunciaré a escribir… Sé que eso puede salvarme, ya lo

he comprobado. Pero si llego a "resucitar", lo haré con otro seudónimo y otra historia que no sea la mía. Si retomo las letras, lo haré creando, no recreando lo ya vivido.

Así que esto, de alguna forma, es la despedida.

Millones de gracias por acompañarme en este proceso.

Verónica

Santiago

La mina parece estúpida. ¿Qué parte de "necesito un pasaje para New

York lo antes posible" no entiende? Me muestra folletos del bus turístico, de comedias musicales. Me quiere vender el "New York Pass"… No parece, es

estúpida, porque cuando le digo que no me interesa, me muestra una oferta para

conocer Filadelfia.

Me estoy impacientando mucho e Iván también. Me doy cuenta porque

descruza las piernas y las vuelve a cruzar mientras se rasca la barba. Está levantando presión, lo sé. Y tango que hacer algo para evitar que le diga "callate, forra" o alguna de sus típicas animaladas.

—Mirá, solo necesito un pasaje a New York. Solito, pelado.

—¿Y el hotel? ¿O tenés donde quedarte? Porque tengo unos

apartamentos en la octava…

Suspiro. Iván se rasca la cabeza, justo atrás de la oreja. Mala señal. Muy

mala…

—No lo necesito. Ya me las arreglaré cuando esté allá. Decime, ¿para

cuándo tenés el vuelo más próximo? No me importan las conexiones —le digo

inclinándome hacia adelante para que vea que tengo prisa.

Ella me observa por encima de los lentes de media luna. Me pone muy

nervioso esta mujer.

—¿Es una emergencia?—pregunta finalmente, y escucho a Iván resoplar

a mi lado. Y de inmediato responde por mí.

—Sí, es una emergencia. Solo reservá un pasaje a New York, con la

vuelta abierta. Tiene pasaporte comunitario, el E.S.T.A. al día y no necesita visa.

No importa cuanto salga, ni en qué compañía, ni cuantas escalas. Pagamos con American Express—le escupe, más que le dice. Y luego saca su tarjeta.

La mina lo observa con cara de orto. Creo que intuye que no está el

horno para bollos, así que se pone a teclear en la compu.

Y cinco minutos después se hace la luz.

—Mañana a las doce te puedo conseguir por Copa vía Panamá. Luego

tenés escala en Miami, y tres horas de espera. Llegás a New York a las siete. ¿Te

sirve? —pregunta con cara de pocos amigos.

—Reservalo ya. Pero con esta tarjeta —le digo extendiendo la mía.

Iván vuelve a resoplar.

—¿Vos no lo acompañás? —pregunta la tipa de la agencia, mirándolo por

encima de los lentes.

Uy, la cagó. Puso el dedo en la llaga y los ojos de Iván brillan por la indignación. No, no me acompaña pero ganas no le faltan. Tiene la entrada prohibida a los Estados Unidos por un incidente menor cuando tenía veinte años,

que no viene al caso mencionar. Como en otras oportunidades, fue Vanessa la que lo llevó por el mal camino y ahora está pagando con lo que más le duele: no

poder ir conmigo a buscarla.

Está furioso por eso y se le nota. Casi que siento pena por él, pero no lo

hago porque sé que si pudiese ir empeoraría la situación. Iván y Hernán no pueden respirar el mismo aire sin querer arrancarse la cabeza mutuamente, así que la naturaleza es sabia y el gobierno de los Estados Unidos de América también, al prohibirle la entrada.

Pero por otro lado pienso que su presencia sería definitoria en la misión a

la que estamos abocados. Vernos juntos quizá la haga evocar eso que nosotros

no

dejamos de recordar hasta volvernos locos. Eso a lo que no nos resignamos a perder. Eso que queremos recuperar a como dé lugar.

Pero tendré que ser yo el que lo haga. De mí depende, y me la voy a

jugar con todo para lograrlo.

Firmo el dichoso voucher, y justo cuando la mujer me da el comprobante,

escucho la voz de Iván. Y lo peor es que habla en ese tonito determinado que me

llena de miedo.

—Yo quiero un pasaje también.

La mina lo mira con desconfianza.

—¿A New York?

Ahora el que pone cara de orto es Iván.

—No —responde secamente.

—¿Adónde entonces? —pregunta la tipa y yo me doy cuenta de que está

a punto de perder la paciencia.

—Adónde sea. Cerca de Yanquilandia.

Carajo. ¿Qué pretende? No puede entrar a Estados Unidos pero se quiere

quedar… ¿cerca? ¿Para qué?

—Iván, no es necesario que… —comienzo a decir, pero él me detiene

con un gesto.

—México, Cuba, Dominicana. Cualquier lado. Ida y vuelta, pasaje

abierto —dice, muy seguro de sí.

La tipa mueve la cabeza y se pone a teclear. Seguro que piensa que está

loco. Que ambos lo estamos.

—Te puedo meter en el mismo vuelo a Panamá y conectar con… Mirá,

tengo un vuelo a San José de Costa Rica a la misma hora que sale tu amigo hacia

Miami.

Iván se encoge de hombros y asiente, conforme Pero cuando la mujer

intenta venderle un paquete completo, temo que pierda los estribos de un momento a otro.

—Podés hacer turismo aventura en Costa Rica. ¡Es ideal! Tiene una

flora, una fauna… La gastronomía es exquisita, y también podés disfrutar de la

playa. Hay una, Playa Caletas, que me dijeron que era divina…

—No voy a hacer turismo, no te gastes —le dice con sequedad.

—Pero en algún lugar tenés que parar —insiste la mujer.

—Yo me arreglo —responde de mala manera. —Reservalo ya. El vuelo a

Panamá y la conexión a San José.

Y mientras la mina le pasa la tarjeta, Iván me mira a los ojos.

—Depende de vos, flaco. Pero yo quiero estar cerca —me dice—. Sino

me voy a volver loco acá.

Lo entiendo. A mí me pasaría igual.

Cerramos las ventas, guardamos los plásticos. Nos sentimos un poco

menos desolados que ayer, cuando después de darle largas al asunto, ella nos dijo la verdad. Y esa verdad fue como un golpe en los huevos.

No va a volver, así de simple. Lo que no será tan simple va a ser

convencernos de eso.

En la cara. Me lo va a tener que decir en la cara.

Iván

Si hubiese sabido que tener antecedentes penales por drogas me

impediría la entrada a Yanquilandia, jamás hubiese inhalado esas líneas de coca.

Solo puedo decir a mi favor que era joven, estaba perturbado psicológicamente,

Vanessa me dijo que lo hiciera y yo era un pelotudo que hacía todo lo que ella

quería, sin llegar a prever que mi futuro podía estar comprometido por una cosa

así. No es que recién me haya enterado de que la entrada a la patria del Tío Sam

me está vedada, pero es la primera vez que me jode en serio.

Odio a los yanquis de mierda, pero sobre todas las cosas odio a Hernán Gelli. Lo dije. Con todas las letras. Odio a ese hijo de puta manipulador rastrero que se aprovecha de las circunstancias y la aleja de nosotros.

Porque estoy seguro de que todo esto es culpa suya, no hay duda. Solo Santiago y yo sabemos que ella quería volver. Es más, si no fuera por la puta promesa que le hizo, jamás se hubiese ido. Entonces… ¿quién sino Hernán puede ser el causante de que aún estemos separados?

Cuando supimos la verdad, esa verdad tan contundente que hasta nos dolió físicamente, ambos supimos lo que teníamos que hacer: ir por ella. Sí, a buscarla. Y maldita la hora en que se me ocurrió falopearme, malditos yanquis hijos de puta que no me dan la visa, y maldita seas vos, Verónica, que hiciste que se enderezara mi mundo para luego hacerlo mierda otra vez.

Creí que había encontrado la felicidad. Mi casa, mi lugar, entre las piernas de esa mujer. Todo lo que quería se concentraba en esos cincuenta kilos de mina infernal, de pelo rubio y dientes de publicidad de pasta dental.

Una belleza por dónde la mirara, y la persona más libre que conocí en mi vida. Le tuve miedo desde el principio, y no me equivoqué. Pero la prefiero comiéndose el mundo por ahí, y no muriendo de a poco con el infeliz de Hernán.

¡Qué hijo de puta!

Me enferma saber que la está disfrutando. Se debe matar a pajas fantaseando con lo que planea hacerle, porque estoy seguro de que todavía no la tocó. Pero el hecho de que pueda verla despertar, observarla reír o llorar, mirarla, solo mirarla… Me enferma. Realmente me pone mal.

Ella es nuestra, de Santiago y mía. Yo no lo quise así, sino la vida. Fue la vida la que la apartó para nosotros, la vida la que eligió que Vero nos enamorara, y que en lugar de pelearnos como dos cavernícolas por ella, simplemente la compartiéramos. Estuve leyendo sobre el tema: se llama “poliamor”. Aunque a muchos les suene raro, los seres humanos podemos amar a dos o más personas y elegirlos como compañeros de vida.

Bien, yo amo a Verónica y sé que Santiago también. Nos llevamos bien

juntos. Lo gozamos como unos auténticos hijos de puta y nos importa un carajo

lo que piensen los demás.

Si la tenemos cerca, podemos hacer que se olvide de todo menos de

nuestras lenguas, de nuestras pijas, del placer que le damos y el que ella nos da.

Pero estando tan lejos, se la dejamos servida en bandeja al imbécil de Hernán.

Qué ganas de aplastar a ese *pastelito* con el puño.

Odio la violencia, Dios sabe que la odio y que sufrí como un perro en mi

niñez y juventud debido a ella, pero con mucho gusto agarraría a Hernán y lo molería a golpes.

Porque estoy seguro de que él tiene la culpa de que Vero no haya vuelto.

Lo intuyo, lo sé.

Lo siento acá adentro.

Y ayer, cuando lo escribió en el grupo de WhatsApp que armamos antes

de que se fuera, también supe que ni Santi ni yo la íbamos a dejar por esa.

Cada vez que me acuerdo, me hierve la sangre.

Desde que llegó a New York dejó de mandarnos audios. Solo un escueto

“Llegué bien” es lo que obtuvimos y la verdad que no nos gustó nada. Y luego

de eso, se pudrió todo.

“Todo bien”. “En serio, todo bien” “Trabajando” “Sigo trabajando, luego

hablamos”.

¿Nos tomaba por estúpidos? Primero la llamó Santiago y no atendió.

Luego la llamé yo y cayó en el contestador de entrada. Lo había apagado.

Entonces comenzamos a ponernos nerviosos de verdad.

Preguntamos, exigimos. Hasta rogamos. Prendía el teléfono, nos escribía

que tenía mucho trabajo y cuando queríamos aprovechar que estaba en línea para

llamarla, o no atendía o lo apagaba.

Y luego de dos días sin responder, nos puso aquello.

Lo leo y lo releo, y cada vez duele más.

"Estuve pensando que lo que pretendíamos intentar no va a funcionar.

No quiero ser la mantenida de nadie. Acá tengo trabajo y soy independiente. Tal vez vuelva más adelante y podamos recordar viejos tiempos, pero por ahora me

quedo acá. Este empleo en la Price es demasiado bueno como para dejarlo y me

prometieron un interesante bono para Navidad. Lo siento, chicos. Cuando estamos juntos todo se ve color de rosa, pero a la distancia me doy cuenta de que es un juego peligroso el que estábamos jugando, y ya no lo quiero jugar más. Lamento si les creé falsas expectativas, pero prefiero cortar ahora, y diciéndoles la verdad, antes que seguir evitándolos. La pasé muy bien. Con ambos. Pero llegó la hora de sentar cabeza y dejarme de locuras, que ya no soy una nena. Voy a cumplir treinta y seis, y necesito encarar la vida de otra manera, y poder mirar a mis viejos y a mis amigos a los ojos. Gracias por tan

lindos momentos, chicos. Tal vez más adelante haya más, o tal vez no. Como sea, gracias por hacerme el aguante.

Los quiero. Vero".

Todo eso, en un largo mensaje por WhatsApp. Y luego, una copia a cada

uno por mail. Como para que nos quedara bien claro y no jodiéramos más.

Obvio que no nos conformamos y estuvimos el día entero llamando y

mandándole mensajes. En los primeros nos clavó el "visto" y no respondió. En

los últimos, ni siquiera eso.

Anoche nos sentamos y lo hablamos con calma. Bueno, al menos al

principio.

—No le creo —me dijo Santiago. Estaba raro, más serio que de

costumbre. —Esa no es ella. Verónica no es así…

—Yo tengo la misma sensación. Esa no es la mina que despedimos en el

aeropuerto la semana pasada. Es otra, y no me gusta nada —convine.

—¿Qué puede haber pasado?

—¿En serio me preguntás? —le dije exaltado. —¡Hernán! Eso pasó…

Santiago miró para otro lado.

Al rato murmuró:

—No me parece que él tenga tanto poder de convencimiento, ni tanta

influencia sobre ella.

—¿Ah, no? —repliqué. —La comprometió a volver, se lo hizo jurar.

¿Vos te parece que no tiene influencia? La tiene, seguro que la tiene. Y la está usando para separarnos.

Santiago dudó y yo supe por qué: por mi mala onda con Hernán. Por

alguna razón que no alcanzo a descubrir, el pelotudo lo aprecia. Si hasta le salvó la vida… Un tarado, la verdad.

—Solo hay una manera de saberlo —dijo luego de unos momentos.

—¿Cuál?

—Yendo a New York. Escucharlo de su propia boca.

Tuve que admitir que tenía razón, y de inmediato me acordé…

—¡La putísima madre!

—¿Qué?

—¡No puedo entrar a Estados Unidos! ¡Por lo de las drogas!

Santi movió la cabeza.

—Carajo, Iván. Sos boludo en serio… Te necesito conmigo. Entre los

dos podemos, pero solo…

—Vas a tener que poder, forro. Y tiene que ser ya.

Así de fácil se decidió el viaje. Y hoy nos fuimos a la agencia a hacer la

reserva.

Santiago compró un pasaje a New York y yo… Yo me voy a Costa Rica.

Es que no soporto la idea de tener que quedarme acá a esperar. Prefiero

estar cerca.

Nos salió un huevo y la mitad del otro conseguir lugar en ese vuelo de Copa que sale mañana, pero si logramos traerla, será la mejor inversión de nuestras vidas.

Ahora si no lo logramos… O mejor dicho, si Santiago no sale de

Yanquilandia con Vero, no habrá guita que pueda compensarnos el haberla perdido.

Ni plata, ni nada.

No hay dos como ella… Y si la hubiese, no la quiero. A la única que quiero, a la única que necesito es a la mujer que lleva un “3” tatuado en su muñeca derecha.

Porque es nuestra.

Nuestra.

Verónica

Pone una rodilla en el suelo y me tiende el anillo. Mi anillo… El que me sacó hace dos meses, cuando me fui a mi Argentina natal, a la boda de mis padres.

Sonríe y en sus ojos se refleja el cielo, pero yo no puedo admirar su belleza porque me preocupa más que no se dañe la rodilla en el camino de grava.

Últimamente estoy más preocupada por la salud de Hernán, por su integridad física y mental, que por cualquier otra cosa. Cuando otro tipo de preocupaciones afloran, las aparto de mi mente. No es el momento de pensar en mí, sino en él, que no está bien, que está sufriendo…

No pienso en mí, pero sí pienso en ellos. En Santiago e Iván. ¿También estarán sufriendo? ¿O simplemente me odiarán?

¿Presentirán que hay algo muy poderoso que me retiene? ¿Se habrán olvidado de mí? Imagino a Santiago en brazos de Diana, y me descompongo.

Imagino a Iván en las garras de Vanessa y me falta el aire.

Me atreví a soñar con la felicidad, a creer que la fuerza del amor todo lo podía, pero no contaba con el poder de la culpa, de los remordimientos. La deuda moral que tengo con Hernán, me lleva a ser yo quien le tienda una mano, y un hombro en el cual llorar.

Me toca a mí ser sólida como una roca y contenerlo.

¡Está tan solo! Tan triste…

El verlo esperándome en el aeropuerto me llenó de alivio. Lo había

llamado desde Miami, pero no respondió y casi me da un ataque.

Vivo las veinticuatro horas pensando en que Hernán puede hacer una

locura en cualquier momento. Estoy alerta ante cada uno de los signos que delaten su depresión. Estoy pendiente de su estado de ánimo, y también de su localización. Procuro que nunca esté solo, porque tengo miedo de que *lo haga*.

Después de todo ya lo intentó y a mí me consta. Sé de lo que es capaz cuando siente que alguien le falla, o cuando se siente así de solo.

Su estabilidad mental fue solo una ilusión. Hernán está mal, muy mal.

Pero aquí estoy yo para ayudarlo.

La cuestión es cómo hacer para lograr el equilibrio entre contenerlo e

incentivarlo.

—Muy romántico, *pastelito*. Y reiterativo… Esto es como un *deja vù*.

Su sonrisa se desvanece y yo tengo ganas de patearme las tetas. ¿Por qué

le dije esa estupidez? ¿No podía aceptar el anillo y nada más? Andar como pisando huevos me pone los pelos de punta, pero tengo que aguantar.

—Lo sé, pero soñaba con este momento. Es lo que me mantuvo vivo,

Blondie —me dice poniéndose de pie, mientras yo me acomodo el anillo.

—No digas eso.

—Tu promesa es lo que hacía que todas las mañanas me levantara.

Cuando te fuiste me di cuenta de lo solo que me sentía, de lo mal que estaba si

no te tenía a mi lado…

—Hernán…

—Ya sé, ya sé. No te estoy “cantando” amor porque sé que te molesta.

Seamos amigos ¿dale? Friends, only friends.

Sus palabras me confunden. A veces siento que está jugando conmigo,

pero la mayoría del tiempo siento que me necesita mucho.

—Only friends —asiento. Pero cuando me toma de la mano y me

acaricia la cara, dudo. Cada uno de sus gestos me dice que quiere ser más que un

amigo.

No creo que sea amor. Tal vez solo quiera meterse en mi cama, sacarse

un gusto, regalarse un capricho. Estoy dispuesta a todo para ayudarlo menos eso.

Eso no. Eso le pertenece a alguien más.

Mi cuerpo será siempre de los dos hombres que me robaron el corazón,

que me enseñaron a hacer el amor y a disfrutar del sexo sin hacerme preguntas.

—¿En qué pensás, Blondie?

—En nada —me apuro a contestar, mientras me echo a andar.

—Vamos… Hacé como que soy tu amigo gay y contame tus penas. Estoy

preparado para escuchar lo que sea, incluso que me cuentes cuánto extrañás que

te la pongan por adelante y por atrás a la vez.

Dejo de caminar al instante y lo miro sorprendida. Jamás me habló así

antes, y no debió empezar ahora. Estoy atónita, sin aire. Me siento tan violentada, que solo atino a mirarlo con lágrimas en los ojos.

—¿Qué? —pregunta abriendo los brazos como haciéndose el inocente.

—Vero, me resisto a pensar que cuando estaban los tres juntos uno de ellos solo

miraba y aplaudía… No tiene nada de malo, solo que esa vida no es para vos.

Trago saliva, y trato de contenerme pero no puedo.

—¿Y qué vida es para mí? ¿Esta? ¿Ser tu niñera? ¿Tu acompañante

terapéutica?

Y ni bien lo digo, deseo no haberlo hecho. Me arrepiento al instante, y terriblemente compungida le ruego que me perdone.

—Hernán, no quise decir…

Ahora es él quien tiene los ojos llenos de lágrimas.

Me da la espalda, y cuando le toco el brazo se aparta de mí.

—Por favor, perdoname.

Se da vuelta, y sus ojos brillan pero no de dolor sino de indignación.

—Depende de vos, Blondie. Tenés mi vida en tus manos —me dice. Pero

al verme temblar enseguida cambia de talante. —Te necesito ahora, no me sueltes la mano por favor.

Me aterra que haga alguna locura. Y me avergüenza decir que más que el hecho de perderlo, me desespera la posibilidad de tener la culpa de no haberlo salvado.

Debo resguardar mi corazón y mis deseos. Ignorar el teléfono, y navegar

por las redes solo por consideración a mis lectoras y para promocionar lo que estoy escribiendo.

Eso es lo único que mantiene mis recuerdos vivos.

Y compartirlo al publicarlo, una forma de que ellos me entiendan algún

día.

Santiago

Como el tercer asiento no lo ocupa nadie, yo me pongo en la ventanilla e

Iván ocupa el del pasillo.

En el medio, la nada. Igual que en nuestra vida.

Nos falta algo, nos falta ella. Y estamos volando para ir a buscarla.

Veo a Iván rascarse la barba, y sé que está preocupado y nervioso. Lo desespera no poder ir a New York a encarar a Verónica, y a romperle la cara a

Hernán de una piña, porque está convencido de que él la retiene.

No me explico cómo puede hacerlo… Pero Iván sí. Dice que la manipula

a su antojo, que le hace una especie de chantaje sentimental, que le echa en cara

lo mucho que hizo por ella cuando nosotros la dejamos ir.

Recién cuando todos duermen, nos largamos a hablar.

—Partile la boca, Santiago. Besala con ganas, para que recuerde qué es

lo que se está perdiendo. Y a él… Bajale los dientes por mí —me pide.

Cierro los ojos y murmuro:

—Ni vos ni yo somos violentos. Y lo que voy a hacer es hablar con ella.

Quiero preguntarle, quiero saber…

—No, no. Vos vas a hacerla volver, forro. Tenelo bien claro.

—Iván, esa es mi intención, a menos que…

—¿Que qué?

—Que me dé cuenta de que no quiere hacerlo. Que vea que la está

pasando bien allá. Voy para eso, para sacarme esa duda, no para forzarla ni nada

parecido.

—Sos un pelotudo importante. ¿No aprendiste nada? ¿La vas a dejar ir, así nomás?

Me acomodo en el asiento para mirarlo a los ojos.

—¿Cómo podés estar tan seguro de que nosotros dos es lo mejor que

pudimos pasarle? A ver, explicame —lo increpo.

—La magia estaba ahí. Vos la viste disfrutar… La escuchaste. No solo

gritar de placer, sino reír. Viste su sonrisa todas las mañanas durante casi un mes.

¿Qué duda te queda? —me pregunta asombrado.

—Sé que la pasó bien. Que la pasamos bien los tres… Pero no sé si la distancia enfrió las cosas y pudo verlas distinto.

—¡Pasaron quince putos días, Santiago!

—Bajá la voz.

—¿Te parece que pudo olvidarse? ¿Mantuvo vivos sus deseos durante un

año y medio, y en quince días se enfría? —me pregunta en un tono más bajo.

—Durante ese año y medio, los tres hicimos nuestra vida. Fuimos

totalmente funcionales, y lo hubiésemos seguido siendo si ella no hubiese vuelto

—intento razonar, pero Iván mueve la cabeza y sonríe irónico.

—Intentamos vivir, Santiago. Sobrevivimos, pero ella siempre estuvo

ahí. ¿Vos sabés que un día llevé a casa a Javier? ¿Te acordás de Javier, el cubano? Intenté vivir con él y Vanessa lo que teníamos con vos y Vero. ¿Y sabés

qué? Me di cuenta de que no funcionaba un carajo. No solo era la situación, sino

quienes participábamos de la situación, ¿entendés?

Mierda, entiendo. Claro que entiendo porque yo lo viví. Es decir, Diana
era demasiado formal como para proponerle un trío, pero sí lo hice con una vieja
amiga y su novio. Un desastre… No fue un completo fracaso como aquel
enfieste con Tincho, pero no lo disfruté. Y saqué la misma conclusión que Iván
me acaba de decir. Exactamente la misma: solo funciona cuando es con ella.
Cuando somos nosotros dos con ella.

—Sí, lo entiendo —musito, vencido.

—Y ni siquiera es cuestión de cama… Porque podemos resignarnos a
coger normal. Podemos incluso buscarnos otra mina para hacerlo, pero no
tendría su perfume, ni esa boca, ni esas piernas, ni esa forma de dominarnos para
que hiciéramos exactamente lo que quería. Ni su chispa, ni su inteligencia, ni su
libertad. Sin ella todo es una mierda, Santiago.

Tiene razón, claro que la tiene.

Yo también lo siento así, pero no quiero reconocerlo.

—Estamos locos ¿no? —le pregunto sonriendo.

—¿Por? ¿Por amarla así?

—Sí, y porque nos parezca una buena idea. Los hombres queremos
exclusividad, no compartir…

—Yo no.

Es cierto. Iván nunca vio la monogamia con buenos ojos, y no entiendo
cómo se atrevió a intentarlo con Vanessa alguna vez.

—Cero posesivos resultamos —comento.

—Te equivocás—replica, dejándome sorprendido—. Yo me siento muy
posesivo con respecto a ella. La quiero nuestra. Tuya y mía. Y de nadie más.

Trago saliva, cierro los ojos.

Se supone que yo soy el que razona e Iván es el impulsivo, pero la tiene

más clara que nadie. Lo admiro. Lo quiero. Lo quiero en mi vida, definitivamente.

Pero no ahora, cuando se inclina y me susurra:

—¿Te acordás lo deliciosa que es ahí abajo? La perfección de sus tetas, y esa lengua…

—Callate, boludo. Me estoy calentando.

—Yo la tengo como para sacar perros de abajo de la cama.

—¿Entonces para qué hablás?

—Solo te recuerdo lo que nos perdemos si no encarás la situación de la forma adecuada. No apeles a la razón, sino a las ganas, y al corazón. No aceptes un no, Santiago.

Suspiro y me acomodo la almohada en la nuca.

—La voy a tener difícil —murmuro.

—Vos podés —me anima, poniéndome una mano en el hombro.

—No me toques, que te tengo miedo. Sobre todo cuando la tenés como para sacar perros de abajo de la cama —le digo.

Y lo último que escucho antes de caer rendido, es la alegre risa de Iván.

Iván

Este Santiago es un pelotudo importante. Casi se larga a llorar cuando nos despedimos, y por su culpa estuve a punto de ponerme a llorar yo también.

A mí no me gusta dramatizar… Ya bastantes dramas tuve en mi vida.

Más que dramas, fueron tragedias a las que pude sobrevivir de milagro y tal vez por eso es que celebro tanto la vida cuando me encuentro con ella.

Y Verónica, es la vida.

Desde ayer estoy en este paraíso, y en lugar de disfrutarlo no hago otra cosa que pensar en ella.

Alquilé un todoterreno en el aeropuerto y salí con rumbo a Puntarenas, según me recomendaron en la arrendadora. Me dijeron que había unas olas de

puta madre en Playa Hermosa y no se equivocaron, así que aquí estoy, en una linda villa frente al mar, contemplándolo pero sin ganas de nada.

No quiero surfear. No tengo hambre. No tengo sueño. Solo la quiero a

ella y no la tengo.

Costa Rica parece ser un lugar copado y salvaje. Como yo, vamos. Pero

no puedo sentirme como en casa, ni siquiera puedo hacer de cuenta que estoy de

vacaciones, porque este es el partido más importante de mi vida y no se juega acá, sino en New York.

No tengo novedades de allá, y me estoy comenzando a desesperar. Llamé

a Santiago y también le mandé mensajes. Solo sé que llegó bien, y tiene localizada la oficina de la Price donde supuestamente laburan Vero y Hernán.

Su plan es montarles guardia y luego descubrir donde viven. Y

después… No sabe.

Es un forro este pibe. ¿Cómo que no sabe? Le tiene que encajar una trompada al imbécil de Hernán y agarrar a Verónica de la mano. Decirle que la

quiere, que los dos la amamos, y llevarla al aeropuerto. Y luego avisarme para que yo haga lo mismo. Ojalá podamos encontrarnos los tres en Panamá que es como un gran *hub*, y luego irnos a casa.

No es tan difícil ¿no? Pero resulta que el chabón es un caballero,

reflexivo, evolucionado… No un troglodita como yo, y parece que va a ver “qué

onda” antes de cargársela al hombro y llevársela.

Ay, carajo. Si no me hubiese mandado aquella cagada con la coca, ahora

tendría los dientes de Hernán en la mano.

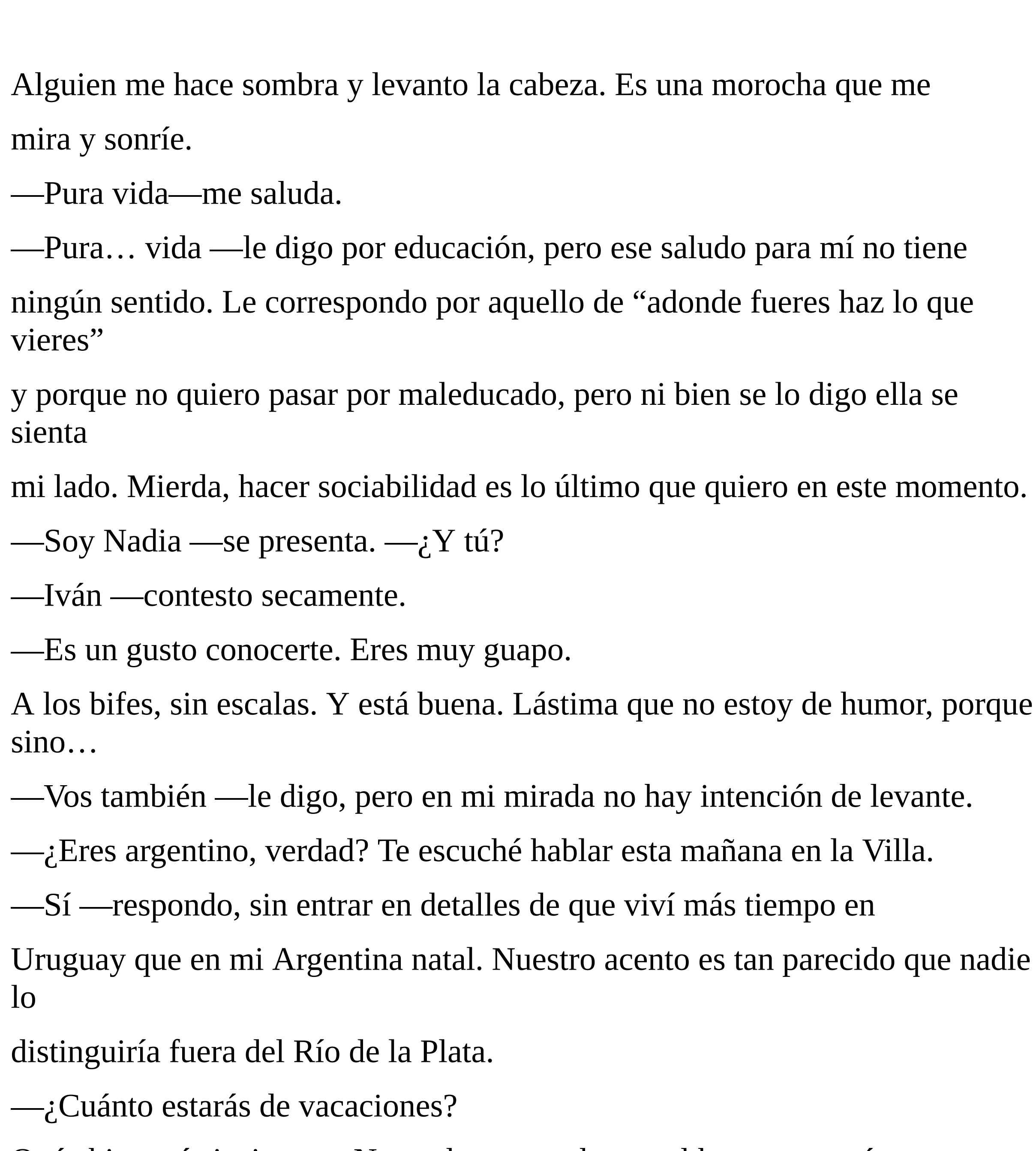
Pero en lugar de eso, tengo que esperar a ver qué estrategia elucubra

Santiago para lograr nuestros objetivos.

Yo no tengo dudas de que el idiota del pastelito la está psicopateando para retenerla, y no sé por qué Santi las tiene. Tantas contemplaciones, tantos reparos… Al final voy a pensar que le tiene cariño a Hernán.

Sacudo la cabeza, disgustado.

Estoy sentado en la arena y apoyo la frente en mis rodillas. No quiero pensar, quiero actuar. La quiero a Vero y la quiero ya.



Alguien me hace sombra y levanto la cabeza. Es una morocha que me mira y sonríe.

—Pura vida—me saluda.

—Pura… vida —le digo por educación, pero ese saludo para mí no tiene ningún sentido. Le correspondo por aquello de “adonde fueres haz lo que vieres” y porque no quiero pasar por maleducado, pero ni bien se lo digo ella se sienta mi lado. Mierda, hacer sociabilidad es lo último que quiero en este momento.

—Soy Nadia —se presenta. —¿Y tú?

—Iván —contesto secamente.

—Es un gusto conocerte. Eres muy guapo.

A los bifes, sin escalas. Y está buena. Lástima que no estoy de humor, porque sino…

—Vos también —le digo, pero en mi mirada no hay intención de levante.

—¿Eres argentino, verdad? Te escuché hablar esta mañana en la Villa.

—Sí —respondo, sin entrar en detalles de que viví más tiempo en Uruguay que en mi Argentina natal. Nuestro acento es tan parecido que nadie lo distinguiría fuera del Río de la Plata.

—¿Cuánto estarás de vacaciones?

Qué chica más insistente. No se da cuenta de que el horno no está para bollos, parece.

—No estoy de vacaciones. Estoy esperando a alguien, y ni bien llegue nos vamos.

—¿Una chica? —me pregunta.

Y súbitamente inspirado, encuentro la fórmula para sacármela de encima.

—No, a un chico.

La cara es un poema. No se la esperaba y yo estoy bastante tentado, pero antes de que cuaje mi carcajada ella interviene.

—Vaya, no pareces gay.

—Las apariencias engañan.

—Si no estás de vacaciones ¿estás por trabajo?

Qué pesada, por Dios. Esta conversación intrascendente y estúpida me

está cansando. ¿Trabajo o placer? Placer sería si Verónica y Santiago ya estuviesen aquí. Me decanto por trabajo, pero para no tener que inventar algo descabellado, contesto:

—Sí, estoy buscando trabajo. Para mí y para mi…chico.

Ella sonríe. Es muy simpática, y parece no acusar recibo de mi mal

humor. No puedo menos que sonreír también… Después de todo, mi virtud ya no corre peligro.

—¿Y a qué te dedicas, Iván?

—Soy chef —respondo, algo más amable.

—¿Y tu chico?

—Médico.

—Mira qué bien. Tú y yo estamos en rubros similares… Soy la dueña de

la Villa dónde te alojas. Lo mío es hotelería, lo tuyo es gastronomía…

Interesante. La dueña del hotel me quiere levantar. Si no fuera tan gay y

no estuviese tan enamorado, hasta podría haberme alojado gratis.

Un hombre se nos acerca, y ella nos presenta.

—Mira, Fernando. Este chico tan mono que ves aquí, es Iván y es chef.

Busca trabajo para él y para su chico que es médico, y aún no ha llegado. Dime

si no somos un par de suertudos tú y yo —le dice.

El tal Fernando se agacha y me tiende la mano.

—Soy el hermano de Nadia —me dice. —Y sí, querida, tenemos suerte.

Justamente nuestro chef se acaba de despedir…

Bueno, nunca pensé que mis mentiras fueran a ir tan lejos. Ahora parece

que tengo un laburo que no estaba buscando en un sitio en el que no quiero estar.

Además, soy puto. Completito el día.

—¿Qué dices, Iván? ¿Quieres probar?

Y de pronto me encuentro asintiendo. ¿Por qué no? Trabajar me va a

hacer bien. Me va a ayudar a no pensar, y cuando lleguen Santiago y Vero puedo

largar todo a la mierda y mandarnos a mudar los tres.

Necesito que esta estancia involuntaria en Playa Hermosa se me haga

más llevadera, porque si sigo esperando y desesperando me voy a enloquecer.

Necesito noticias de New York, volver a tener a Verónica y retomar

nuestra vida. Pero mientras tanto estoy varado acá en Costa Rica, sin nada que

hacer salvo aceptar esta intempestiva propuesta que me alejará de la locura, al menos esta noche.

Así que, sin buscarlo ni desearlo, hoy seré el chef argentino gay que llevará adelante la cocina de Villa Agreste.

Si hace un par de días me lo hubieran anticipado, me hubiera cagado de

la risa.

Santiago

Dar con la Price no fue un drama. Comprobar que ese era el lugar de

trabajo de Hernán y Verónica costó bastante. Cien dólares para ser exactos, en una especie de soborno a un chico de la recepción.

Tal vez podía haber entrado si me lo proponía, pero no quise.

Conociendo a Hernán, el verme lo hubiese puesto a la defensiva y si Vero estaba

presente iba a pasar un mal rato.

Y no quiero. No quiero que ella lo pase mal.

Parece un contrasentido el estar tan enojado con ella por habernos

dejado, y querer hacerle más bien que mal, y creo que eso se llama amor.

Qué cursi, por Dios. Justo yo hablando de amor…

Lo cierto es que nunca creí que lo encontraría y menos de esta forma, pero acá estoy frente a un edificio de ladrillos rojos y cuatro pisos dónde se supone que vive la mujer de mi vida con el tipo que aparentemente la manipula,

y coarta su libertad de elección.

Les hice guardia desde las inmediaciones del Central Park hasta que los vi salir. Juntos.

Ella tenía un aire de tristeza que aún a la distancia pude percibir. Estaba hermosa, sin embargo. Bella y distante. A él en cambio se lo veía radiante.

Me quedé mirándola embobado, medio oculto por una cabina telefónica.

Tenía un vestido muy lindo, en tonos de rosa. Se veía alta y elegante, no sexy, pero igual se me paró. Y así me mantuve todo el tiempo, mientras los iba siguiendo.

Por suerte me la pusieron fácil; vivían a solo diez cuadras del trabajo. Ni metro, ni buses, ni taxis. Solo los seguí a una prudente distancia hasta que entraron.

No sé qué hacer… Son las seis de la tarde y todavía no me decido. Me acerco y miro el portero eléctrico. Hay un solo departamento que no tiene el nombre del que lo habita. Es el del último piso ¿será ese? Ella mencionó que vivían en una especie de pequeño ático, o loft.

Cruzo la calle y observo el edificio. No hay nada que me indique que viven allí, y si así fuera, cuál sería el departamento que comparten. Y de pronto la puerta se abre.

En un rápido movimiento me escondo tras una camioneta y la veo salir.

Tiene ropa deportiva, y los auriculares puestos. Se la ve divina y el bulto que tengo entre las piernas crece y crece.

¿Qué hago? ¿La sigo? ¿La encaro? Mientras lo pienso, la veo desaparecer al doblar la esquina. ¡Carajo! Cuando llego hasta ahí, ya no está.

¡Qué rápido corre esta mujer! Vuelvo sobre mis pasos y me encuentro de nuevo en la puerta del edificio.

Al parecer, el destino lo quiere así. Llegó la hora de encarar a Hernán.

Sigo una corazonada y toco el botón que no tiene nombre. ¡Bingo!

—¿De qué te olvidaste, Blondie? —dice la inconfundible voz de Hernán.

—Soy Santiago. Abrime.

Solo eso. Pasan dos, tres, cuatro segundos. Y finalmente escucho el

pitido que me permite entrar.

No hay ascensor, así que subo las escaleras corriendo. Cuando llego al último piso, Hernán me espera recostado en la puerta.

—Hola —le digo, y él no me contesta. Solo me hace un gesto como para invitarme a entrar—. No parecés sorprendido de verme.

—Esperaba algo así —me contesta.

—¿Sabías que iba a venir por ella?

—Sería imposible no hacerlo. Era una locura dejarla ir así nomás.

Estoy… desconcertado. No sé qué decir. Me esperaba un Hernán defendiendo con uñas y dientes la permanencia de Verónica a su lado, y me encuentro con… esto.

—Vine para llevármela, Hernán. No me creo eso de que se lo pensó mejor y está disfrutando de su vida acá.

Me invita a entrar señalando el sofá. Miro más allá y veo las dos camas.

Me empiezo a descolocar, a salirme de mi eje, y eso no es bueno.

Me siento, y Hernán lo hace enfrente. Apoya los codos en sus rodillas, entrelaza los dedos y me mira.

—Verónica se merece más ¿no te parece?

Frunzo el ceño.

—¿Más?

Hernán no deja de mirarme, de estudiar cada una de mis reacciones.

—Sí, más. Más que la sórdida relación que querés ofrecerle junto a Iván.

Trato de controlarme, pero la verdad es que tengo ganas de golpearlo.

—Eso no es asunto tuyo. Y me gustaría saber de qué forma lograste que ella cambiara sus planes de un día para otro —replica.

Mueve la cabeza.

—No entendés nada, Santiago.

—A ver, iluminame.

—¿Vos creés que está feliz?

Respondo sin dudarlo:

—Sé que no. Aún mirándola de lejos, vi lo triste que está…

—¿Y sabes por qué? Porque aunque nosotros la hayamos endiosado, es una mujer como cualquier otra.

No entiendo adonde quiere llegar este imbécil, pero no me está gustando. Si cree que Vero es una más, el que no entiende nada es él.

—¿Qué querés decir?

—Que Verónica quiere lo que todas. Un hogar. Una familia. Hijos… Una vida normal. La iba a dejar ir, estaba resignado a que volviera con ustedes, cuando la vi emocionarse ante el embarazo de una compañera… Y luego me di cuenta de que ella quería una vida como la de Emily. Que deseaba lo mismo que todas, y que la lujuria era quien controlaba sus acciones cada vez que estaban ustedes cerca.

Inspiré profundo y Hernán continuó.

—Pero no me quedé con mis impresiones. Se lo pregunté y me dijo que sí le gustaría casarse, tener chicos, una casa, pero que tenía miedo de no ser buena para eso… No tuvo un buen ejemplo en su hogar, y creía que estaba destinada a vivir pasiones desenfrenadas, y no un bonito amor, amor del bueno, del tranquilo, de ese que no da vértigo sino un dulce mareo. Quiere esa vida, Santiago. Quiere hijos, un hombre que la quiera…

—Tiene dos —replico entre dientes.

—Esa es la cuestión. ¿Cómo podrían darle ustedes dos lo que ella necesita? El estilo de vida que pretenden llevar es incompatible con los verdaderos deseos de Vero, los deseos internos de una mujer como cualquier otra.

—No sé qué mierda…

—Es simple y yo sé que entendés. No la quiero ver sufrir así que la retengo acá con la excusa de que estoy mal. Cosa que no es del todo errada… Lo estoy. Ella teme que yo haga una locura, así que me está cuidando.

Me paro con los puños apretados. Tenía razón Iván… ¡La está

manipulando con sus tendencias suicidas! Estoy desquiciado y él lo nota, pero no veo temor en su mirada.

—No pierdas la cabeza que la vas a necesitar, Santiago. Y la vas a

necesitar para decidir si realmente la querés.

—¿Qué?

—Que yo puedo retenerla conmigo mucho más tiempo por el tema de mi

precaria salud mental. Pero la quiero demasiado como para privarla de la vida que ella desea, y que solo vos podés darle.

Me quedo mudo. No me esperaba algo así.

Hernán me tiene desconcertado y confuso, es como una caja de sorpresas

y no sé para dónde arrancar.

—No te entiendo. ¿La querés para vos o me la estás entregando? —le

pregunto sin poder contenerme.

—Quiero lo mejor para ella. Y estoy dispuesta a liberarla del

compromiso moral que tiene conmigo si es para caer en tus brazos, pero no en

los de Iván.

Vaya, parece que se está aclarando el panorama.

—Eso no lo tenés que decidir vos, sino la propia Verónica —le digo,

agrio.

—Vos sabés que Vero nunca sería capaz de dejarlo afuera, aunque él no

tuvo los mismos reparos.

—No es así. Iván fue el que se apartó y le hubiese gustado que ella y yo

continuáramos…

—Mejor, entonces. Él va a entender…

—¿Entender qué cosa?

—Santiago, esto es así: vas a tener que elegir entre Verónica e Iván. Si de

verdad la querés, yo la dejo ir de mil amores, pero la condición es que le des la

vida que se merece. Un hogar, hijos, un compañero de vida.

—Hernán…

—Se pueden quedar acá, en New York. Vos podés conseguir trabajo en dos minutos. Sos un buen médico y yo te puedo ayudar a…

—Estás loco.

—Quiero lo mejor para Vero. Si no aceptás, te aviso que hagas lo que hagas, le digas lo que le digas, ella no va a arriesgarse a vivir con la culpa de no haber evitado mi muerte, estando en sus manos el hacerlo—me dice con calma.

Calma que yo estoy muy lejos de experimentar.

—No serías capaz…

—¿No? Ya lo hice. Lo intenté dos veces y vos sabés que no me tembló el pulso… Ni siquiera vos estás seguro, Santiago. Y sin duda no querrías cargar con eso en tus espaldas… Vos estuviste ahí. Las dos veces…

—Hernán, tenés que hacerte ver. Esto no es normal…

—Lo hago por el bien de Vero. Vos elegís… ¿La querés? ¿La querés en serio? Bueno, dale la vida que se merece. Aléjense de Iván. Y quedarse acá es la única forma de lograrlo… Mirá, ni siquiera pretendo que se queden en New York. Váyanse a la costa oeste, que ahí tenés unas olas… Llenala de sol, de buenos momentos. Dale lo que Iván no puede: hijos. Familia. Una vida normal —me dice sin siquiera despeinarse. Me está pidiendo que traicione a un amigo, que le quite lo que más quiere. Y si no acepto, también la perderé yo.

Me ve titubear y se pone de pie.

—No lo pienses. Llamá a Iván ahora. Jugatela por ella. Demostrame que de verdad la querés porque sino ni siquiera vuelvas a acercarte porque yo la voy a proteger de ustedes.

Lo miro con rabia. Siento que podría matarlo en este momento. La presión me obnubila, me nubla el juicio. Bajo la mirada. No sé qué hacer.

—Yo sé qué mi vida te interesa poco, pero ella sí te importa. —continúa diciendo Hernán. —Llegó el momento de darme las garantías que necesito.

¿La

puedo dejar que corra a tus brazos sin remordimientos? ¿La vas a cuidar o le vas

a hacer más daño?

—Jamás le haría daño, hijo de puta—le digo ya sin poder contenerme.

—Mostrame. Llamá a Iván y decile que Vero se quiso quedar. Y hacelo antes de que ella vuelva, porque después no te voy a dar la chance. Voy a hacer

lo que tenga que hacer…

Trago saliva. Dios, nunca pensé en verme en esta encrucijada.

Hernán parece estar dispuesto a todo y de pronto tengo miedo por la

seguridad de Verónica. Tengo que alejarla de él… Tengo que traicionar a Iván.

Lo miro con rabia y saco mi teléfono.

Cuando Iván me atiende se lo digo de un tirón. Le aseguro que ella no quiere volver. Que me lo dijo en la cara. Que quiere una vida normal.

Me grita que le estoy mintiendo. Le replico que yo se la voy a dar.

—¿Qué le vas a dar, forro? ¿Qué?

—Hijos, Iván. Me voy a quedar y le voy a dar la familia que nunca tuvo

—le digo, y cierro los ojos para no ponerme a llorar como un idiota por el daño

que le estoy haciendo a Iván. A mi amigo. A mi mejor amigo.

Se queda mudo y yo también. ¿Cómo puedo ser tan hijo de puta? ¿Cómo

puedo ser tan cruel?

Hernán nota que ya me estoy arrepintiendo, y antes de que pueda evitarlo

me saca el teléfono y corta la llamada.

Lo agarro del cuello de la camisa y lo arrimo a la pared con violencia.

Pierdo el control, lo quiero matar.

—¡Sos una basura!

—¿Yo? ¿Yo soy una basura? ¿Y vos qué? Por una mina traicionaste a tu

amigo, y fue una gran decisión porque Iván nunca la podría hacer feliz y vos sí.

—¡Los dos hubiéramos podido darle todo!

—La hubieran privado de mucho también, Santiago —me dice

recobrando la calma. —Creeme, a mí también me duele esto, pero por encima de

todo pongo a Verónica.

—¿Por qué, infeliz? ¿Por qué la ponés por encima de todo?

—Porque es mi amiga. Se la juega por mí cada día.

—Vos te la querés coger, hijo de puta —le espeto con ira.

—También. Y lo hubiera hecho si me lo hubiese permitido, pero resulta

que ella está loca por vos.

—¡También lo quiere a Iván!

—Eso no es amor. Es lujuria, pero no es amor. Vero no puede amar a

alguien que la dejó tirada, que no puede darle hijos, y que ni siquiera podría serle fiel. Vos sí lo vas a hacer…Tomaste la decisión correcta, ahora andate.

—Quiero hablar con ella, la voy a esperar.

—Santiago, vení mañana a cenar. Se va a poner muy contenta de verte…

Entre los dos vamos a alivianarle la conciencia porque aunque no está haciendo

otra cosa que lo que él ya le hizo, sé que se sentirá mal por Iván… al principio.

Andate por favor…

Lo suelto y como en trance me dirijo a la puerta. En el último segundo me doy la media vuelta y lo miro a los ojos.

—Tenía razón, Iván. Sos manipulador… Y lograste convertirme a mí en

un traidor.

Me sostiene la mirada, y me abre la puerta.

Me voy con la cabeza baja, y sin mirar atrás.

Verónica

Después de ducharme, ya me siento humana de nuevo. Corrí durante una

hora sin parar, y todavía no logré despejar la mente. Esa sensación de desasosiego no me abandona ni cuando duermo.

Estoy sentada en el sofá de la sala, mirando la tele. Eso no sería nada extraño si no estuviese apagada, pero dadas las circunstancias, puedo decir que estoy haciendo lo que hago cada día, cada noche… Pensar.

Soy un despojo de lo que fui. Estuve llena de vida, y la perdí. Dejé ir a quienes hacían de cada uno de mis días una aventura, y ahora soy esta mujer taciturna, triste.

Parece que pasaron dos siglos, y no dos semanas.

Escucho a Hernán trajinar en la cocina. Se le cae algo y putea por lo bajo.

—Voy a hacer pasta, Blondie. *Italian food*… Te va a encantar —me grita.

—Ok —respondo.

—La salsa es casera. Receta de mi abuela Marta.

—Ok.

No me importa. No tengo hambre, pero sí mucho sueño. Si pudiese dormir… Pero no puedo darme el lujo de deprimirme, porque Hernán necesita de mí.

Sin embargo, si me duermo tal vez sueñe de nuevo con ellos.

Suspiro y me froto las sienes. Tengo que dejar de pensar, tengo que dejar de sentir…

En eso escucho el ruido. Algo vibra en el sillón y no es mi celular. Junto a mí, en la hendidura que queda entre dos almohadones descubro un móvil desconocido. Hernán tiene el último IPhone y este es un Samsung relativamente nuevo, igual al de…

El corazón se me detiene. Se me va el alma a los pies.

Dios, Dios, Dios…

En la pantalla dice “Iván”. Deslizo el dedo y veo el WhatsApp. Me tiembla la mano, me tiembla todo. Pestañeo rápidamente y leo…

Me estás destruyendo y lo sabés. Pero no puedo odiarte porque sé que el que habló fue el hijo de puta de Hernán a través de tu boca. ¿Ese enfermo manipulador logró convencerte a vos también de que lo mejor para Verónica era

mantenerse alejada de mí? Pues no lo van a lograr. SABELO. ¿Quiere tener hijos? Yo se los puedo dar. De alguna forma lo voy a lograr. ¿Quiere una vida

tradicional monogámica y aburrida? Yo también se la puedo dar. Lo que no puedo hacer es entrar a ese puto país, Santiago. Me estás privando de la oportunidad de darle lo que quiere, si no la hacés volver. Jugar sucio no es tu estilo, y someterte a Hernán tampoco. ¿Qué te está pasando, por Dios? Me merezco que me expliques, que me digas… Vení, por favor. Con Vero o sin ella,

pero vení a decirme en la cara que te la vas a quedar, que no van a volver a Punta, que no puedo aspirar a ser feliz nunca más. En la cara ¿entendés? Si tenés huevos, forro, vení a Costa Rica y decímelo. Acá te espero.

Lo vuelvo a leer. Dos veces.

Miro el teléfono por delante, por detrás, como si de esa forma pudiera cerciorarme de que tengo en mis manos el celu de Santiago. ¿Cómo carajo llegó

el celu de Santi al sillón de Hernán? ¿Cómo es que Iván está en Costa Rica y por

qué le escribe esas cosas?

De pronto me siento mareada, y con ganas de vomitar. Algo anda mal,

muy mal.

Toco la pantalla del móvil, y accedo al mail de Santiago. Tiene uno de esos mensajes que envían las tarjetas de crédito, para confirmar una compra en el

exterior. Es una reserva en un hotel de New York, en la calle Madison en el lado

este de Manhattan, hecha ayer.

Dios Santo. Está acá. Santiago está acá.

Vino a buscarme… ¡No puedo creerlo! Y no entiendo por qué Iván está

en ¿Costa Rica? ¿Qué diablos hace ahí? Pero mi intriga más grande tiene que ver

con el celular que tengo en la mano. ¿Cómo llegó hasta acá?

Hernán. Tengo que hablar con él.

Me levanto y voy hasta la cocina. Parece concentrado leyendo las

instrucciones de una caja de macarrones.

—¿Vino alguien hoy? —le pregunto intentando no alterarme.

—¿Cuándo?

—Cuando me fui a trotar.

—No, que yo sepa. Me estaba duchando, y tal vez…

—Hernán, decime la verdad.

Lo veo titubear, pero a mí no me quedan dudas.

—Vero, no sé qué…

—No te gastes en inventar nada, porque sé que Santiago estuvo acá —afirmo mostrándole el celular.

Hernán palidece primero y luego se pone todo colorado.

—Te lo iba a decir después.

—¿Después, cuando? ¿Cuándo se volviera a Uruguay?

—¡No va a volver a Uruguay! —exclama. —Esa es la buena noticia, Blondie. Santi vino por vos, y se va a quedar para que puedas tenerlo todo. New York, una vida normal, una fami…

—¡Y un carajo! —interrumpo, furiosa. —Santiago nunca sería feliz en un sitio como este. Y tampoco se quedaría acá sin Iván… ¿Qué me estás ocultando, Hernán?

—¡Nada! Lo hace porque te quiere bien, porque quiere lo mejor para vos…

—Santiago nunca dejaría afuera a Iván —le digo, firme.

—¿Cómo podés estar tan segura?

La verdad es que no estoy segura de nada. Ya no tengo certezas, ya no tengo confianza. No sé qué decir ni qué hacer.

—En todo caso lo que haría Santiago sería intentar convencerme de volver.

—Eso no —dice Hernán, y es tan terminante que me asusta.

Su mirada se oscurece, pero yo empiezo a verlo todo más claro.

—Me voy a ir con él. Tengo que saber qué pasó entre ellos, y por qué Iván no vino con…

—¡No te vas a ir! —exclama, alterado. —¿Querés matarme, Verónica?

¿Querés probar hasta dónde podés estirar el hilo?

El hilo. El hilo rojo… De pronto me encuentro pensando en la película, y

en aquella leyenda oriental que sostiene que las personas que están destinadas a

amarse llevan un hilo rojo atado en los dedos. Y que no importa el tiempo ni la

distancia; ese hilo se puede estirar pero nunca se corta. Y de pronto sé que ese

hilo existe y puede atar a tres. Que se puede estirar, pero que jamás se va a romper.

Mi felicidad vuelve ser figura, no fondo.

Y Hernán y sus problemas, dejan de ser los míos. Así de simple, aunque

suene cruel. Me siento fuerte, me siento valiente. Vivir cautiva de mis temores,

hicieron que mi verdadero yo se diluyera. El pastelito me dio una mano; en realidad me dio las dos, pero lo único que me puede atar a alguien, es ese hilo

rojo que nos enlaza a Iván, Santiago y a mí.

El peso que tenía apretándome el corazón, comienza a desaparecer. Mi

mente se aclara y mi voz es vibrante cuando afirmo:

—Adiós, Hernán.

Y de inmediato me dirijo al closet y saco mi valija.

Él intenta detenerme pero mi mirada lo fulmina. Entonces recurre al viejo

recurso que tan efectivo le resultó.

—Si te vas, nunca vas a poder vivir feliz con la culpa sobre tus hombros.

Yo soy capaz de…

Me vuelvo y lo miro.

—Sé de lo que sos capaz. Y no te voy a dejar solo.

Entonces agarro mi propio celular, y busco un contacto.

Marco, y mientras espero que me atiendan, Hernán me pregunta a quien

llamo.

No alcanzo a decirle nada porque una voz al otro lado de la línea me pregunta si está todo bien con Hernán. Así, sin un “hola que tal” de por medio,

pues sabe que si la llamada proviene de su compañera de departamento, no debe

ser por una buena noticia.

—Hola, Mercedes. No, no está todo bien con Hernán, porque desde hace

dos semanas solo habla de hacer una locura si yo me alejo de él. Y así no se puede vivir…

La cara de Hernán es de asombro mezcla con terror. Si hay alguien a

quien le teme, es a su madre.

La mujer se altera bastante, pero yo tengo prisa, y poca paciencia para escucharla.

—Solo quería decirle que me voy, y que sería conveniente que usted

viniera a cuidar a su hijo. Estoy segura de que su “locura” podrá esperar a que

llegue su madre esta vez —le digo, y de inmediato le doy mi teléfono a Hernán y

continúo doblando y guardando mi ropa.

—No, mamá… En serio, estoy bien… No es necesario que vengas…

Está bien, está bien… Hacé lo que quieras pero no… No, mamá. Te juro que no voy a hacer nada. Ok, te espero…

Esto de andar de aquí para allá tiene sus ventajas. ¡Tengo tan pocas

cosas! Cuando Hernán corta con su madre, termino de guardar mis cosméticos,

mis accesorios…

Sobre la mesita de noche, está el anillo que Ana me regaló. Es algo muy

simbólico, tanto para Hernán como para mí. Sus ojos se dirigen a él y se le llenan de lágrimas.

La última vez que estuvo en mi dedo fue él quien me lo puso, como en

un ritual, en el Central Park.

Lo agarro y me acerco al pastelito. Tomo su mano y deposito el anillo en

su palma.

—Esto es un recordatorio —le digo.

Me observa sin comprender.

—¿Un recordatorio?

—Sí. De los errores que se pueden cometer cuando no es el verdadero amor el que nos mueve.

Y luego le beso la mejilla y salgo con rapidez del departamento de Hernán. No me dan los pies para irme de ahí, porque esta vez sí es verdadero el amor el que me mueve.

Ellos

Ni bien el avión levantó vuelo, ella sonrió.

Y una vez más se dio cuenta de que cuando era el amor el que guiaba sus pasos, todo cambiaba.

Cuando llegó al hotel en el que se alojaba Santiago, sin embargo, no estuvo tan segura de eso, porque no lo encontró. En recepción le dijeron que acababa de irse al aeropuerto.

Como en una película de esas que dan los domingos de tarde, Verónica tomó un taxi y fue tras él. Sabía a qué terminal se dirigía porque el chico que le había reservado el vuelo se lo dijo, cuando ella le mostró que tenía su móvil y se lo quería alcanzar.

Y si bien no llegó a él corriendo, un minuto antes de que partiera el avión como sucedía en esas películas, lo encontró comiéndose una hamburguesa en uno de los Mc Donaldś. Se había comprado un nuevo celular, y lo estaba sacando de la caja.

Verónica se lo quedó mirando fascinada… Como tenía mayonesa en un dedo y no quería ensuciar el teléfono, no tuvo mejor idea que chupárselo y ella entró en combustión.

Como si el fuego que la envolvía se pudiese ver, Santiago levantó la vista y quedó deslumbrado al descubrirla.

Verónica entró al Mc Donaldś y se sentó en la silla frente a él. Por unos

momentos se miraron sin hablar… No eran necesarias las palabras cuando con los ojos se lo decían todo.

—¿Te ibas a ir sin mí? —preguntó ella con un hilo de voz.

Santiago tragó saliva.

—Me hubiese quedado si hubiese tenido la certeza de estar haciéndote

bien, pero no la tenía —murmuró con voz ronca. —Porque jamás podría mirarte

como te estoy mirando, si hubiese traicionado a Iván.

Verónica estalló en llanto, y él estuvo a su lado en un segundo,

abrazándola. Lloró en sus brazos y luego se sacó las ganas que la estaban matando y se lo comió a besos. Besos salados y dulces a la vez, que él devoró

ansioso.

Los detalles de todo lo que había sucedido, se los contaron en pocas

palabras. Y todas ellas desembocaban en un solo nombre: Hernán.

Luego, todo se precipitó. No lograron viajar juntos en el vuelo de

Santiago con destino a San José, así que Verónica abordó uno a Panamá.

Y en ese instante viajaba hacia Costa Rica donde Santiago la esperaba, en

el Aeropuerto Internacional Juan Santamaría. En solo media hora estaría allí, y

de inmediato partirían hacia Playa Hermosa donde la tercera pieza del

rompecabezas esperaba.

Santiago se había asegurado de eso con un escueto mensaje: *Voy para ahí.*

Iván aguardaba tenso, mientras trajinaba en la cocina de Villa Agreste.

Pero el hombre que tenía ese pequeño "3" tatuado en la muñeca, que intrigaba tanto a Nadia y a su hermano, no sospechaba que "su chico" iría acompañado.

Por segunda vez en ese mismo año, Santiago le trajo el regalo más

preciado del mundo.

—Belleza… —musitó Iván ni bien vio entrar a Vero en la cocina del

centro turístico.

Y ante los asombrados ojos de todos, el chef argentino gay levantó a la

rubia en sus brazos y la besó.

El encanto del momento fue roto por el hermano de Nadia, Fernando.

—¿Pero cómo así? ¿No eras gay?

Iván interrumpió el beso y lo miró con la confusión pintada en el rostro.

Segundos antes tenía la lengua en la garganta de Verónica, y su estúpida mentira

quedaba al descubierto.

—Bueno… —comenzó a decir, dejando a Vero en el suelo. —Yo…

No le salía nada, y ni falta que hizo, porque fue Santiago quien lo sacó del aprieto.

—Casi —dijo tranquilamente.

Nadia lo miró sin comprender.

—¿Casi? —preguntó con los ojos como platos.

—Ajá. Somos bisexuales —explicó como si nada.

Y luego de eso, tomó a Verónica de la mano y la alejó de Iván.

—“Muñeco”, nos vamos a la habitación que nos asignaron. Cuando termines, vení —le dijo muy orondo.

Y como si fuera poco, volvió sobre sus pasos hasta quedar frente al atónito Iván y lo miró.

—No sabés cuánto te extrañé —remató.

Iván abrió la boca, pero no pudo decir nada porque Santiago lo tomó de la nuca y lo besó.

No fue algo erótico, fue un beso rudo, un contacto de labios que duró una fracción de segundo, con el cual quedó sellada su amistad para siempre.

Tenían a toda la comanda suspirando cuando se separaron, y a Verónica más que caliente, y con ganas de arreglar cuentas con los dos.

Epílogo 1

Playa Hermosa, Costa Rica, 11 de septiembre de 2016.

Queridas lectoras:

Es increíble cómo te puede cambiar la vida en tan poco tiempo.

Hoy cumplo treinta y seis años, y lo estoy haciendo en este lugar

paradisíaco que hasta hace poco no sabía que existía.

Iván, Santiago y yo estamos juntos. Muy juntos.

Tan juntos como se puede estar en este pequeño apart hotel de Villa

Agreste (nombre ficticio, así que no nos busquen porque no nos van a encontrar,

muajaja…!)

Quiero darles las gracias por todos los saluditos de cumpleaños y por el

apoyo que les están dando a todas las novelas.

No tengo mucho para decirles, la verdad…

Soy mala, ¿no? ¿Quieren saber detalles del reencuentro? Se los voy a

contar, pero antes quiero comentarles que por ahora no volveremos a Punta del

Este. Iván está muy a gusto acá, y hasta está planeando poner un restaurante en

Playa Hermosa.

Y como era de imaginarse, Santiago se enamoró de sus olas ni bien las vio, así que ya está trabajando como instructor de surf para la Villa. Y también

como médico de guardia de tres hoteles de la zona. Tal vez regrese unos días a

Uruguay para poner todo en orden, y luego volver.

La única que por ahora no tiene trabajo soy yo. Bueno, tengo los libros y

el esfuerzo de ustedes, que no es poco. Pero además, estoy buscando un empleo como guía turística o algo así, a ver si esto de saber cuatro idiomas me sirve de

algo. Así que aquí estoy, disfrutando de la playa y rascándomela a contrapelo (qué grosera soy, y es por culpa de estos dos). De volver al sur, por ahora ni hablar. Cuando tenga la necesidad de encarar en serio el asunto de mis orígenes,

cuando pierda el miedo, y pueda enfrentar la verdad seguro que lo haré, pero presiento que será más adelante. Mucho más adelante… Mi presente es tan bello,

que no tengo ganas de regresar al pasado.

De Hernán, no sé nada de nada. Bueno, sé que no está muerto porque

sino Ana me lo hubiese dicho. A grandes rasgos no le guardo rencor, pero Iván y

Santiago no quieren ni que se mencione su nombre. Y para qué negarlo, de vez

en cuando me agarra una indignación… Cuando pienso en cómo nos manipuló,

tengo ganas de patearme las tetas, les juro.

¿Quieren saber de mis padres? Bueno, no he tenido trato con mi familia,

por ahora. Solo hablo con mi querida prima Silvana y eso me basta. Y además,

las tengo a ustedes… ¿qué más se puede pedir?

Nada, pues lo tengo todo.

Tengo a estos dos hombres de locura, y este amor del cual nunca me voy

a arrepentir, que se renueva cada noche cuando estamos juntos.

Igual que el día del reencuentro que fue… ¡apoteósico! (siempre quise

poner esa palabra y no había tenido oportunidad).

Cuando Iván llegó a la habitación, nos encontró en la ducha. Mejor

dicho, en la bañera con jacuzzi. No habíamos llegado a hacer otra cosa que llenarla de espuma y enjabonarnos mutuamente, sin dejar de besarnos cuando él

entró.

Nos miró con los ojos encendidos, y nosotros a él, mientras se quitaba toda la ropa.

Era un jacuzzi el doble de lo normal, pero aún así resultaba pequeño para

esos dos gigantes.

» —Se va a desbordar —advirtió Santiago ni bien Iván puso un pie en él.

—Que no te quepa duda —convino Iván, dándole una nueva dimensión a

la palabra “desborde”.

Se sentó frente a Santiago y a mí, que estaba entre sus piernas, con la espalda recostada en su pecho. Me hizo elevar las rodillas y me acarició, despacio.

Las manos de Santi en mis pechos y las de Iván allá abajo hicieron que

comenzara a gemir sin control.

—Sí, sí, sí…

Por fin había terminado la larga pesadilla sin ellos. Los tenía, tenía sus manos, sus bocas, su amor.

Iván se hincó entre las piernas de ambos y se inclinó para besarme, pero cuando me iba a apoderar de su lengua, él se retrajo.

—¿Por qué, belleza? —susurró sobre mis labios.

No dijo más y ni falta que hizo. Pero no fui yo quien respondió, sino Santiago.

—Hernán —dijo. —Siempre Hernán…

Entonces me di cuenta de que Iván no necesitaba pedirle explicaciones a él tampoco. Sabía por Santi que sospechaba que Hernán era un manipulador compulsivo e inescrupuloso y estaba en lo cierto, pues estuvo a punto destruir la relación que teníamos. Pero yo sentía que había algo más detrás de mi accionar y el de Santiago. Tal vez no habíamos logrado perdonar del todo a Iván, luego de que un año y medio atrás había roto eso tan lindo que nos unía, pero ya no quedaban rencores al menos en mí.

Los tres teníamos claro que se había equivocado al elegir a Vanessa, pero que no cometería ese tipo de errores de nuevo. Lo había pagado con creces, pues él era el que había sufrido más cuando creyó que me había perdido y que Santiago lo había traicionado, y ya no se merecía seguir sufriendo. Y nosotros dos tampoco.

Y al parecer Santi también lo entendió así, porque dejó mis tetas y me elevó tomándome de los muslos por encima del agua, hasta hacer que mi cuerpo enjabonado quedara totalmente expuesto a la mirada y a las manos de Iván.

Éste me contempló con ojos ávidos, y luego me abrió más las piernas y sin mediar palabra me introdujo dos dedos en el culo.

Debo confesar que me dolió y hasta di un respingo, pero no me quejé. Un escalofrío me recorrió entera y aferré la mano de Iván para que no se retirara.

—Te vamos a coger los dos bien duro… Para que no te olvides que tu lugar en el mundo está entre mi pija y la de Santiago —me dijo y yo cerré los

ojos. Esperaba eso, lo deseaba…

—Si a eso le llamás castigo, me lo merezco. Pero lo quiero ya…

Si Iván se enardeció ante la urgencia en mi voz, Santiago enloqueció.

Dada la posición, a él le tocaba atrás y al parecer no renegaba de su suerte.

Dirigió su miembro hacia allí, e Iván retiró sus dedos y me abrió las nalgas con

ambas manos. Hasta que Santiago no estuvo adentro él no se introdujo, pero cuando lo hizo la sensación fue increíble… Me sentí llena, completa, colmada.

Al principio moderaron sus movimientos, pero después…

Inclinado sobre nosotros, Iván jadeaba y no dejaba de mirarme.

—¿Te gusta, belleza?

—¡Sí…!—grité.

Santiago me tomó de la cintura, incorporándome. Era doloroso pero me

gustaba tanto… M aferré al cuello de Iván y lo rodeé con mis piernas.

—Así… Gozalo, mi amor —murmuró Santi mientras me movía hacia

arriba y hacia abajo. Se ve que lo estaba disfrutando demasiado, porque de pronto lanzó una palabrota y eyaculó.

Iván lo observó por sobre mi hombro, y también hizo lo propio. Y en

medio de los estertores orgásmicos de los dos, yo también acabé.

El agua estaba por todas partes, y hasta la cortina se hizo trizas entre mis puños crispados. Por unos momentos boqueé como un pez intentando recuperar

el aire y luego simplemente me deshice en sus brazos.

Me llenaron de besos en el cuello, en la cara, en la boca. Susurraron palabras de amor en mis oídos, colmaron mi cuerpo de ardientes caricias. Y

también me dieron toda su ternura.

Fue una larga noche entre sábanas húmedas, confesiones y planes.

Así fue como acordamos tomarnos unas largas vacaciones en Costa Rica.

¿Cuán largas? La vida lo diría. Lo dirían las ganas, el amor, el destino.

Lo que estaba claro es que fuera lo que fuera, lo haríamos juntos.

Los tres. Y aquí estamos, disfrutando del mismo amor, y de las mismas

ganas. Disfrutando de la vida… ¡Pura vida!

Desde este maravilloso lugar agreste y salvaje, les mando un abrazo

gigante junto con la promesa de que les seguiré contando más.

Verónica

Santiago

La vida aquí en Playa Hermosa es todo lo que siempre había soñado.

Desde hace casi un año estoy en el paraíso con mi mujer y mi mejor amigo, viviendo de cara al mar… ¿se puede pedir más?

Sería un ingrato si lo hiciera. Claro que extraño a mi vieja, a Nerón y también a Tincho, pero no el glamour y el derroche de Punta del Este. No, definitivamente no tengo nostalgia de mi tierra.

Hace unos meses anduve por allá… Fui el primero en volver, de hecho.

Liquidé mis asuntos, abracé a mis seres queridos, mimé a Nerón, me

compré unos cuantos kilos de yerba mate y regresé a Costa Rica lo antes que pude. Luego le tocó irse a Iván y tardó unos cuántos días más en retornar…

Adujo que tenía que tenía que esperar al escribano, para que su hermana Karina

le administrara los negocios familiares en Uruguay, pero ni Vero ni yo le creímos porque sabemos que Iván sí extraña todo. Empezando por la comida, por supuesto. No le convencen los cortes de carne de acá, entre otras cosas, y tampoco le gusta el clima.

"Un poco de frío polar no viene mal, carajo. Ahuyenta al turismo, te hace

resfriar y así te obliga quedar te todo el día bajo las mantas, retozando…"

Verónica se rio y tradujo su eufemismo como solo ella sabe hacerlo:

"Lo que quiere decir este vago es que quiere pasar el día entero cogiendo.

Eso quiere decir…"

No tengo la menor duda de ello. El apetito sexual de Iván va *in*

crescendo, y creo que el mío también. No somos nosotros, es ella.

Es Verónica quien nos mantiene permanentemente excitados. Nos

calienta de tal forma, que a veces siento que soy un animal, no un hombre.

No sé cómo lo hace… Soy muy consciente de su belleza y de sus…

habilidades, pero hay algo en ella que no logro descifrar que hace que nunca tenga suficiente, que siempre quiera más.

A Iván le pasa igual… Lo he visto observarla, con esa expresión de

admiración rayana en la veneración, y con una lujuria que da miedo. Bueno, lo

que da miedo es imaginarme a mí mirándola así, pero estoy seguro de que también lo hago… Ambos lo hacemos, la devoramos con los ojos, con la boca.

Nos perdemos en ella con la esperanza de hacerla experimentar al menos un poco de lo que sentimos nosotros.

Es un deleite para los sentidos esa mujer. Dentro y fuera de la cama lo es.

La vida a su lado es como… mágica. Verla dormir, verla reír… Su aguda inteligencia y su forma de gozar. Su cuerpo perfecto, su boca, su pelo… Un conjunto de virtudes por demás atractivas y no solo para nosotros dos.

Nos comportamos como trogloditas a veces, y solo nos falta mearle

alrededor para marcar territorio y alejarla de los buitres que la andan rondando.

Como en este preciso momento, en que la veo venir caminando por la

playa seguida de un montón de ojos ávidos que parece que también se la quisieran comer. Intento mantener la sonrisa intacta mientras la observo

acercarse, para que no note lo contrariado que estoy.

No me gusta que la miren así… A la mierda, no me gusta que la miren de

ninguna forma, y ya me está saliendo el hijo de puta posesivo que intento no ser.

Pero entiendo que esos tarados no puedan evitarlo. Parece una diosa con

ese bikini blanco y el pelo suelto. Rubia como antes, o castaña como ahora, todo

le queda bien. Especialmente ese traje de baño…

Se acerca con su sonrisa Colgate y se pone de puntas de pie para

besarme.

—Hola, mi amor —murmura frotando su pequeña nariz contra la mía.

Intento sacarle los lentes espejados pero no me deja.

—No. Tengo ojeras…

—Te quedan bien las ojeras, “mi amor”. Sobre todo cuando son consecuencia de desbordes como el de anoche.

Se muerde el labio y se ríe.

—Desbordes que no deberían suceder cuando al otro día hay que trabajar. Hablando de trabajar… Veo que no hay mucha actividad hoy.

Me encojo de hombros.

—No, pero me viene bien. Dentro de media hora tengo dos pibes para la primera clase, en la arena. Nunca surfearon, es su primera vez…

—¿Y a qué hora comienza tu guardia?

—A medianoche.

—Uy, andamos desfasados con los horarios… A Iván le toca la cena en el de comida italiana. Va a llegar tardísimo así que no lo voy a esperar. Mañana a

las diez empiezo mi primer tour.

—¿Cómo te fue hoy? —le pregunto mientras la agarro de la cintura y la vuelvo a pegar a mi cuerpo.

—Bien. Entró una compañera nueva, pero a las oficinas… ¿Sabés cómo se llama? Blanca Pura —me dice risueña.

—¿Qué? ¿Es joda?

—Yo también lo creí, pero resulta que no. Se llama así y parece una monjita… Cuando entré a firmar la planilla observó mi minifalda y mis tacos como si fuesen bombas a punto de estallar.

—Vos sos una bomba, no tu ropa. Ahora estás casi desnuda, pero el que está a punto de estallar soy yo.

Se saca los lentes y me mira directo a los ojos. No hay ojeras, no hay arrugas… Sigue pareciendo de veinticinco la muy hija de puta. Iván y yo nos sentimos dos viejos de mierda a su lado, ya lo hemos comentado.

—¿Ya estás a punto? Cualquiera diría que esa bomba se activó antes de que yo llegara…

Le muerdo el cuello y la rodeo con mis brazos, posesivo. Y para

reafirmar mis palabras, le hago sentir el bulto con disimulo.

—Esta bomba solo se activa contigo. Hacete cargo.

Tengo una carpa enorme dentro de mis bermudas, y ella es la responsable, así que me pongo en sus manos. Literalmente…

Ella me toca pero sin pizca de disimulo. Interpone su mano entre nuestros cuerpos y me agarra la pija con fuerza.

—Vayamos al quinchado y me encargo de detonarla.

Y justo cuando nos disponemos a hacerlo, alguien aparece y casi nos mata de un susto. ¿Quién sino Iván podría interrumpir de forma tan aparatosa?

—¡Epa! Mi mejor amigo y mi mujer. ¡Así los quería agarrar! —grita el hijo de puta.

Algunos bañistas que no habían reparado en nosotros, se incorporan en sus reposeras y nos miran asombrados.

—¿Podés dejarte de decir pelotudeces? —le digo con los dientes apretados, mientras intento que Verónica no se aparte para que nade note que estoy al palo.

Pero es tarde, ella ya lo está abrazando entre risas.

—Hola, bebé.

—Hola, belleza. Pura vida… Eso sos vos.

Le hace mimos igual que a mí. ¿Eso me pone celoso? No. Para nada. Los observo acariciarse y me excito más todavía.

—¿Qué hacés así vestido, o mejor dicho desvestido? —le pregunta Vero, al ver que lleva solo el pantalón blanco de su uniforme. Ni zapatos, ni camiseta.

Es un desprolijo este pibe…

—Hace calor —murmura Iván, y luego le acaricia el pelo—. ¿Hace mucho que llegaste?

Nuestra chica se muerde el labio y le susurra algo al oído. Él sonríe y me mira el bulto… ¿Qué carajo…? ¿De qué se ríen?

Me tapo cruzando las manos sobre mi… carpa.

—¿De qué te reís, boludo?

—De la medida del tiempo de esta mujer, forro. Me dijo que calculara

cuánto hace que llegó de acuerdo a cómo la tenés… Yo diría que está como para

sacar perros de…

—… de abajo de la cama, ya lo sé—completo, fastidiado—. ¿Y eso te

dice algo?

—Me dice que mejor nos metemos en el quincho porque yo la tengo

igual.

No hay más palabras. Ella toma a Iván de la mano y me hace un gesto con la cabeza. Nos metemos los tres al quincho y yo tranco la puerta, no sin antes poner el cartel de “Regreso en media hora”.

Cuando me doy vuelta, Iván ya le desató la parte de abajo del bikini, y la

está haciendo inclinar sobre la mesa. Desde donde estoy, puedo disfrutar de una

espléndida vista de… todo. Él se encarga de eso, al abrirla para mí.

—Vení, hijo de puta. Esto es un *all inclusive*. Servite lo que quieras…

Se sienta sobre la mesa y Vero se aboca a la tarea de chupársela con ganas. Me mareo solo de verlos… Me agacho y hundo mi cara en ella.

Todo está caliente y húmedo. Delicioso…

Le separo las nalgas y le doy una larga lamida, desde el clítoris hasta el

culo. La escucho gemir mientras se retuerce y se abre más para mí.

Levanto la mirada y me encuentro con la de Iván. Respira

entrecortadamente y ya no le quedan ganas de bromear. Sé lo que está haciendo

porque yo hago lo mismo: intentar contenerme para que dure más.

Me aprieto la cabeza de la pija para que se me baje un poco, pero cogerla

con la lengua por el culo no ayuda para nada. Mucho menos cuando ella empuja hacia mí pidiendo más.

Quiero aguantar, pero no puedo. El troglodita que vive en mí toma el

mando y yo lo dejo.

Me paro y la agarro del pelo. Se la meto en un solo movimiento hasta el

fondo. La sonrisa canalla de Iván no me impide embestirla como un animal, aferrado a sus caderas, gimiendo desesperado.

Acabo en tiempo record, pero logro arrancarle un orgasmo. Mi amigo se

encarga del segundo… La hace incorporarse y él también se para.

—Salí, forro —me dice, mientras me empuja con el hombro y me hace

salirme de ella. No permite siquiera que le salga una gota de mi leche, se la mete sin más contemplaciones.

Los observo moverse frenéticamente… Escucho los gemidos, los sonidos

que emiten sus cuerpos al entrar en colisión, los gorgoteos del semen que recién

le dejé y que ahora cae al suelo en cada movimiento de Iván. Dios… esto es demasiado excitante.

Y cuando los veo acabar, despeinados y sudorosos, me dan ganas de

abrazarlos, de fundirnos los tres en uno solo para siempre.

Qué locura… Qué locura más exquisita. Todo ocurre en el tiempo que

tenía que pasar, porque ni bien Iván se retira, alguien toca la puerta.

—¡Señor Santiago! Soy la señora Etelvina con los mellizos… ¿Está usted

ahí? ¡Señor Santiago!

Se terminó el recreo, se terminó el placer. Suspiro y mientras me arreglo

la ropa me dispongo a cumplir con mi deber.

Iván

Como un león enjaulado, así me siento.

Trajino por la cocina del puto hotel con un humor de mierda. ¡La concha

de su madre! Me quemé un dedo.

Odio ser el encargado de la cocina de otro. ¡No sirvo para ser empleado

de nadie! Yo tenía mi propio restaurante, carajo.

Acá pagan un sueldo miserable y no tengo poder de decisión. Hasta

tengo que cumplir un horario, en restaurantes rotativos dentro de la cadena de hoteles, y también en turnos rotativos.

Cierto que no tengo que gastar en alojamiento y comida. El apart hotel donde vivimos es cómodo y agradable. Tres habitaciones, un baño, un pequeño

estar y una kitchenette. No necesitamos más ¿para qué? En realidad con una habitación hubiese alcanzado. El cuarto de Verónica está en el medio de los nuestros, y casi siempre terminamos durmiendo juntos allí. Con las dos camas de

plaza y media juntas, se descansa muy bien… Y también se hacen otras cosas.

Demasiadas…

La apuesta sube cada vez más. A veces tengo miedo de entrar en

combustión… Ah, carajo. Me acuerdo de lo que hicimos la última vez que estuvimos juntos y siento que se me levanta el delantal.

Como para sacar perros de abajo de la cama la tengo, solo de recordarla

con las piernas abiertas y la pija de Santi en el culo, pidiéndome que se la metiera bien adentro de la co… ¡La putísima madre! Casi me rebano el mismo

dedo que me quemé hace un momento.

Estoy distraído y molesto. Y todo porque Verónica no está acá en Costa

Rica, sino en Uruguay. En Montevideo, para ser más exactos…

¿Si me jode eso? Sí, claro que me jode.

Cuando la prima le mandó por mail los pasajes para que fuese a ver el estreno de la película de Grey junto a sus amigas, la cara de orto se me instaló y ya no me la pude sacar ni disimular.

¿Si a ella le importó mi cara de culo? No, ni un poquito.

Estaba feliz… Y allá se fue, con una sonrisa en los labios dejándonos al

forro de Santiago y a mí, como si nos hubiesen arrancado algo.

No sé cuál de los dos está peor… Parecemos dos parias, mientras Vero

sube fotos a Instagram. Está divina con esas esposas… ¿De dónde las habrá sacado? Ojalá las traiga a Costa Rica, porque se me ocurren muchas ideas viéndola así, con las manos sujetas.

Y de pronto se me cruza por la mente el horrible pensamiento de

perderla. ¿Y si no vuelve? ¿Si se fue para zafar de nosotros?

Sudo frío cuando agarro el celular y le escribo a Santiago.

“Forro, ¿pensaste en algún momento que ella puede no volver?”

Me contesta de inmediato.

“¿Qué decís, abollado de mierda? Por supuesto que no. Estás obsesionado, Iván. Va a volver. Tranquilo que lo va a hacer”

Pero no puedo tranquilizarme.

Miro las fotos otra vez… Acaba de subir otra con una máscara onda “carnaval de Venecia”. Me la imagino desnuda, solo con ese antifaz puesto…

Fantaseo con filmarla haciéndose una paja con el juguete que le compramos, y tengo que apartar la pelvis de la mesada, porque la tengo tan dura que me molesta.

Pero más me molesta la duda. ¿En serio va a volver?

Sigo trajinando, pero no logro tranquilizarme.

—Juan, salgo a fumar.

—Ve, yo te cubro.

Me pego una carrera a toda velocidad hasta el consultorio. Santiago está en la puerta, despidiéndose de una chica en bikini. Cuando los veo pongo el freno y ellos me observan alzando las cejas.

De refilón me doy cuenta de que está buena, y también de que por más buena que esté, no se la pondría ni en pedo. Ni a ella ni a ninguna, y eso me termina de desesperar…

La chica se va y yo miro a Santiago, afligido.

—¿Qué te pasa, flaco? —me pregunta.

—Que me acabo de dar cuenta de que no quiero coger con nadie que no sea Vero.

Se cruza de brazos y suspira.

—Bienvenido al club —dice.

—¿A vos te pasa lo mismo?

—Sí. Solo que eso me gusta, no como vos, que parece horrorizarte.

—¡Obvio, man! ¿Y si me deja? Mejor dicho ¿si nos deja? ¿No garchamos nunca más? ¿Estamos condenados a seguirla como dos perros?

Santiago se ríe, y tengo ganas de pegarle.

—No te va a dejar. No nos va a dejar…

—Ya lo hizo una vez. Un par de veces, en realidad.

—Nosotros también la dejamos ir, pero aprendimos la lección ¿no?

—No aprendimos nada. La dejamos volver a Uruguay sin un solo pero.

Él mueve la cabeza.

—Esto es distinto. No está Hernán de por medio.

—¿Estás seguro?

Veo como se le transforma la cara, y ahora el que se ríe soy yo.

—¿Ves? ¡No estás seguro de nada!

—Callate, tarado.

—No debimos dejarla ir tan buenamente.

—¿Qué podíamos hacer? —pregunta encogiéndose de hombros—. Ella

hace lo que le da la gana. ¿O no te diste cuenta de que vos y yo hace mucho que

bailamos a su ritmo?

Tiene razón. Lo hacemos, y estoy seguro de que a él eso le gusta tanto como a mí.

—Sí. La mina nos tiene en un puño… —admito.

Santiago se acerca y me dice en voz baja:

—¿En serio crees que Hernán…?

—No —confieso—. Creo que esta vez ese forro no toca pito en el asunto,

porque estoy seguro que está en Yanquilandia psicopateando a alguien más. Si estuviese en Uruguay… Ahí sí que estaría cagado en las patas.

Nos sentamos en el borde del porche. Le ofrezco un cigarro, seguro que

el obsesivo de la vida sana va a declinar, pero para mi sorpresa acepta.

—Ah bueno… Te entregás al vicio ahora —me burlo.

—Por tu culpa. Me clavaste una espina…

—Bienvenido al club —le digo riendo, y de alguna forma logro

arrancarle una sonrisa a él también.

—Estamos en el horno ¿no? —pregunta sin mirarme.

—Hace rato.

Es así. Desde que la conocimos pasamos del séptimo cielo al quinto infierno. Ida y vuelta, una y otra vez. Verónica es nuestra gloria y nuestra perdición. No sabemos qué hacer si ella no está. No tenemos idea ni de cómo vivir, sin esa sonrisa hermosa iluminándolo todo.

No hay certezas, siempre dudas. Miro mi muñeca y veo el número tres tatuado en la parte interna… Carajo, cómo la extraño.

—Grey y la puta que lo parió —murmuro, ofuscado.

—No es culpa de Grey, ni siquiera es culpa de ella o de su ausencia. Tenemos que aprender a vivir con este miedo a perderla, Iván. A vivir en la incertidumbre, y a confiar en que todo va a resultar como queremos.

Tiene razón, como siempre. Apago el cigarro y lo catapulto a la papelera con el pulgar y el índice.

—¿Sabés lo que me gustaría? —le digo mientras me paro. Este descanso se está haciendo demasiado largo—. Volver a Punta del Este los tres. Retomar los planes que teníamos…

—Estamos bien acá.

Lo dice de una forma tan terminante que me deja sorprendido.

—¿Nunca pensaste en volver?

Niega con la cabeza.

—Te digo que acá estamos bien, flaco. En tres días ella va a estar acá, y retomaremos nuestra vida en el paraíso. No le des más vueltas y andá a laburar.

Y luego se mete al consultorio y cierra la puerta.

Vaya, el lado oscuro de Santiago. Hace mucho que no lo veía, pero ahí está. Por el momento no me molesta; es algo que lo hace humano. Es demasiado perfecto para mi gusto. Siempre reflexivo, conciliador… Como un hermano mayor, digamos. Pero acaba de dejar en claro que es tan inseguro como yo.

Y de pronto me doy cuenta de que estamos pisando territorio

desconocido, y por eso nuestros pasos están llenos de miedos, llenos de dudas.

Nos aferramos a lo que creemos tener dominado por temor a que al mover una

de las piezas, se nos desmorone todo.

Por temor a perder a Vero, pero no solo a ella. Porque a mí no me daría

igual que Santiago se alejara, y sé que a él le pasaría lo mismo conmigo.

No podemos soportar la idea de que esta relación de a tres pueda

terminarse. Y acá en Costa Rica es fácil conservarla… Nadie nos conoce, nadie nos juzga.

Por eso Santiago se aferra a la idea de que mientras estemos acá alejados

de todo, podremos seguir disfrutando de esto que nos hace tanto bien, que nos gusta hasta el delirio, que no queremos perder.

Y mientras vuelvo a la cocina para retomar mis tareas, caigo en la cuenta

de que no solo nos une la misma mujer, también los mismos miedos nos

mantienen unidos.

La pregunta es por cuánto tiempo lo estaremos.

Verónica

En Uruguay la pasé bomba yendo a ver la segunda película de Grey con

mi prima y sus amigas, pero mejor la paso en Playa Hermosa porque es acá dónde vivo mi propia historia de amor y erotismo, que realmente es digna de una

peli. O por lo menos de un libro… o cinco.

Y es por eso que retomar la rutina no se me hace tan cuesta arriba.

Trabajo en una agencia de turismo que entre otros servicios vende tours

locales. Me paso el día vestida de azafata, igual que a los veintitantos, solo que ahora no sirvo cafés y bocadillos, sino que, micrófono en mano, repito como un

lorito las fortalezas del lugar.

Al final de la jornada regreso a la agencia a firmar la planilla, y a tomar

un café con las chicas de la oficina. En ocasiones me pasa a buscar Santiago, y

en otras lo hace Iván. Vienen en un scooter y a mí me encanta pegar mi cuerpo a

sus espaldas y rodear sus cinturas con mis brazos.

Con el cabello al viento cierro los ojos y les susurro obscenidades al oído, de modo que al llegar al apart hotel generalmente los tengo tal y como me

gusta: excitados y hambrientos.

Hoy fue un día por demás complicado. Los turistas japoneses son un

dolor de ovarios, les juro. Se sacan fotos hasta con una piedra al lado. Además, a través de Facebook recibí un mensaje de una desconocida que me sacó de quicio:

"Eres una puta, porque esa es la palabra que define a una mujer que se acuesta con dos hombres al mismo tiempo. ¿No tienes vergüenza? Lo gritas a los cuatro

vientos, y hasta te atreves a escribir sobre eso. Denigras la noble profesión del

escritor y a las mujeres en general, que lo sepas".

Mi primer impulso fue responder con insultos, pero luego lo pensé mejor

y la invité a despojarse de los prejuicios y a abrir la mente. No me contestó, por supuesto, pero a raíz de ese mensaje me di cuenta de que podía hacerme la superada, pero seguían existiendo cosas que me dolían.

No solo a mí se me complicó el día. Iván, que es a quien le toca pasarme

a buscar, está algo atrasado. Me mandó un audio recién, que me hizo reír mucho:

"Qué gente más impuntual, belleza. El 'ahora mismo' es un puto eufemismo en

este país. Estoy clavado esperando que el proveedor me traiga los huevos cuando

lo que desearía sería estar clavándotela a vos hasta los huevos. Ironías del destino…"

La legendaria franqueza de Iván… Ya se me fue el malhumor. Esperar no

me molesta para nada porque lo voy a aprovechar para conocer mejor a "la nueva".

Hace solo unas semanas que empezó y al parecer es algo tímida… Nos

tomamos un café en la cocina junto a otras compañeras, y aprovechamos para conversar un poco.

Blanca Pura es todo lo que su nombre indica. ¡Parece acabada de salir de la iglesia! Falda amplia hasta los tobillos, blusa abrochada hasta el cuello, cabello recogido en la nuca. ¿Será virgen también?

Se muestra cautelosa en las respuestas, al menos hasta que entra en confianza y es ella quien empieza a hacer las preguntas.

—Anteayer vino a buscarte un chico…—murmura dirigiéndose a mí.

—Ajá. Se llama Iván —le digo.

—¿Es tu novio?

Esta conversación promete. La pobre chica que parece haberse criado en un convento o en una granja de cuáqueros, manifiesta un intenso interés en mí.

Justo en mí…

—Sí —admito con una sonrisa.

Ella hace una pequeña pausa… Dos sorbos de café después, parece dispuesta a seguir el interrogatorio.

—Verónica…

—Sí, decime.

—Ayer vino otro chico y también lo besaste —dice preocupada.

La cocina se llena de risas, de las compañeras "viejas" que conocen mi estilo de vida. Hace tiempo decidí vivir de cara al mundo, sin mentir, sin ocultarme, para bien o para mal, así que la miro a los ojos y le digo la verdad sin entrar en detalles.

—Sí, ese es Santiago.

Me mira con los ojos desorbitados. Esperaba esa reacción.

—No entiendo.

Paola no se puede contener e interviene:

—Es que Vero sale con los dos.

—En realidad vivo con los dos—aclaro.

La nueva se atraganta con un trozo de *cupcake*. Le palmeo la espalda…

Siento lástima por ella, por el mal momento que está pasando.

—Con los dos—repite, incrédula.

—Sip…

Pausa. Bebe agua de forma algo precipitada.

—¿Y ellos saben?

—¿Qué cosa?

—Que andas con ambos.

—Por supuesto.

—¿Y no están enojados?

—No. Les gusta que sea así.

Blanca Pura baja la cabeza. La mueve y nos mira a las tres con los ojos como platos y luego arremete con todo. Yo aguanto como una *lady*.

—¿Tienes sexo con los dos?

—Sí.

—¿Elijes uno y vas y te lo tiras?

—A veces.

—¿A veces? ¿Quiere decir que otras veces no tienes que elegir? ¿Puedes tirarte a los dos?

Suspiro mientras intento por todos los medios no largar la carcajada ante este desopilante juego de palabras.

—Definitivamente eso quiere decir—afirmo sin cortarme ni un poquito, y al ver mi buena disposición para responder, Blanca sigue adelante.

—¿Lo haces al mismo tiempo con ambos, Verónica?—pregunta con voz extraña.

—A veces —admito.

Marcela, otra de las “viejas” no aguanta más y echa leña al fuego:

—Y otras veces mientras uno se la pone, el otro mira y aplaude.

Sin dudarlo un instante, Paola la secunda:

—Pero es más divertido cuando lo hacen de a tres. ¿Cierto, Vero?

La miro y hago una mueca que pretende ser irónica.

La chica nueva parece no dar crédito a lo que sus oídos están escuchando.

—¿Los tres en la misma cama? —pregunta asombrada.

—Bueno… sí.

Frunce el ceño, abre y cierra la boca…

—Pero… ¿cómo lo hacen? ¿Uno te… penetra y el otro te coloca su… *cosa* en la boca?

Parece que le cuesta emitir ciertos vocablos.

—A veces —vuelvo a responder. Es muy divertido este ping pong, dónde revelo detalles tan íntimos sin decir una palabra. La curiosidad de Blanca hace el trabajo sucio.

—O puede que te lo hagan por… los dos sitios—reflexiona, seguramente impactada por sus locas ocurrencias.

No me aguanto más, y la saco de dudas.

—Sí. A veces…

Ella me mira al borde del colapso.

—¿Cómo que a veces? ¿Eso quiere decir que otras veces te lo hacen por… el mismo sitio?

El poder de deducción de la chica es un tanto… forzado, creo. Pero yo sigo sin faltar a la verdad.

—Sí.

Se pone de pie de forma tan impetuosa que vuelca su café y el de Paola.

¡Tremendo griterío en la cocina! Tanto así que el encargado se hace presente para ver qué pasa, y eso basta para dispersarnos.

Blanca está como en trance y no atina a decir nada. Sube la escalera agarrando el pasamanos con fuerza, mientras las chicas ríen a carcajadas.

La pobre me da pena. En serio… Le toco el brazo y le pregunto:

—Estas cosas te impresionan ¿verdad?

Me mira con una mezcla de admiración y miedo.

—A veces—responde, y luego sonríe y me guiña un ojo.

Cuando llega Iván me pregunta por qué me veo tan contenta.

—Parece que tengo una nueva amiga —le digo, y luego subo al scooter y pego mis tetas a su espalda.

Santiago

En el descanso para comer me extraña no encontrarme a Iván en la cocina. “No se sentía bien y se fue a recostar” me dice una camarera.

Tengo un mal presentimiento… Iván nunca se enferma, nunca.

Cuando llego lo encuentro en el sofá tapado con una manta. ¡Hace un calor de mierda y él tiembla como una vara verde!

Lo destapo y noto que está empapado de sudor.

—Flaco ¿qué te pasa?

—N-no…estoy… muy bien-n…

Le toco la frente. Podría freír un huevo en ella.

—Levantate. Dale.

—No… tengo… ganasss… —replica e intenta volver a cubrirse con la manta.

—Me imagino. Estás volando en fiebre, Iván. Tenés que venir a ducharte…

—C-cuando… esté… m-mejor…

—No. Ahora—le ordeno, al tiempo que lo obligo a levantarse tomándolo del brazo. Tengo por norma no discutir con enfermos, y menos si se trata de mi

mejor amigo.

Lo ayudo a llegar al baño. Pongo una silla de plástico dentro de la bañera y lo hago sentarse.

El agua corre por su cuerpo y él no deja de temblar.

—Está helada… —se queja.

—Está templada. Vos estás caliente y por eso la sentís así…

—T-engo ganas de v-vomitar.

Se inclina y hace arcadas, pero no sale nada.

—¿Qué comiste? —le pregunto, preocupado.

—N-nada.

Luego de un rato lo dejo salir. Se ve pálido y ojeroso…

—¿Desde cuándo estás mal?

Se encoge de hombros. Parece desorientado.

Lo llevo a su habitación y lo seco con una toalla.

Cuando intento sacarle la ropa interior empapada, se resiste.

—Vamos, que ya te he visto desnudo otras veces —bromeo, para disimular lo preocupado que estoy.

—N-no estoy de… humor…p-para jugar… Y menos s-sin ella…

—No intento jugar, gil. Quiero sacártelo para mantener la cama seca.

De pronto se muestra dócil y me deja desnudarlo y acostarlo.

Quiere taparse pero no lo dejo.

—Basta.

—T-tengo fríooo—dice con los dientes apretados para que no le castañeen.

Le tomo la temperatura… La puta. Treinta y nueve.

Cuando me vuelvo para examinarlo, veo que se cubrió con la sábana.

Lo destapo y se queja, fastidiado, pero yo lo ignoro.

Le palpo el vientre. Cuando llego abajo grita.

Pueden ser dos cosas, al menos. Una de ellas es una infección intestinal.

La otra… Ojalá que no. Le aplico un antipirético y un antiespasmódico.

—N-no me g-gustan… las agujas… Forro.

Sigo ignorando sus quejas, y me meto en el baño para llamar a Vero.

Se lo digo sin rodeos.

—Iván está mal. ¿Podés venir?

En menos de media hora está acá.

Se abalanza sobre él y le llena el sudoroso rostro de besos.

—Hola, bebé.

A él se le ilumina la cara, y la rodea con ambos brazos.
—Me duele todo… —dice haciendo caritas. Aún enfermo se las arregla para resultar encantador el muy hijo de puta.
Vero tiene el rostro desencajado, y me mira como buscando respuestas.
—¿Le diste algo? Porque está demasiado caliente…
Sí, me doy cuenta. Creo que estamos ante la otra opción… La que no hubiese querido barajar, porque implica sí o sí, ir a un hospital.
Le tomo la temperatura y lo vuelvo a examinar. No le bajó nada la fiebre, y al palparle el bajo vientre, grita desesperado.
Ya no tengo dudas…
—¿Qué es?—pregunta Verónica, preocupada.
Abro el placard y saco el bolso de Iván.
—Preparate, porque nos vamos al hospital. Es apendicitis.
Cuando aviso a la administración del hotel, piden una ambulancia y en ella marchamos los tres para decirle adiós al apéndice de Iván.
Él delira durante todo el viaje.
—¿Vero? ¿Dónde está mi Vero?
—Va adelante —le respondo.
—Me gusta cuando va adelante… y yo atrás…
Dios santo. La enfermera que le está poniendo la vía se pone colorada. Este pibe no tiene filtro sano, así que enfermo ni les cuento.
—También me gusta… cuando se pone en el medio de los dos…
Carraspeo estrepitosamente, pero es inútil.
—Se ponga donde se ponga… lo mejor del mundo es ponérsela… ¿verdad, Santi?
Respiro profundo y le digo a la enfermera, con el afán de justificar esos exabruptos.
—La fiebre.
Ella asiente y mira para otro lado. El efecto de los fuertes medicamentos

hace que Iván sonría. Espero que se duerma pronto porque al que le va a dar algo

en cualquier momento es a mí.

Por suerte el viaje no es largo, y el efecto de los medicamentos tampoco.

Aunque la verdad es que lo prefiero contando intimidades y no sufriendo, como

ahora.

Lo apartan de nosotros. Vero consigue besarlo, unos segundos antes de

verlo desaparecer tras las puertas de la Emergencia.

Nos quedamos en el pasillo, completamente desolados. Ella más que yo,

desde luego. Se le caen las lágrimas, así que la abrazo y luego rozo sus labios con los míos.

—Va a estar bien, mi amor. Es una intervención de rutina.

Alguien carraspea junto a nosotros, y nos dirige una extraña mirada,

antes de introducirse al recinto donde tienen a Iván.

Momentos después, una enfermera nos hace pasar.

El médico de urgencias que lo atiende, que es el mismo que nos

cruzamos en el pasillo, parece carecer de eso precisamente. No tiene prisa.

—Estimado amigo, tengo alguna idea de qué lo está aquejando, pero

vamos a realizar un diagnóstico diferencial —le dice a Iván con toda la calma del mundo, mientras lee su ficha y anota algo—. Empezaremos con una

ecografía.

Verónica acaricia y besa a su paciente preferido, ante la mirada entre

asombrada y disgustada del galeno.

—Creo que… —comienzo a decir, pero él médico me mira como si fuese

un insecto, y vuelve a dirigirse a Iván.

—Dígame, señor Ruiz Ibarburu. ¿Ha recibido un disgusto recientemente?

—le pregunta, pero sin dejar de observarme con la desaprobación pintada en el

rostro.Creo que el hecho de ver a Vero en el pasillo besándome a mí, y ahora hacer lo mismo con Iván, le resulta chocante y no puede disimularlo.

—Sí, tengo apendicitis y me duele—responde mi amigo con esa cara de gato de Schrek que tanto fascina a Verónica.

—Ejem…Me refiero a otro tipo de disgustos… Lo veo muy alterado y a veces los síntomas que manifiesta pueden ser producto de haber visto u oído algo que…

Fastidiado y molesto en extremo, no puedo resistir el impulso de interrumpir de la peor manera.

—Doctor, haga el favor de pedir quirófano. Es apendicitis y si sigue preguntando pelotudeces puede derivar rápidamente en una peritonitis.

Mi colega me mira con furia.

—Pero… ¿usted quien se cree que es? No tiene ni la capacidad ni la autoridad moral suficiente para sugerir nada…

—Soy tan médico como usted. Y si con esa idiotez de "autoridad moral" intenta referirse a lo que vio en el pasillo, le confirmo sus sospechas: sí, ella y yo estamos juntos. Ahora proceda —replico con cara de pocos amigos.

Iván resopla y mira al médico sin comprender por qué carajo no le quita el apéndice de una vez.

Pero el infeliz sigue en sus trece. Observa la ficha y mueve la cabeza.

—Vaya, en el registro firma Verónica Sauer como la pareja del paciente —dice, sarcástico—. La enfermera debe haber cometido un error; le llamaré la atención.

—Ningún error: es mi mujer. Y lo que está explotando acá abajo, es mi apéndice—acota Iván más impaciente que paciente.

Los ojos del vejete se abren como platos. Leo en su expresión todas las preguntas que se apelotonan en su mente… "¿pero cómo? ¿es un triángulo? ¿un triángulo a la vista? ¿será que este pobre está sufriendo tanto que no logra captar que su mujer anda con el amigo?"

Al parecer no soy el único que puede interpretar a la perfección la expresión de contrariedad del galeno. Verónica también lo hace, y le termina de

dar el golpe de gracia, sacándolo por completo de cualquier duda.

—No es un triángulo, doctor: se trata de un trío. Todos con todos en

todas las combinaciones posibles. ¿Desea participar? No, ¿verdad? Eso pensé. Y

menos mal, porque su paciente aquí presente, en situaciones normales la tiene como para sacar perros de abajo de la cama. No le convendría ser la locomotora

del trencito loco del amor, créame. Así que ahora déjese de tonterías y cumpla con su trabajo: sáquele el apéndice a mi hombre de inmediato, porque si le pasa

algo, usted no cuenta el cuento ¿entiende?

Parece que sí entiende, porque da tres pasos hacia atrás con cara de

espanto. Sí, sin dudas lo hace porque dos horas después, el niño mimado de Vero

está en la habitación pidiendo a los gritos que le lleven algo decente de comer:

“¡Nada de sopitas insulsas! ¡Comida de verdad quiero!”

Sus gritos son música para nuestros oídos. Podemos respirar tranquilos

por fin, porque por fortuna la cirugía fue un éxito.

Al día siguiente, cuando el médico moralista le da el alta, nos mira a Vero

y a mí con severidad y nos advierte que el paciente no puede tener actividad sexual hasta pasada al menos una semana. Cómo se ve que no conoce bien a Iván…

Ni bien entramos al taxi, arremete con todo.

—A casa por fin… —murmura suspirando—. Díganme algo… ¿cogieron

mientras yo estuve internado, ustedes dos?

Lo suelta así, a boca de jarro, y el conductor casi se sale del camino.

Me tiento, no puedo evitarlo, así que es Verónica quien, con toda la

paciencia del mundo le responde.

—No, Iván. Estábamos demasiado preocupados por vos…

Él parece satisfecho, pero igual no la deja por esa.

—Bueno, yo estaré fuera de combate por unos días, pero no se priven por

mí ¿eh? Es más, me muero de ganas de verlos. Ni bien lleguemos quiero observarlos mientras cogen.

Los ojitos del tachero brillan lujuriosos, y no es para menos…

Así vivimos. Algunos adoran nuestro estilo de vida, otros lo censuran,

otros intentan ignorarlo…

¿Nosotros? Nosotros simplemente lo gozamos.

Hasta el delirio.

Y cuando llegamos a la villa, hacemos todo lo que Iván nos pide.

Licuado de frutillas, instalarse en la cama de Vero, el control remoto solo para él… Y también cogemos para darnos y darle el gusto.

Lo hacemos con un poco de culpa al principio, pero lo hacemos. No es

que siempre cojamos de a tres porque a veces lo hacemos por separado, pero nunca pasa que dos actúen y el otro esté presente y no participe ni siquiera grabando un video o masturbándose.

Es una experiencia nueva y resulta muy satisfactoria incluso para Iván,

estoy seguro.

Sobre todo cuando me coloco junto a él y hago que Vero me cabalgue, de

espaldas a nosotros.

Somos dos espectadores babeando como perros, ante la impactante visión

de ese culo de locura que sube y baja, se abre y se muestra…

Lo escucho jadear junto a mí, y luego estira un brazo y le acaricia el ano

con un dedo. Ella vuelve la cabeza y lo mira de una forma…

El que la tiene adentro soy yo, pero estoy seguro de que Iván está igualmente conectado.

Verónica toma el dedo que le acaricia el culo, se inclina y lo chupa.

Y después se lo introduce lentamente por atrás.

—Así… Ay, Iván…

De alguna forma la estamos cogiendo los dos. Tanto así que ni bien le introduce la última falange, veo que Iván acaba sobre su vientre sin siquiera tocarse. No solo lo veo, también lo siento, porque un poco de leche salpica mi brazo.

No es que me encante, pero estoy acostumbrado a este tipo de cosas…

Los fluidos de mi amigo me son más que familiares, así que puedo confesar que

ni me sorprende ni me da asco. Y también que me excita tanto que dos embestidas después yo también acabo.

El mundo explota a nuestro alrededor mientras mi amigo y yo, hombro

con hombro, observamos con admiración la privilegiada vista del trasero de nuestra amazona en todo su esplendor.

Definitivamente somos dos hijos de puta con suerte.

Iván

Las redes sociales me aburren. Tenía un perfil en Facebook hace mucho,

pero me olvidé de la clave. Ahora tengo una nueva cuenta que me abrió mi hermana para estar en contacto, y dos por tres me doy una vuelta para ver cuándo mierda cumplen años mis sobrinos, Alejo y Lautaro. Sé que uno en marzo y el otro en septiembre, pero no sé cual es cual.

Ah, es Alejo el cumpleañero. La semana que viene… Carajo, qué grande

está. Debe tener como ¿seis? Sí, seis o siete. Y el otro ocho o nueve. ¿Alejo es

mi ahijado o es el otro? La verdad es que no me acuerdo.

Y mientras recorro las noticias del caralibro que hace rato no abría, me encuentro con este post de Verónica:

"¿Puedo confesar algo? Bueno, después de lo que puse en'Doble o

nada' y 'La media vuelta', creo que estoy habilitada. La cuestión es que

me 'motiva' mucho ver a Santiago e Iván… interactuando. Me excita que

se besen y que se toquen, pero no puedo dejar de pensar que lo hacen

para darme gusto. Sobre todo a Santi lo veo tenso. Le come la boca a Iván pero su mirada se desvía hacia mí, buscando mis reacciones. La pregunta es: ¿está muy mal que los manipule para que hagan esas

cositas? Ninguno de los dos se asume como bisexual, pero son de mente

abierta. No obstante me preocupa vulnerar su sentido de la moral, y traerles confusiones. Hasta ahora la cosa no ha pasado de… bueno, ya

saben. Pero me gustaría ver más… ¿Estoy mal de la cabeza? ¿Soy una

pervertida? ¿A ustedes les ha pasado tener pensamientos pecaminosos

que tengan que ver con dos chicos besándose o tocándose?Las leo. Por

favor opinen porque me estoy preocupando y sé que ustedes no tienen prejuicios y lo harán objetivamente”.

Y yo que creía que nada podía perturbarme… Creo que hasta me pongo colorado. ¿Cómo es que sigue usando este perfil? Pensé que ya no lo hacía desde… Desde New York.

Durante varios días Santiago y yo no hacíamos más que mirar si ponía algo, ya que no nos contestaba ni los mensajes de WhatsApp ni las llamadas. Pero no… Nada.

Luego surgió lo de Costa Rica, y aún conviviendo con ella jamás la vi usando Facebook. Bueno, se ve que no estuve atento porque sí que lo usa.

Mi primer impulso es llamarla para preguntarle por qué cuenta esas cosas tan íntimas, pero luego la curiosidad me gana y me pongo a leer los consejos de sus lectoras…

“Ellos no son gays. Son dos machos super heterosexuales y eso es lo que más te gusta de ellos. Los besos y las caricias son muy sensuales y motivantes pero también son pequeños sacrificios que ellos hacen para complacerte. Opino que debes valorar esos pequeños detalles y explotarlos pero no llevarlos al límite de que ellos pierdan su esencia, lo que son realmente. El sexo oral y la penetración con límites grandes que no deberías forzar, obligar o manipular. Podrías estar jugando con fuego y te podrías quemar. Además recuerda que ellos también son mejores amigos. Piensa que quizás no quieren cruzar ciertos límites entre ellos. Una cosa es la relación que comparten contigo y una muy diferente la que comparten entre ellos, una amistad de muchos años.

Cuida a tus hombres. No todas tienen la suerte que tú tienes. ‘A veces menos es más’ Saludos y muchos abrazos para los tres desde Colombia”

Vaya con la colombiana. Tiene toda la razón… No debería llevarnos tan al límite. Un poco está bueno, pero a veces tengo miedo de que pida más… Igual finjo que lo estoy deseando, solo para escandalizar a Santiago y ponerlo

nervioso. Sigo leyendo, entre asombrado y curioso.

“Hola Verónica, la verdad es que si notas a Santi tenso es porque no lo atrae ese tipo de situaciones, lo hace porque tú te enciendes. Debes de ponerte en su lugar un poquito por que al parecer él es el macho alfa de la relación y la idea de una relación sana es que todos sus integrantes estén a gusto.Te recomendaría que no lo empujes a hacer algo que a él no le nace hacer (si lo hace por voluntad propia eso es otro cantar jajaja) ya que estarías afectando su integridad y podría llegar a resentirse contigo porque solo piensas en ti y no en él como pareja. Trátalos bien porque es un amor muy bonito y no todas las personas tienen esa oportunidad que tienes tú de disfrutar al 100% de tu relación. Eres mi heroína jajaja… Un abrazo desde este lado del charco.”

¿Así que Santiago es el macho alfa de la relación? ¿Y yo qué vengo a ser? Sigo leyendo sin poder creer lo que veo. La mayoría se preocupa por los sentimientos de Santi. Creo que piensan que soy un poco puto. Y no es para menos, ya que Vero contesta un mensaje diciendo que yo estoy “más cómodo”

que él en esas situaciones.

Es cierto que a veces me hago el gay para espantar a alguna pesada, y porque mis jefes aún creen en mi bisexualidad, ¡pero no lo soy! ¡Ni gay ni bisexual! Casi que estoy por enojarme cuando veo que ella también pone que nos vemos “muy machos haciendo esas cosas”. ¿Será así? Me parece que más bien nos vemos muy maricones haciendo mariconadas, pero si a ella eso la pone

a mil… Y a las lectoras también. Hablan de morbo y parece que son unas cuantas las que tienen la fantasía de estar con dos hombres.

¡La puta madre! Nunca me sentí tan expuesto, ni siquiera cuando leí

“Doble o nada”. A “La media vuelta” no llegué; hubiese sido demasiado incluso

para mí, pero ahora me pregunto qué carajo habrá puesto ahí. No quiero pensar

que también haya puesto en el libro ese tipo de… detalles.

Sigo leyendo, y al ver que no se ve tentada a hacernos “avanzar hacia el

sexo oral o la penetración” experimento algo de alivio… Menos mal. Porque estoy seguro de que si se lo propusiera, lo lograría.

Cuando estamos calientes somos como dos títeres en sus manos. Como

muñecos de arcilla que ella moldea a su antojo.

Veo que cree que no podemos ver lo que escribe porque nos tiene

bloqueados… No tiene idea de que tengo un nuevo perfil, así que me despacho a

gusto espiando lo que pone y los comentarios de las chicas.

Hay una que dice que yo soy “como un niño”. Sí, claro. Vení que te

muestro, mami. La tengo como para sacar perros de abajo de la cama… No me

extraña que crea eso si Vero les cuenta que yo me burlo de Santiago y le digo

“papito”. Bueno, por lo menos no piensan que soy tan puto como parezco.

Caramba, son una horda de perversas. Todas se calientan con la fantasía

de dos pibes besándose y tocándose, igual que la instigadora. Y encima lo comentan y se ríen… No sé si me siento cómodo con todo esto, la verdad.

Y de pronto se me ocurre: creo que llegó la hora de darle un escarmiento

a nuestra chica. A ver si se atreve a contarlo en las redes…

Lo hablo con Santiago y nos ponemos en marcha. La siguiente vez que

estamos juntos, le hacemos creer que su propuesta nos gusta demasiado.

Sin que ella lo pida, me acerco a mi amigo y le agarro la cara con ambas

manos.

“¿Te puedo comer la boca?” le pregunto en voz baja, pero no lo

suficiente como para que Verónica no escuche.

Santiago asiente y cierra los ojos mientras yo le muerdo el labio inferior

y la escucho suspirar junto a nosotros.

Cuando se acerca, ambos la ignoramos y continuamos besándonos, o más

bien simulando un beso porque nuestras lenguas no se tocan.

Ella no dice nada, pero tampoco sigue avanzando. El freno que le

pusimos fue efectivo, así que le damos el golpe de gracia.

“¿Te la puedo chupar?” le pregunto a mi amigo mientras me pongo de rodillas y no dejo de mirarlo.

Santi finge dudarlo un momento y luego se dirige a Vero:

“¿Me la puede chupar, mi amor?”

De reojo la observo. Tiene el rostro desencajado y no sabe qué decir. Es

tan graciosa su expresión de contrariedad, que ninguno de los dos puede aguantar la risa. Explotamos al unísono, y al darse cuenta de que es una joda, comienza a golpearnos con la almohada.

“¡Qué hijos de puta son!” grita. Pero de pronto se detiene y nos dice:

“Chicos, creo que llegó la hora de tener una conversación”.

Uh. Eso suena a que se terminó el asunto del morbo al menos esta noche.

Nos sentamos en la cama, y por primera vez hablamos seriamente del asunto. Es

una larga y extraña conversación…. Me pongo serio solo un instante, y luego de

eso me río un buen rato de los dos.

El que ríe último, ríe mejor ¿no?

Al otro día, veo su post en Facebook. Cuenta algo de lo que pasó, pero no

se atreve a contarlo todo. ¡Pequeña cobarde! No pone nada de la broma, pero sí

cuenta cada detalle de “la conversación”.

“Siguiendo

vuestros

consejos

hoy

tuve

con

mis

chicos

‘la

conversación’.Santiago se expresó con claridad: lo hace por la recompensa. La

recompensa es verme trepar por las paredes por el morbo de la situación. No le molesta tanto como antes el hacerlo, lo que en cierta forma lo preocupa. Cree que a mí me excita verlos pero que también que quiero probar cuan ‘open mind’

son. No está dispuesto a hacer cualquier cosa que se me ocurra, y no haría nada de eso si del otro lado estuviese otro tipo que no fuese Iván. Éste se rió y dijo que a él le gustaba lo que hacíamos. También coincidió que le daba asquito pensarlo con otro que no fuese Santiago. Que le encantaba mi calentura pero también la conexión que teníamos los tres cuando se desdibujaban los límites. Y

que no tendría problemas en avanzar.Yo pregunté qué quería decir "avanzar" y

él se rió, así que me quedó la duda y a Santiago el espanto.Igual ya no me siento tan culpable… Son más perversos que yo esos dos. Gracias por haberme aconsejado. Las quiero, amigas.

Verónica

Me voy a guardar bien guardado que la espío por Facebook, pero pienso

seguir muy atento cada uno de sus pasos y lo que le ponen "sus chicas". Le voy a

dar suficiente material como para que cada vez que ella suba algo, todas se den

cuenta de que el único "macho alfa" de esta casa soy yo.

Y todo va muy bien hasta el tres de septiembre, fecha en que me

comunican que tengo que ir a Cuba a supervisar la inauguración de un nuevo hotel de la cadena, y Verónica nos anuncia que quiere pasar su cumpleaños en Punta del Este, junto a su madre y su prima.

La reacción de Santiago me sorprende.

—¿Otra vez? ¿A Uruguay? ¿En tu cumpleaños, Vero?

—Sí. Espero que vengan conmigo… Mamá me regala el pasaje. ¡Me

muero de ganas de verla, y también a Silvana y a Ana!

Me gusta verla entusiasmada, así que no estoy feliz de pincharle el globo.

—No puedo, belleza. Estos hijos de puta me acaban de decir que lo de

Cuba es en esa fecha, así que van a tener que irse sin mí.

Ella se sienta en mis piernas.

—Sin vos no va a ser lo mismo, pero entiendo que tengas que cumplir

con eso. Además… ¡Cuba! Ahí sí te dejan entrar ¿no? Bueno, serán solo unos días sin vernos, y vas a estar bastante entretenido —dice besándome en los

labios. Y luego se dirige a Santi:—¿Y usted, señor? ¿Me acompañaría?

Lo pregunta sonriendo, encantadora como siempre, por eso no me

explico cómo Santiago le dice lo que le dice. Si yo que no puedo ir me resigno,

no entiendo por qué el más pacífico de nosotros tres, explota de esa forma.

—No, no te voy a acompañar y tampoco quiero que vayas. No podemos

seguirte la corriente en todas tus locuras porque algunos tenemos que trabajar para ganarnos la vida, y no tenemos parientes que nos paguen pasajes de avión

todo el tiempo.

Chan. La tensión es tal que de golpe se hace irrespirable el

ambiente.Vero se pone seria y se para frente a él.

—Voy a ir lo quieras o no—lo desafía, y yo sin querer le echo más leña al

fuego.

—Santi, yo hablo con Nadia y seguro que no tiene problema en darte

unos días. Pegamos un tarjetazo y se van a Punta a festejar el cumpleaños de la

señorita. Por mí no se preocupen, en serio…—les digo, sonriendo. Pero no me dura mucho esa sonrisa… Se me muere de golpe al ver la expresión de mi amigo.

Su rostro es sombrío, su mirada tiene un brillo feroz.

—No voy a moverme de acá. No voy a alterar mi vida y mi trabajo cada

vez que a ella se le ocurra pegar la media vuelta e irse a la mierda.

Zás, la cagó. La cagó en serio.

Ella se acerca con las manos en la cintura, lívida de furia.

—Es un viaje de una semana, Santiago. Si no querés acompañarme no lo

hagas, pero tampoco cuestiones mis decisiones ni me cortes las alas.

—¿Cortarte las alas?¡Hacemos todo lo que querés, todo el tiempo!

¡Hacés lo que querés todo el tiempo! ¿De qué alas me hablás? Vinimos acá porque volaste demasiado lejos, nena. Y ahora te querés ir…

—Santiago, es por una semana…—intervengo para intentar calmar las

aguas, pero es inútil.

—¡La otra vez también era por poco tiempo y se quedó con Hernán! —exclama furioso, y ella no se queda atrás.

—¡Sabés que me manipuló para que lo hiciera! Esto es distinto… ¡Es mi cumple! Necesito arreglar las cosas con mi mamá…

—¿Ah, sí? ¿Tiene arreglo eso? Porque la última vez que viste a tu viejo te dijo que ya no eras parte de la ilustre familia Sauer…

Es un golpe bajo y no esperaba algo así de Santi. No atino a decir nada, pero Verónica sí.

—¡No podés ser tan hijo de puta!

—Y vos no podés ser tan desmemoriada y tan inestable. Tu madre no estuvo a tu lado cuando tu papito te despreció ¿no? —le dice, sarcástico— ¡Estoy harto de intentar que sientas que algún sitio es tu hogar! Ni Barcelona, ni Punta del Este, ni New York, ni Playa Hermosa… ¿Vas a pasarte la vida dando vueltas de aquí para allá?

—¡No me hables así!

No sé qué mierda hacer. Ellos se gritan de todo y yo soy un simple espectador. No me atrevo ni a moverme… Pero cuando realmente me paralizo es cuando Santiago da un paso al frente, y ella intenta darle una cachetada. Él ataja su mano en el aire y la mira de una forma demasiado intensa…

Me siento un inútil, un cobarde. Es nula mi capacidad de reacción. Sé que tengo que intervenir porque allí puede pasar cualquier cosa, pero hay algo que me impide hacerlo. Tenía que haber terminado la terapia, carajo. Es evidente que tengo cosas sin resolver.

No hay tiempo para seguir enroscándome en mi puto pasado, porque de pronto sucede… En medio de toda esa tensión, de toda esa hostilidad, Santiago tira de Verónica y la besa de forma por demás violenta.

Le suelta las manos, le agarra la nuca, y ella aprovecha su súbita libertad

para golpearle el pecho. Pero sus movimientos son limitados y él no cede… Por

el contrario, aguanta los golpes y le come la boca, la devora sin piedad.

Finalmente, Vero se va calmando y deja de pegarle. Baja la mano que

hace instantes lo agredía, y con un gesto rudo le aprieta el bulto. Pero es evidente que no quiere lastimarlo…Todo lo contrario.

Es todo tan extraño, tan confuso. Es todo amor y odio, placer y dolor.

Él se baja el cierre y luego le levanta la falda a manotazos para arrancarle

la ropa interior. Le abre las piernas y la eleva sobre la mesada de la cocina como si fuese una muñeca. Verónica grita y echa la cabeza hacia atrás, cuando se la mete sin más contemplaciones.

Dios santo… Hace un minuto parecían querer matarse. Sin embargo no

me quedan dudas de que esto es totalmente consentido cuando la veo envolverlo

con sus largas piernas mientras él la embiste de la forma más salvaje.

Ahí están, cogiendo como animales frente a mí. Gruñen, jadean… Él le

dice obscenidades; ella se muerde el labio y después le busca la boca. Veo las lenguas tocándose, la saliva. El olor a sexo, esos gemidos… No puedo evitarlo y

mi mano se dirige hacia el cierre de mis vaqueros. Ya no aguanto más…

Santiago percibe el gesto y aparta su boca de la de Verónica un momento

para invitarme a jugar.

—Vení que te toca—me dice—. Ella es demasiado para uno solo.

Pero yo sacudo la cabeza, negando.

—No esta vez… Estoy mirando… la mejor porno de mi vida…en vivo y

en directo… Esta paja… se la dedico a los dos…—murmuro entrecortadamente,

mientras mi mano se agita arriba y abajo sin control.

Aún a un par de metros de distancia estamos tan conectados que siento

que estamos cogiendo los tres.

Y eso me da la certeza de que lo que hemos construido hasta ahora podrá

hacer agua, pero no naufragará.

No naufragará.

Verónica

En una de mis muñecas tengo tatuado el mapa del mundo, que representa

mi necesidad de moverme siempre. En la otra, tengo solamente un pequeño número “3”.

Ese *tatoo* significa mucho para mí, pero ayer sentí que en mis muñecas tenía un par de esposas, y que mis necesidades de volar eran incompatibles con

el amor que siento por Iván y Santiago.

Hoy hasta le tengo rabia a ese pequeñísimo tres. No sé si borrarlo o

transformarlo en otra cosa. Un signo de infinito tachado, por ejemplo. Una mariposa con las alas rotas. O tal vez un corazón, también roto.

Quizá deba dejármelo, para recordar que algún día la perfección existió.

Pensé que podía tenerlo todo, pero me equivoqué. Y este viaje que estoy

a punto de emprender sola, me ayudará a reflexionar sobre eso.

A ver, que no se me malentienda. Si tengo que elegir los elijo a ellos, pero la idea es que no tenga que elegir, que no me obliguen a hacerlo.

Estoy muy confundida, pero es lógico. Si de a dos es difícil, de a tres ni

les cuento…

Lo de anoche con Santiago estuvo muy lejos de ser una reconciliación.

Más bien fue un acto instintivo provocado por un exceso de calentura, pero los

desencuentros siguen.

Mi prima Silvana siempre dice que el sexo nunca resuelve nada, solo

dilata, y tiene razón. Y no hablo de dilatar en el sentido que están pensando, aunque en nuestro caso podría aplicar.

Más bien estoy hablando de que al haber resuelto pasar mi cumple en

Punta del Este con mi familia, algo se rompió entre Santi y yo.

Mientras cogimos de esa forma vergonzosamente animal sobre la mesada

de la cocina, ante la atenta mirada de Iván, hubo escasa conexión entre nosotros.

Lo apreté con mis músculos internos para obligarlo a acabar, y así

recordarle lo bien que puedo hacerlo sentir, pero eso fue un acto poco virtuoso

de mi parte. Además mis maniobras se volvieron en mi contra, porque a pesar de

que no quería perder el control, no pude evitar un orgasmo. Un “señor” orgasmo,

a decir verdad.

Claro que en esos cinco segundos de éxtasis, mi pequeña venganza fue

conectar con Iván, no con él.

Acabé mirando a Iván, que hizo lo propio sobre su vientre. Y enseguida

hice que Santiago se retirara de mí, y alejándome unos pasos me arrodillé a sus

pies, entre sus piernas separadas.

Tendido en el sofá, Iván jadeaba mientras me observaba lamer su semen.

Me lo bebí todo, empezando por lo que había depositado en su ombligo, y siguiendo por lo que mojaba sus abdominales perfectos.

Iván me acariciaba el pelo, pero mi atención estaba pendiente de cada

movimiento de Santiago. En realidad, ni se movió. Por el rabillo del ojo pude ver

que no nos sacaba los ojos de encima, pero no quise mirarlo francamente así que

me perdí su expresión.

Cuando dejé a Iván totalmente limpio, lo agarré de la mano, lo llevé a mi

cuarto y cerré la puerta. Y todo sin dirigirle una sola mirada a Santiago.

“¿Qué fue eso?” me preguntó ni bien cruzamos el umbral.

Le dije la verdad: “no sé”. Y él tuvo el buen tino de no hacerme más preguntas. Simplemente nos metimos en la cama y nos dormimos en cucharita.

Horas después abrí los ojos, y en la penumbra me encontré con los

increíbles ojos de Santiago a unos centímetros de mi rostro.

No estaba en la cama, sino sentado en el suelo, junto a ella.Cuando me

vio despierta me acarició la mejilla con el dorso de los dedos y sonrió, triste.

“No te vayas” fue todo lo que dijo.

No le contesté, pero como ofrenda de paz, retiré la sábana y me apreté más contra Iván para invitarlo a entrar y acostarse junto a mí. Y para mi sorpresa, él me rechazó. Se paró, y me acomodó la sábana. Me tapó como si fuese una nena, y me besó la frente. Después de eso se fue, cerrando la puerta tras de sí.

La sensación de vacío que sentí en ese momento, todavía me acompaña.

De más está decir que no pude volver a pegar un ojo, y estuve tentada varias veces de ir a meterme en su cama, pero me contuve.

Por eso ahora me siento una zombie, y a pesar de eso la ansiedad no me

abandona. No veo el momento de que llegue Santiago de trabajar, para ver si eso

que se rompió se puede reparar.

Pero él se retrasa, y esa es la tónica de los días siguientes. Me trata con

cortesía, y no menciona nada de mi viaje. Iván y yo llenamos los silencios incómodos como podemos, y cuando nos vamos a la cama no tenemos muchas

ganas de hacer nada… Nos la pasamos hablando de Santiago.

—Se le va a pasar, tranquila…—me susurra al oído mientras me abraza.

—Creo que esta vez no. Y si se le pasa a él, capaz que a mí no me sucede igual… Fue muy cruel.

—Y aún así lo gozaste…

Ese comentario de Iván me pone de muy mal humor porque es la pura

verdad. Pero no se lo admito; me limito a darme vuelta y taparme la cabeza con

la almohada.

Finalmente llega la noche que precede al gran día. Mañana parto al

mediodía con destino a Montevideo, previa escala en la ciudad de Panamá.

Allá me espera mi mamá en un auto alquilado, y juntas marcharemos

rumbo a Punta del Este para celebrar mi cumple. Me alegra que no me haya

pedido encontrarnos en Gualeguaychú, porque aún no estoy lista para enfrentar a mi padre. La casa que alquiló tiene un lindo quincho, así que pienso invitar a Ana y a Martín. ¡Y a la China! Me muero de ganas de ver a la China.

Iván también se va mañana, pero de noche Por poco no enganchamos el

mismo vuelo, ya que también va a hacer una escala en Panamá, antes de ir a La

Habana.Por primera vez estaremos los tres en distintos países, y eso se siente muy raro y muy triste también. De pronto me acobardo… Ya no tengo ganas de

pasar mi cumpleaños en Uruguay. ¿Qué sentido tiene? Mis verdaderos deseos poco tienen que ver con eso… ¡Mi lugar está junto a los hombres que amo!

Sigo un impulso y despojándome de mi dignidad entro al cuarto de

Santiago. Está leyendo… Me quiero morir cuando veo que el libro que tiene en

las manos es: “La media vuelta”.

Lo cierra despacio y me dice:

—No tiene final.

Niego con la cabeza y trago saliva.

—Espero que no lo tenga nunca—murmuro con voz ahogada.

—Eso depende de vos—replica, y su mirada está cargada de expectativa.

Me acerco y me siento en la cama, a su lado.

—No quiero irme peleada con vos…

—Entonces no te vayas.

Suspiro. Afuera dejé la dignidad, pero hice entrar al orgullo conmigo.

—Me tengo que ir… Pero voy a tratar de cambiar los pasajes de vuelta,

así nos encontramos los tres en La Habana el catorce o a más tardar el quince, y

sorprendemos a Iván. ¿Podés? ¿Te animás?

Santiago me acaricia la cara con ternura.

—No se puede tener todo en la vida, ¿lo sabés, verdad?

Y no sé por qué, pero esa revelación que yo tengo más que sabida por supuesto, me cae muy pero muy mal.

Pensé que iba a estar feliz con mi propuesta, pero resulta que no lo veo para nada contento.

—Lo mismo digo—es mi helada réplica.

Su mirada se endurece y deja de acariciarme.

Y de pronto lo veo claro: esto es una especie de pulseada y a Santiago no le sirve empatar. Él quiere ganar… ¿Y cuál es el premio? ¿Yo?

No, lo que él quiere son certezas. Quiere la ilusión de estabilidad porque está lleno de miedos, bajo ese aparente control que siempre manifiesta.

En el fondo, el doctor Santiago Maurente es más formal de lo que creía, y eso me hace sentirme confusa. Pensaba que era yo la más complicada para llevar una vida poco tradicional, pero resulta que terminó calzándome como anillo al dedo.Y él, que parecía muy “open mind” ahora se muestra inseguro y se comporta como un auténtico macho alfa. ¿Será que por no ser una pareja, somos una especie de manada?

Entender que con Santiago no va a haber medias tintas de ahora en más me cuesta. Yo estoy dispuesta a ceder un poco ¿por qué él no hace lo mismo? ¿Es que no es posible encontrar un punto medio?

Una voz interior me da la respuesta: “donde hay dos machos, siempre hay competencia”. ¡Pero él no está celoso de Iván! ¿O sí? ¿Es contra mi voluntad con quien compite? ¿Qué es lo que quiere demostrar?

No me deja seguir con mis reflexiones porque se pone de pie y camina por la habitación.

—Te lleva Iván al aeropuerto, ¿no?

—Sí.

—Genial. Yo tengo guardia esta noche así que voy a estar fuera de combate mañana…

Me paro despacio y me acerco a la puerta.

—Entonces… ¿nos despedimos ahora? —pregunto con un nudo en la garganta.

Para mi sorpresa, él me abraza y me da un beso en la sien.

—Buen viaje, Verónica —me dice, pero su voz suena por demás impersonal.

Se me encoge el corazón al escucharlo.

—¿Eso es todo?—pregunto con los ojos llenos de lágrimas.

Él me suelta y se encoge de hombros. No me mira cuando responde:

—Mirá tu muñeca… Ahí lo tenés. Te vas a comer el mundo y lo sabés.

Vas a estar de aquí para allá toda la vida, y la cuestión será si podré acostumbrarme, porque está claro que a Iván no le jode demasiado.

Miro el planisferio en la cara interna de mi muñeca… Y luego miro la

otra, dónde está ese número 3 que él también tiene tatuado en el mismo sitio, igual que Iván.

—Y vos mirá la tuya —le digo con una profunda tristeza que ni me

molesto en disimular—. Recordá que estemos donde estemos, siempre vamos a

ser tres.

Y sin decir una palabra más salgo de su habitación, me meto en la mía, y

estallo en llanto.

Santiago

Solo . Por primera vez en mucho tiempo estoy solo y me siento solo. Iván

partió anoche, medio enojado por mi falta de respuesta a sus innumerables "¿por

qué?". No puedo darle lo que necesita porque ni yo mismo tengo esas respuestas

claras.

Lo único que sé es que cuando Verónica anunció que por segunda vez en

el año visitaría Uruguay, me puse furioso.

Cuando pasó lo de Grey en febrero tampoco me cayó bien, pero logré

disimularlo. La prima que es azafata, le consiguió un vuelo por dos mangos y encima se lo pagó, como para que no tuviese pretexto alguno para decir que no.

Ella estaba sin trabajo, así que todo confluyó para que pasara una semana entre

Montevideo y Buenos Aires, asistiera a ver la mierda de película que se estrenaba el catorce, e hiciera un poco de vida social, ya que acá en Playa

Hermosa de eso mucho no hay, y es precisamente lo que más me enamora de este lugar.

Pero lo del otro día, hizo que todo se rebelara en mí.

No era un asunto de dinero, porque entre los boletos casi gratis que le consigue Silvana, y el alojamiento que lo paga la madre, estaba ese asunto cubierto. Además ella maneja su propia plata, porque no será mucho lo que le pagan en la agencia de turismo, pero le da para bancarse sus gastos acá en Costa

Rica y también una semana en Uruguay, eso sin duda. Claro que al pedirnos que

la acompañáramos no contempló que tanto Iván como yo estamos guardando

todo el dinero que podamos. Yo, porque quiero que nos mudemos a un

departamento y dejemos el hotel para llevar una vida más sosegada, y que no nos

estén llamando fuera de horario cada vez que se presenta un contratiempo. E

Iván porque quiere montar su propio restaurante sin tocar las rentas que percibe de Uruguay.

¿En qué estaba pensando al invitarnos? Me invadió una rabia inmensa

que todavía no me abandona.

No sé que me pasó, pero en medio de toda esa furia me sentí tan excitado

que casi la violé. Bueno, en algún momento sentí que se resistía, pero fue muy

fugaz la duda porque enseguida me correspondió.

Me la cogí con ira al principio, pero después me ganaron las ganas, el deseo que siento por esa mujer, y me olvidé del mundo mientras me perdía en ella.

Lo que rompió el hechizo fue que no me miró al acabar, sino que se

conectó con Iván que observaba de cerca lo que hacíamos.

Y luego me ignoró. No solo esa noche, sino los días que siguieron a esa

noche. Esa bronca se fue alimentando con resentimiento e indiferencia por partes

iguales, hasta que la noche previa a su partida eclosionó en una conversación que

sonó a despedida.

Bueno, no del todo, porque ella se las ingenió para dejar sembrada una

esperanza. “Siempre vamos a ser tres”.

Sí, como no.

El problema de Verónica es que la estabilidad es su enemiga.

No se siente “en casa” en ningún sitio. No hay lugar que ella pueda

considerar su hogar. A la primera de cambio, se las pela. Huye…

No le importa el pretexto. En febrero fue la película, ahora es su

familia… Sí, como no. Su madre me parece una reverenda hija de puta, una cornuda consciente que se calla para seguir manteniendo el estatus. No la defendió en su momento, y ahora quiere hablar y aclarar las cosas… Y lo peor es

que Verónica lo acepta sin cuestionamientos, porque le viene bien para escaparse

una vez más.

El confrontarme a esta realidad tan dura me vuelve loco, pero lo cierto es que no somos suficiente para ella.

Y no solo eso: Verónica siempre gana, siempre.

No tiene la menor consideración por Iván y por mí.. Si se le antoja que

nos besemos, hay que cumplirle el deseo. Si quiere alejarse, hay que ir tras ella.

Decide todo en esta relación… Su dormitorio es la meta, y el con el tarado de Iván no hacemos otra cosa que complacerla para poder entrar al recinto sagrado

donde ella nos otorga la gracia de… Del placer. Del placer más inmenso que se

pueda imaginar.

Vivimos por y para ella, pero no le alcanza.

Nada le alcanza…

Vengo masticando rabia desde hace días, y va en aumento. Claro que mi

furia tiene altibajos, sobre todo por las noches cuando recuerdo lo bien que la pasábamos. Pero soy orgulloso y lo asumo.

Y si Verónica nos quiere lo suficiente va a tener que aprender a ceder.

Cuando vuelva las cosas van a cambiar…

Ojalá Iván no estuviese en Cuba, para hacerlo entender que no podemos

bailar a su ritmo todo el tiempo, y planear una estrategia para no dejarnos envolver con sus… maniobras.

Mi ánimo es sombrío así que en vez de salir a emborracharme en mi día

libre como había planificado, lo que hago es plantarme frente al televisor.

No sé nada de ella desde ayer… Bueno, sé llegó a Montevideo bien, y

que su madre y su prima la esperaban en el aeropuerto. Me lo contó Iván por WhatsApp, pero no pude enterarme de más porque se cortó la comunicación.

Parece que hay un viento de la gran puta por allá y eso impide que las conexiones de por sí bastante obsoletas, funcionen correctamente. Es época de huracanes en el Caribe, y parece que hay uno que pasará cerca de Miami y está

generando esos vientos huracanados en todas las islas.

De hecho creí escuchar en la playa que uno de ellos devastó a la hermosa St. Marteen, pero la indignación que dominó mi accionar estos días me impidió

interesarme por otra cosa que no fuese alimentar mi descontento.

Bueno, es hora de actualizarme un poco. Pongo el canal de noticias, y lo

que veo hace que mi corazón se acelere…

“El huracán Irma sigue su ruta de devastación y amenaza con tocar el

lado norte de Cuba en las próximas horas”.

Mierda. Mierda, mierda, mierda…

Agarro el teléfono y marco el número de Iván.

“El número que ha marcado, se encuentra apagado o fuera de…”

Carajo. Pienso unos segundos y llamo a Fernando, el administrador y

propietario del hotel donde trabajamos y vivimos. Me dice que no me alarme, que se suspendió la inauguración y la gente de allá está haciendo lo posible para

sacar de la isla al personal del extranjero.

Me paro y camino por la habitación, nervioso. Marco el número de Iván

una y otra vez, sin éxito alguno… Busco en Internet los datos del hotel donde está, pero no logro que me atiendan.

Y mientras me pregunto qué carajo hacer, me entra una llamada de

número desconocido: es Verónica.

—Hola.

—¿Qué sabés de Iván? —me escupe de entrada.

—Nada. Ayer hablamos pero se cortó…

—¿Se cortó?

—Sí. ¿Y vos que sabes?

—Que llegó bien. Nos comunicamos por WhatsApp anoche. Por lo que me decís creo que después te llamó a vos…

—Sí. ¿Te dijo que había viento o algo así?

—Le pregunté por "Irma" y minimizó el asunto. "Un vientito de nada" me dijo.

—A mí igual, pero mientras hablábamos de eso se cortó la comunicación y aún no he podido retomarla.

Se hace un incómodo silencio hasta que ella lo rompe.

—Dicen que va a tocar el norte de la isla… —murmura con una voz extraña.

—Sí, también lo escuché.

Otro silencio.

—¿Y qué vas a hacer? —me pregunta, y eso me deja desconcertado por completo. ¿Qué se supone que debo hacer? No soy Dios, no puedo parar ese huracán.

—Esperar, igual que vos.

Resopla.

—¿Cómo esperar? Vos estás más cerca, tiene que haber una forma de que llegues a él. ¿Hablaste con Nadia y Fernando? ¿Buscaste vuelos a…?

—Verónica me acabo de enterar. Estoy haciendo lo posible por comunicarme con Iván. Hay que esperar, no hay otra…

—Yo no me voy a quedar con los brazos cruzados —declara, y luego me corta el teléfono.

Y antes de que pueda digerir esa situación, me vuelva a sonar y con

alivio reconozco el número de Iván.

—Qué hacés, pibe. ¿Estás bien?

—Eh… *maso*.

—¿Qué pasa? ¿Se puso peor el vientito de mierda? —le pregunto para distender un poco.

—Va a llegar. Y no encuentro vuelo para salir de acá.

Se lo escucha preocupado y triste, y a mí se me encoge hasta el alma.

—Iván, seguí intentando. Tenés que salir de la isla…

—Bueno, tenemos a la gente del hotel haciendo el intento pero se complica, así que me estoy preparando para enfrentarlo…. ¿Y sabés qué? Creo que por algo no surge la salida, se ve que tengo que quedarme acá y ayudar en todo lo que pueda. Uy, pará… Ahora que tengo señal me entra un mensaje atrás de otro. Te llamo en cinco, ¿dale? —y sin esperar respuesta, cuelga.

Me quedo… azorado. No sé hasta qué punto es que no puede venir, porque eso que dijo me sonó a que no quiere hacerlo.

Pasan cinco, pasan diez minutos… No aguanto más y lo llamo.

“El número que ha marcado se encuentra apagado o fuera de…”

Mierda, el contestador. Se quedó sin línea otra vez.

Cambio de canal, y en todos veo el huracán “Irma” asociado a Cuba. En todos, carajo.

Suena el teléfono y me abalanzo sobre él. Pero no es Iván, es Verónica.

No me deja decir ni “hola”. Se la escucha sumamente alterada.

—Por favor, Santiago… Yo estoy lejos. Vos estás cerca… Tenés que hacer algo para sacarlo de ahí.

Algo muy oscuro se apodera de mí al escucharla. No sé si acertaría a definir que es pero no se trata de nada bueno. No son solo celos, y eso es lo único que sé.

—¿Algo cómo qué? ¿Cómo ir en kayak a rescatarlo? ¿Cómo arriesgar mi propia vida para que seamos dos en vez de uno? ¿No entendés que no se

puede

hacer nada? ¡Ni siquiera quiere venir, Verónica!

Al otro lado de la línea solo se escucha el silencio.

—¿Hola? ¿Me escuchás?—pregunto porque no sé si me volvió a colgar

como hace un rato.

—Acá estoy. No sé qué querés decir con eso de que no quiere ir…

Recién hablé con él diez segundos antes de que se cayera la conexión, y me dijo

que estaba bien, que intentaba conseguir un vuelo para salir de…

No termina la frase. Se pone a llorar y yo me quiero morir. No soporto que sufra, eso puede más que mi orgullo, que mi rabia.

—Si no lo logra, va a quedarse a ayudar. Tenés que estar tranquila, Iván

sabe cuidarse…

Pero ella sigue sollozando.

—Lo voy a sacar de ahí como sea —me dice. —Si quiere ayudar que lo

haga desde otro lugar.

—Verónica…

—Adiós, Santiago —murmura, y luego vuelve a cortar.

Iván

Tendido de espaldas en la cama, rememoro los últimos acontecimientos.

El viento… Algo que jamás había visto, que jamás había vivido.

La lluvia arreciando. Sin electricidad, sin agua, completamente

incomunicados. No podíamos salir del hotel. Nos quedamos en los pisos

superiores porque se inundaron las primeras plantas. Era imposible evacuar…

Se me terminaron los cigarros, aunque si no hubiese sido así igual no

podía fumar. Pero el pensar que estaba en el país de los habanos y sin un puto

cigarro me enervaba… Los de planta baja estarían flotando como soretes en el agua.

Y hablando de eso… El olor. Las aguas negras circulando libremente por

las escaleras… El calor. Inmundo, pegajoso. El aire asfixiante. No podíamos

abrir las ventanas ¡Ni soñar con acercarnos a ellas! Con esos vientos de más de doscientos kilómetros por hora sería una verdadera locura.

Permanecimos horas así, en silencio y oscuras, esperando que Dios o el diablo se calmaran. La mayoría éramos empleados del hotel; los huéspedes tenían prioridad para ser evacuados, y así se hizo.

Tuve miedo, para qué negarlo. Por mí y por los que me rodeaban, pero también me preocupaba lo que podían estar temiendo mis seres queridos.

Verónica… Su rostro hermoso estaba en mi cabeza todo el tiempo.

Me obligué a dejar de pensar en ella cuando me di cuenta de que la tenía dura y se me notaba. “Como para sacar perros de abajo de la cama” me dije, y luego sonreí.

Estaba vivo, y cuando eso pasara estaríamos juntos. Los tres, como antes, y no volveríamos a separarnos jamás. ¿Por qué el boludo de Santi no la acompañó a Uruguay? En unos días sería su cumple… Solo esperaba que las comunicaciones estuviesen restablecidas para poder llamarla.

Qué iluso fui. Nadie vino al rescate durante toda la noche, y tampoco al día siguiente. Me corté un dedo con un vidrio y me hice la curación con papel higiénico. Pasó otro día más y se terminaron los víveres.

Para la noche del domingo, nos quedamos sin reservas de agua… Fue la noche más larga de mi vida.

Pero cuando amaneció sucedió.

Un helicóptero a lo lejos, y luego cada vez más cerca. El ruido era ensordecedor…

—¡Está bajando en el helipuerto!—gritó una de las mucamas.

No podíamos bajar, pero sí subir.

Igual fue inútil, el viento arreciaba y no lográbamos abrir la puerta. Era como si una mano gigante nos lo impidiera.

Finalmente fueron los del helicóptero los que lograron entrar.

Eran militares. Y para mi sorpresa, lo primero que dijo uno de ellos fue:

—¿Quién es Iván Ruiz Ibarburu?

Levanté la mano con algo de timidez. Lo que menos me esperaba era que alguien me conociera allá.

—Bien, esto será así. Les dejaremos provisiones. Los iremos evacuando a distintos refugios en el correr de la mañana. Deberán tener paciencia y esperar un poco más… Usted, Ruiz Ibarburu, se viene con nosotros ahora mismo. Trae sus documentos encima, me imagino.

—¿Yo? ¿Por qué?—pregunté asombrado. No entendía nada.

—No haga preguntas que no le puedo responder. Yo solo sigo órdenes y espero que usted haga otro tanto.

Fue así que de un momento a otro me encontré en un helicóptero que no tuvo como destino un refugio, sino el devastado aeropuerto José Martí.

—Va a tener una larga espera, mi amigo. Ya lo llamarán por los altavoces y le dirán adonde dirigirse. Buen viaje —me dijo el militar, y luego me dejó una bolsa con agua y una especie de sándwich frío y se fue.

El día del cumpleaños de Verónica me la pasé en el arruinado aeropuerto José Martí. Ese lunes no se pudieron reanudar los vuelos; eso recién sucedió el martes.

No tenía hambre ni sed, porque a algunos de nosotros nos dieron provisiones las cuales compartí con otros. Lo que sí tenía era unas ganas inmensas de comunicarme con la gente que quiero. Con Verónica, sobre todo.

Pero no pudo ser. No había wifi ni señal para el celular. Había electricidad pero mi teléfono sin carga tenía unos cuantos adelante para acceder a los pocos enchufes disponibles. Además no me serviría de nada si no había conexión ni línea para llamar.

¿Qué estaría pensando Vero? ¿Estaría temiendo por mi seguridad? ¿Estaría pensando que había muerto? No quería ni pensar el espantoso

cumpleaños que podía estar pasando por mi culpa. Sonaba muy preocupada la última vez que hablamos… Odiaba tener que causarle ese disgusto, pero nada podía hacer.

La mañana del doce el aeropuerto volvió a funcionar, y al mediodía me

embarcaron en un vuelo con destino a Asunción, en Paraguay.

Era un avión diminuto… Fue un vuelo de mierda, la verdad. Pero cuando

vi La Habana desde arriba y ya sin viento, me quise morir. ¡Estaba todo inundado! En algunos sitios solo se veían las hojas de las palmeras.

Dios… Me sentí como una rata huyendo del barco que se está por hundir.

Ni bien levantó vuelo sentí que me estaba fallando a mí mismo al no haberme quedado a ayudar, pero ya estaba hecho.

Y el pensar que iba a estar cerca de ella, hizo que mi corazón se

acelerara. Iba a intentar llegar a Punta del Este, o al menos a Montevideo o

Buenos Aires… Eso siempre y cuando tuviese la posibilidad de elegir, porque con todo lo que estaba pasando no me podía poner exigente.

Para resumir, no tuve que elegir nada. Una avioneta de la Fuerza Aérea

Uruguaya nos trasladó a mí y a otros tres uruguayos que habían quedado varados

en distintas islas del Caribe, al aeropuerto de Laguna del Sauce, en Punta del Este. Casi muero de la alegría al saberlo… Fue todo muy rápido, ni siquiera me

dejaron hacer una llamada.

“Está todo arreglado” me dijo un pibe que no parecía ni tener veinte

años. Solo esperaba que no fuese el piloto, pero lo cierto es que hubiese subido a esa avioneta aun siendo mi sobrino de siete años el que la piloteaba.

Y cuando llegamos, lo primero que vi ni bien me asomé a la escalera, fue

a la mujer que amaba.

Estaba allí parada en la pista, como una muñequita. La vi tan frágil, tan

linda… Era de noche y hacía frío. Tenía una manta entre sus manos…

Mientras bajaba a toda velocidad, pude distinguir a Tincho y a Ana junto

a ella.

Sonreí… Estaba en casa. Por fin estaba en casa…

Me abalancé sobre Verónica como un desesperado, y no me avergüenza confesarlo.

Ella me hizo el "koala". Se adhirió a mi cuerpo con brazos y piernas, mientras me llenaba la cara de besos.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Feliz cumple, belleza. Atrasado y sin regalo, pero ya te voy a compensar…

Ella volvió a abrazarme mientras susurraba en mi oído:

—Ya lo creo que sí.

Y no me soltó ni cuando saludaba a Tincho y a Ana, ni en el coche mientras íbamos camino a la casa que su madre había alquilado.

No se despegó de mí ni un instante, ni yo de ella. No hablamos casi nada, solo eran besos y sonrisas.

Comí con Verónica sobre mis piernas, y ella se encargó de bañarme en la enorme bañera del dormitorio que me había asignado "mi suegra".

Al parecer no iba a ser el mismo que el de su hija… Muy tradicional. Me pareció una mujer débil y superficial. No me gustó para nada, igual que su padre.

Y aquí estoy, esperando que vuelva "mi mujer" y se meta en la que esta noche será "nuestra cama", diga lo que diga la vieja. Estoy agotado pero a la vez ansioso.

Quiero abrazarla, quiero besarla, quiero hacerle de todo…

Pero el sueño me vence y no le hago nada.

Cuando horas después me despierto con ella dormida entre mis brazos sonrío, mientras recuerdo todo lo que pasó en los últimos días.

Rememoro cada momento, cada detalle…

Perezosamente la oprimo contra mi cuerpo mientras me acuerdo de cada detalle. Claro que se me escapa algo. Algo muy importante…

¡No le avisé a Santiago que estaba acá! ¿Lo habrá hecho Verónica?

Bueno, supongo que sí. La última vez que hablamos por teléfono alcanzó a decirme que estaban en contacto.

Se la ve tan tranquila, así dormida…

Cuando abre los ojos lo primero que me dice es:

—Sos el mejor regalo de cumpleaños que recibí en mi vida.

Le acaricio la cara con ternura.

—¿Sí? Un regalo atrasado. Y agotado…

Pero a Vero no parece importarle.

—¿Dormiste bien, Iván? ¿Qué te pasó en el dedo?

Le muestro el tajo que ya no sangra.

—Me corté recogiendo vidrio.

Ella se pone seria y me mira.

—¿Te querías quedar a ayudar?

—En algún momento se me cruzó por la mente que tenía que hacerlo. Y

de verdad lo hubiese hecho si no hubiesen ido a rescatarme… Fue un helicóptero

militar. Sabían mi nombre, y no entiendo por qué´…

Ella se sienta en la cama y mis ojos se clavan en sus tetas. Lleva una camiseta blanca y los pezones se le marcan.

Mi media erección matutina se transforma en completa al instante.

Pero lo que Vero me dice, calma mis ímpetus de inmediato.

—Es bueno tener contactos. O rodearse de gente que los tiene.

—¿Cómo?—pregunto sin comprender.

—Mi padre y un íntimo amigo en la Fuerza Aérea Uruguaya. Y Tincho,

con vinculaciones con el gobierno de acá. Se juntaron voluntades, favores que se

debían… Desde este cuartel organizamos tu vuelta, Iván.

Me siento en la cama y pestañeo, confuso.

—¿Todo esto es obra tuya?

—¿Qué pensabas? ¿Qué era una casualidad que terminaras entre mis brazos, bombón? —me dice con picardía.

Yo tengo un nudo en la garganta… A esta mujer se lo debo todo. Me ha hecho volver a la vida en más de una ocasión.

La obligo a acostarse y me le subo encima.

—¿Y qué tiene que pasar para terminar entre tus piernas, belleza? ¿Un terremoto, un volcán? Porque con ese premio vale la pena sobrevivir…

Sonríe. Y luego las abre…

Entonces me olvido de todo, incluso de preguntarle si Santiago ya sabe que estoy a salvo y con ella.

No hay preliminares esta vez. Se la meto de una, pero me muevo despacio, con largas embestidas… Llego hasta el fondo y me retiro, una y otra vez. Al principio observo nuestros cuerpos unidos, pero después elimino la distancia y pego mi piel a su piel.

Le hago el amor a Verónica mientras le susurro mi agradecimiento al oído, y también cuánto la amo.

Acabamos juntos, nos comemos a besos…

El éxtasis post coital nos hace sonreír y adormilarnos nuevamente, y nuestro egoísmo es tan grande, que en ningún momento nos acordamos de Santiago.

Verónica

La última llamada que le hice a Santiago me dejó sumida en la más profunda de las tristezas.

Completamente desolada, me puse a llorar. Mi prima Silvana estuvo ahí para consolarme como tantas veces, aunque jamás había tenido que enfrentarme a algo tan serio.

Iván estaba en peligro y yo no podía soportar la idea de perderlo.

—Tranquila, ché. Todo va a estar bien…

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Cómo podés estar tan segura? ¡Está en el ojo de un huracán!—exclamé exaltada.

Pero Silvana se cebó un mate con toda la calma del mundo.

—Le dijiste a Santiago que vos te vas a encargar de sacar a Iván de ahí y lo vas a hacer.

—Ya lo sé… Pero no se me ocurre cómo.

—A mí sí. Pero no te va a gustar…

Y tenía razón: no me gustó nada.

Pero no tuve más remedio que hacerlo, así que dejé de lado mi orgullo y llamé a mi padre a Gualeguaychú.

Fui breve cuando le expliqué el problema. Él todo lo contrario cuando me interrogó.

—¿Y por qué se supone que yo puedo hacer algo?

—Porque vos tenés a tu amigo, el General, acá en Uruguay.

—Así que vos querés que lo moleste para que intente repatriar al cocinero ese con el que salís… ¿por qué debería hacerlo, Verónica?

Entonces le mentí. No tuve ningún problema en hacerlo.

—Porque es mi novio—afirmé. Y luego agregué:—Mi único novio.

Se hizo silencio al otro lado de la línea, pero fue momentáneo.

—¿Así que reflexionaste y ya no llevás una vida disipada? ¿Ya no tengo una hija promiscua?

No me pude contener.

—¿Y vos? ¿Ya no tengo un padre promiscuo?

Me arrepentí ni bien lo dije, porque estaba en juego la vida de Iván y yo lo ponía en riesgo con mis impertinencias.

—Veo que sos incorregible…

—Perdón, papá. Te pido por favor que hables con el General…

—Te recuerdo que más que amigo mío lo es de tu tío, al que tanto despreciás.

Mi tío… El militar. El que me encontró junto a la basura…

supuestamente. El que siempre odié, tal vez porque presentía que era el responsable de…algo. Algo que tenía que ver con mis orígenes.

Pero no quería pensar en eso, en mi mente solo estaba la seguridad de Iván.

—Si le tengo que pedir a él que haga algo lo voy a hacer. Por favor, papá.

No quiero que le pase nada… Me muero si…

—¿Y el otro?

Contuve la respiración.

—Está muy lejos. Olvidate de él…

—¿Vos lo hiciste? ¿Estás segura de que vas a enderezarte? Prometémelo,

Verónica.

Cerré los ojos y volví a mentir.

—Te juro que sí.

No me lo puso fácil igual. Me llamó una hora después, aduciendo que

estaba complicado.

Me quise morir…

En ese momento acababa de llegar mi amiga Ana junto con Martín.

Pensaba verlos recién el día de mi cumpleaños, porque la China me había dicho

que estaban en Montevideo. Fue una sorpresa que vinieran… Mi prima Silvana

los había llamado.

Caí en brazos de Ana, llorando, pero ella me susurró al oído.

—Tranquila. Estamos intentando lograr una vía de escape, pero

necesitamos la colaboración de la Fuerza Aérea…

Mi corazón se aceleró.

—Ana… Mi padre… Mi padre conoce gente ahí…

Y en cuarenta y ocho horas, y gracias a las vinculaciones de mi padre y

de Tincho, se arregló el rescate de Iván.

Pasé mi peor cumpleaños… No hice otra cosa que marcar el número de

Iván con la esperanza de que me contestara, pero fue inútil.

Sabía que estaba en marcha el plan para sacarlo de la isla, pero no tenía idea de si realmente se estaba concretando.

No hubo ánimo de festejar, pero mi madre no se dio por aludida. Me hizo una torta con velitas y todo… La miré con los ojos llenos de lágrimas y me encerré en mi habitación.

Volví a intentar comunicarme con Iván. Nada… Me puse a mirar fotos suyas, y por supuesto apareció Santiago en varias de ellas.

Se ve que lo llamé con el pensamiento, porque en ese momento me entró un mensaje.

“Sé que no estás pasando un cumpleaños feliz. Yo tampoco estoy bien.

Esperar nunca ha sido lo que mejor nos sale ¿no? Y justo nos toca hacerlo ahora, con miles de kilómetros de por medio. No sé por qué, pero tengo la certeza de que va a estar todo bien con Iván. Sé que es inútil intentar transmitirte esa seguridad, y que no tengo argumentos para hacerlo ni posibilidades de garantizártelo, pero deseo que encuentres un poco de paz al menos por hoy.

Paciencia… Esperanza. Tranquilidad. Esos son mis deseos para vos en tu cumpleaños. Ojalá pronto podamos estar celebrando la buena nueva de saber que él está bien. Beso grande, Santiago”.

¿Por qué sus palabras tanto dichas como escritas me seguían sonando tan impersonales? Se había roto la conexión entre nosotros. Aún con nula comunicación con Iván, me sentía mucho más cerca de él que de Santiago, y eso me entristeció más si era posible.

No le contesté. Había mucha bronca guardada en mi corazón, y no tenía idea de por qué. No lo analicé demasiado, pero creo que en ese momento comenzó a gestarse en mí la necesidad de pasarle factura.

No sé exactamente de qué lo acusaba. Me molestó que no moviese un dedo por Iván. Lo sentí frío, distante. Y así fue que lo erradiqué de mi mente, porque sentí que pensar en él era retacearle atención a Iván.

Todos mis pensamientos estaban centrados en él. No era que lo quisiera más que a Santiago, solo estaba en situación de vulnerabilidad extrema, y eso me ponía en una condición similar donde todo me afectaba demasiado.

Como puse antes ni siquiera le respondí, pero cuando logré conciliar el sueño fue con Santiago que soñé no con Iván.

Estaba surfeando y se caía al mar. Se estaba ahogando… Yo quería lanzarme a salvarlo, pero no podía moverme, ni podía gritar pidiendo ayuda.

Me desperté empapada en sudor y con el convencimiento de que los quería a los dos, que los necesitaba a los dos… Y que solo de a tres podíamos ser felices.

En ese momento sonó el teléfono. Era Tincho anunciándome que Iván llegaría sobre las siete de la tarde ese mismo martes, al aeropuerto de Laguna del Sauce.

Pasé el día entre nubes, igual que él. El vuelo se retrasó bastante, y al final llegó sobre las once de la noche.

No pudimos hablar casi nada. No hacíamos otra cosa que besarnos y acariciarnos… Comimos sin despegarnos y luego lo bañé.

Hubo mucha ternura y si yo hubiese dado las señales adecuadas también hubiese habido de lo otro. Pero se lo veía demacrado, sumamente cansado. Salí un momento de la habitación y cuando volví estaba dormido.

Despertó al amanecer y cuando quise darme cuenta ya lo tenía encima.

Lo hicimos… Fue un maravilloso reencuentro.

Tenía tantas ganas de sentirlo adentro, de verle la cara al acabar… No me costó nada hacer lo propio. Creo que hubiese llegado solo por mirarlo, incluso sin que me tocara.

Pero antes le conté los pormenores de su “rescate”. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero logró disimularlo bien de la forma en que mejor le sale, metiéndomela hasta el fondo otra vez.

Cogimos dos veces seguidas… ¡Acabó dos veces sin sacármela! En

algún momento se me cruzó un extraño pensamiento por la cabeza que tenía que

ver con suplir algo, pero de inmediato lo aparté.

Nos volvimos a dormir, exhaustos por completo.

Pasado el mediodía una llamada nos despierta.

Es Ana.

—¿Estabas ocupada, nena?—me pregunta pícara, pero se la nota

nerviosa.

Miro a Iván, que tiene una marca de la almohada en la mejilla, y una cara

de bien cogido… Pero su pija no se entera, porque presiona erguida como nunca

contra mi cadera.

—Mmm… No. Contame.

—Creo que metí la pata.

Me siento en la cama, sorprendida.

—¿Qué pasó?

—Anoche, cuando llegó Iván y vos te le tiraste encima les tomé una foto.

No se notaban sus caras, se veían tan tiernos y me quedó tan artística, con la luna, la avioneta, el aeropuerto… Cometí la estupidez de subirla a Instagram con

el hashtag #ReencuentroDe2Almas. Una cursilería ¿no?

Sonrío. ¿Esa era la metida de pata? Pronto me entero de que no.

—Sí, pero no es para tanto, Ana. Eso no es una metida de…

—Sí lo es. Porque esta mañana lo vio Santiago y hace un rato me llamó.

Ay, Dios. Carajo, carajo, mierda. ¡Santiago! No pensaba en él desde…

Desde que me enteré de que en pocas horas llegaría Iván y ya no puede pensar

en otra cosa.

—¿Qué te dijo?

—No me preguntó si Iván estaba acá, eso era evidente. Sí quiso saber si

estaba bien de salud y si estaba en El Quinto Infierno. Vero, no puedo creer que

ninguno de los dos lo haya llamado para avisarle…

Yo tampoco puedo creer que hayamos caído en tal omisión. Me quiero

morir.

—¿Qué más te dijo?

—No mucho más. Se lo escuchaba raro… Sin duda estaba tenso. Le cayó

muy mal que no le hayan dicho, y creo que también le cayó pésimo que estuvieran en la casa que tu vieja alquiló.

—¿Eso es todo?

—Conmigo sí, pero luego pidió hablar con Martín. Me dijo que se la

agarró con él, que le dijo de todo. Hasta "mal amigo" le dijo, por no haber tenido en cuenta que él estaba esperando noticias con ansiedad. No quiero pensar lo que

les dirá a ustedes cuando los llame…

—No creo que lo haga.

—Bueno, cuando vuelvan….

No sé qué decir.

Iván me mira expectante. Me toca el brazo y me pregunta con los ojos.

Yo no le hago caso… Estoy demasiado shockeada por lo que mi amiga me está

diciendo.

—Ana, no te preocupes… Esto es algo que… Ya resolveremos con Iván.

Gracias por avisar.

—Vero, el alquiler de esa casa era hasta hoy. ¿Qué van a hacer?

Suspiro. No me acordaba de eso.

—Mi madre y Silvana volver a Argentina, supongo. Nosotros dos… Aún

no lo hemos hablado. Yo tengo pasajes para pasado mañana pero Iván no

todavía, y no me voy a ir sin él.

—Bueno, ya está. Los vamos a buscar en dos horas. Salgan de la cama

ya, si es que pueden…

Y así, sin más, cuelga. En un segundo tomo la decisión de no amargarme

por lo que Ana me acaba de decir. No en ese momento al menos, que todavía estoy disfrutando de la alegría de haber vuelto a encontrarme con Iván.

—¿Qué te dijo? —pregunta él acariciándome… allá abajo.

Le aparto la mano y lo miro a los ojos. Ya lo pondré al tanto sobre la marcha. Ahora urge levantarnos y… lavar las sábanas.

—Te compré unos vaqueros, camiseta y zapatillas. Ponételos que

desayunamos y nos vamos a El Quinto Infierno.

Santiago

“Adiós, Santiago”

Esas dos palabras me destruyeron anímicamente. Mejor dicho, me

terminaron de destruir, porque el hecho de que Iván estuviese en el medio de un

huracán que amenazaba ser devastador, me estaba matando.

Al pesar por no poder hacer nada, a la impotencia, se le sumó entonces

esa horrible sensación de ser un inútil. Un inepto, un completo incompetente.

El día en que Irma tocó el norte de Cuba me lo pasé mirando las noticias.

Una era peor que la otra, pero no sabía cuan ciertas eran las malas nuevas, porque la comunicación con la isla era escasa.

A la noche no aguanté más, hablé con el dueño del hotel, me llené una mochila, y me fui a San José. Conduje durante dos horas con el peor de los ánimos… No tenía idea de qué podía hacer por Iván, pero su seguridad se tornó

mi prioridad.

En cierto sentido entendí a Verónica… Incluso dejó de importarme

nuestro desencuentro, porque todos mis pensamientos estaban enfocados en

Iván.

Me alojé en un hostal que ya conocía y al otro día llamé a la embajada

argentina. Atendían hasta la una, así que me apuré para llegar a primera hora.

Está de más decir que estaban llenos de buenas intenciones, pero

concretamente no me pudieron ayudar. Lo suponía, pero no me podía quedar con

los brazos cruzados.

Salí de la embajada frustrado, porque no se me ocurría qué más hacer.

Vagué por las calles de San José como un zombie hasta que se hizo la noche y me volví al hostal, con tremenda angustia.

El día del cumpleaños de Verónica me la pasé en el aeropuerto, tratando de conseguir un boleto para La Habana.

Me pusieron en lista de espera, porque el aeropuerto José Martí no estaba habilitado; así de grande fue la devastación del puto huracán.

No tenía nada qué hacer, así que me acomodé en un rincón dispuesto a esperar. Iría a La Habana y volvería a Costa Rica, con Iván sano y salvo.

Ni Verónica ni yo mismo, tendríamos nada para reprocharnos en el futuro. ¿Quería que hiciera algo? Bueno, lo haría. Esperaría lo necesario e iría a buscar a mi amigo en cuanto pudiera.

Como era su cumpleaños le mandé un mensaje pero no le dije de mis planes. No tenía sentido porque ni yo mismo sabía cuándo podrían concretarse.

Tal como lo esperaba, no me contestó. Lo vio, pero no respondió. Se me hizo un nudo en la garganta, para qué negarlo. Intenté justificarla pensando que estaría demasiado preocupada por no tener noticias de Iván. No supuse nada que alimentara mi furia. Estaba decidido a no volver a enojarme ni con ella ni con nadie.

El martes de noche estaba a punto de obtener un vuelo para la mañana siguiente, porque ya habían habilitado el aeropuerto de La Habana, cuando se me dio por mirar el celular.

Y lo que vi me dejó… ¿Cómo explicarlo?

Primero me ganó el asombro, pero después me llené de ira.

No compré el boleto a La Habana, no fue necesario porque Iván no estaba allí.

Iván estaba en Uruguay con Verónica, y yo me había enterado no por una llamada de cualquiera de ellos, sino por una foto que subió Ana a Instagram. No podía creerlo… Lo sentí como una traición a toda regla.

Lo de Verónica iba más allá de una clara muestra de rechazo, era peor. Y lo de Iván… Me dolía, pero en el fondo entendía que podía estar cansado.

Volví a mirar la foto… Tenía a Verónica como adherida a su cuerpo con brazos y piernas. Muy a mi pesar evoqué una escena por demás caliente donde cogían en esa posición contra la pared, y yo los filmaba.

Se me paró, para que negarlo. Pero la bronca pudo más, y mis deseos se apagaron.

No podía entender por qué no me habían avisado que él había logrado salir de Cuba.

Eso era más que una falta de consideración, eso era como una declaración de guerra.

Me puse furioso. Incluso tuve que salir del aeropuerto. Caminé en círculos completamente indignado. Y cuando me calmé volví a entrar con un propósito muy concreto.

Me acerqué al mostrador de Copa Airlines otra vez.

—¿Se decidió, caballero? ¿Va a tomar ese vuelo a La Habana?

—No. Quiero un vuelo a Uruguay.

El tipo se me quedó mirando, pero yo no me amedrenté.

—Lo antes posible, por favor.

—¿Ya no quiere ir a La Habana?

—No.

El hombre movió la cabeza y se puso a escribir.

—Montevideo, ¿cierto?

—Sí.

—Hay uno mañana al mediodía con escala en Panamá. La tarifa es… No le va a gustar.

—Lo tomo —dije, al tiempo que sacaba mi tarjeta de crédito y la ponía sobre el mostrador.

Después de eso, caminé hasta un hotel cercano al aeropuerto y me pagué una noche.

Me tomé todo lo que encontré en el minibar y me di un baño para el recuerdo.

Y a la mañana siguiente, lo primero que hice ni bien desperté, fue llamar a Ana.

—Hola, Ana. Soy Santiago.

—¡Santi! ¿Cómo estás?

—Supongo que bien.

—¿Cómo que suponés? Tenés que estar contento, ahora que tu amigo está a salvo por fin.

Apreté el teléfono con fuerza.

—Por eso te llamo. Vi tu foto en Instagram justo cuando… Bueno, qué más da. Quería asegurarme de que estaba bien, que no sufrió ningún daño.

Ana se quedó en silencio un momento. Calculo que estaba cayendo en la cuenta de que ni Iván ni Verónica me habían avisado de la buena nueva.

—Está bien… Muy bien. Yo pensé…No importa.

—¿Están en El Quinto Infierno?—me atreví a preguntar.

—No. Están en… En Punta del Este, en la casa que alquiló la mamá de Vero… ¿Querés hablar con Martín?

Eso de que estuviesen en la casa de la madre me cayó como un puñetazo en el estómago. A Ana tampoco le sentó bien decírmelo… Se notaba que se sentía confusa y alterada. Tal vez también le resultaba increíble que yo me enterara de todo por terceros.

—Sí, pasame por favor.

Con Tincho me descargué.

—Qué haces, *man* —me saludó.

—¿Qué hago? Me preocupo por Iván al pedo, porque a nadie se le

ocurrió que podían avisarme que estaba todo bien.

—Santi…

—¿No se te cruzó por la mente llamarme? Porque a ellos dos seguro que no.

—No fue con mala intención, te juro.

—Vos tal vez, lástima que no pueda decir lo mismo de otros.

—No lo tomes así.

—¿Cómo querés que lo tome?

—Verónica la pasó muy mal todos estos días…

—¿Y vos te pensás que yo no?

—Supongo que sí, pero…

—¿Pero qué?

—No llamaste. No es un reproche, que conste.

—Flaco, no hables sin saber. No puedo creer que vos también me eches la culpa… ¡Nadie me avisó nada! Ellos son dos hijos de puta y vos muy mal amigo, *sabelo*.

Y después de decir eso le corté.

Casi de inmediato me sonó el teléfono. Era Tincho, pero no lo atendí.

Toda la mañana se pasó llamándome, y yo ignorando esos llamados.

Justo antes de abordar el vuelo recibo dos llamadas más, y del mismo número, con prefijo de Punta del Este.

Ni me molesté en contestar, pero imaginé que se trataba de Iván. Estaba seguro de que Verónica no era…

Bueno, fuera quien fuera lo que me iba a decir por teléfono me lo va a tener que decir en la cara porque en pocas horas estaré en mi país, golpeándoles la puerta.

Y me van a tener que abrir.

Iván

Mi “suegra” es literalmente un dolor de huevos.

Una mujer densa, insoportable. Frívola hasta decir basta, una auténtica

cabecita hueca.

Se nota a la legua que Vero no lleva su sangre, y no es solo por el aspecto físico. La dama me recuerda a una libélula, revoloteando tontamente, envuelta en esos tules floreados, tan rubia, tan etérea, tan tonta. Si fuese hermosa como la hija podría compararla con una mariposa, pero tiene un poquito cara de bruja.

Vero en cambio es una belleza latina, tenga el pelo del color que lo tenga.

No fue una sorpresa encontrar mechones azules en su cabello castaño, porque suele hacer experimentos en su cabeza con frecuencia, y no solo me refiero a la parte externa.

Ella tiene muchos colores adentro también, y creo que por eso es tan fascinante. De etérea no tiene nada… Es morena, vital y cuando pisa fuerte lo estremece todo. Parece frágil a simple vista, porque su contextura física la hace ver como una muñeca, pero su presencia se impone de una forma… No hay nada tibio en torno a ella, es la calentura por definición.

Soy consciente de que domina y a veces manipula, pero a mí eso nunca me disgustó. Vanessa lo hizo durante años y no me quejé, pero con Verónica el asunto adquiere otro nivel. Es algo muy sutil, muy envolvente y seductor.

Me conquista todo lo que hace y esto me pasa desde que la conocí.

Mi mundo se dio vuelta, mis referencias cambiaron el día en que la vi haciendo aquella “peineta” en medio de la ruta. Era tan distinta a todo lo que había conocido… Era libre y salvaje. Hermosa y desinhibida. Rebelde y tierna.

Un día le dije que se iba a comer el mundo y no me equivoqué. Eso es lo que más me fascina de ella: sus alas. Por eso no entendí a Santiago y su encono, su necesidad de retenerla a como diese lugar.

No estábamos hablando de que se fuera a ir tras Hernán como la vez anterior; esto era un simple viaje, nada más. Podía permitírselo, quería hacerlo…

No sé. No me involucré en eso, y ahora dadas las circunstancias, lo estoy lamentando.

Ese encono fue creciendo, y es así como la situación se ha tornado más

complicada de lo que jamás soñé.

Durante el desayuno de despedida, conversé cordialmente con la madre y

la prima de Vero. Tuve que hacer grandes esfuerzos para no largar la carcajada

cuando muy suelta de cuerpo, escuché que le decía a su hija por lo bajo:

—Yo quería que eligieras al médico, pero el cocinero es tan amoroso…

Ella no esbozó ni una sonrisa siquiera. Por el contrario, se la veía

demasiado tensa y no me daba cuenta por qué.

No tuve ocasión de preguntarle hasta que subimos a la camioneta de Ana.

Bueno, no tuve que hacerlo porque de inmediato se me aclaró el panorama.

—Ponete el cinto, Iván —me dijo Vero ni bien arrancamos.

—¿Pudieron comunicarse? —preguntó Ana con cara de preocupada.

—Lo intenté, pero no atendió.

Fruncí el ceño sin entender.

—¿De qué hablan?

Y ahí fue que me contó. Santiago…

—¡Carajo! Yo tengo la culpa —asumí de inmediato—. No sos vos, Vero.

Yo tendría que haberme acordado de avisarle…

—Iván, vos venías de una catástrofe, muerto de cansancio… La que tenía

que haberle avisado era yo. Sabía que él estaba preocupado, que había intentado

comunicarse contigo desde que se enteró de que era un hecho que “Irma” tocaría

la isla, y dejé que mi orgullo se interpusiera. Porque estoy segura de que no me acordé de avisarle por esa bronca que venía acumulando desde la semana pasada

—me dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—Bueno, belleza… Lo intentamos cuando lleguemos, desde el teléfono

de Ana ¿sí?

—El de línea, que seguro no lo tiene agendado y puede que conteste.

Porque a Martín tampoco lo atendió, y eso que lo llamó enseguida que le cortó…

—¿Cómo que le cortó a Martín?

La cosa era más grave de lo que creía.

—Sí, le dijo de todo y le cortó. Y después no respondió a sus llamados.

Está brava la cosa, chicos… ¿Por qué se puso así?

Verónica suspiró.

—Le cayó muy mal que viniera a pasar mi cumpleaños acá. Me acusó de

desconsiderada, de que no me conformo con nada, de querer huir. Me pidió que

no lo hiciera, pero yo… Ana, te juro que intenté encontrar un equilibrio entre complacerlo y no dejar que me coaccionara, pero no hubo manera.

—¿En serio?

—Le ofrecí volver antes de lo previsto, y así encontrarnos en Cuba con

Iván, pero no accedió…

Para mí fue una sorpresa. Agradable por un lado, pero por otro… No

entendía qué carajo le pasaba a Santiago. ¿Sería conmigo el problema? ¿A esta

altura?

El viaje a El Quinto Infierno no fue nada alegre. Verónica se veía

preocupada y triste, y para qué negarlo, yo también me encontraba así.

Y aquí estamos, instalándonos.

No sabemos cuántos días estaremos por acá, todo depende de la

compañía aérea. Pero antes de contactarla, intentamos llamar a Santiago.

Es inútil, cae en el contestador de entrada.

Copa Airlines accede a cambiarle el boleto a Vero para que volvamos juntos, y nos pone a ambos en lista de espera hasta que nos avisen.

No hay mucho para hacer, solo aguardar con la esperanza de poder

aclarar todo con Santiago por teléfono. Me parece lo mejor… No quiero

esperar

hasta llegar a Playa Hermosa. No soporto la idea de estar mal con él…

Sé que Vero está igual, por eso no le insisto cuando a la hora de la siesta

rechaza mis avances.

—Después… —me dice como pidiendo disculpas, y luego me besa la

mano.

—¿Estás preocupada por Santi?

—Sí. Ustedes dos no hacen otra cosa que darme preocupaciones —

murmura intentando sonreír, pero se nota que le cuesta mucho.

—Perdón…

Ella me abraza y me besa la frente.

—Yo te pido perdón a vos, y cuando me sea posible lo haré con él. A veces soy muy cabezadura, Iván. Siempre quiero salirme con la mía… Lo quiero

todo, y me olvido que no se puede. Por favor, ustedes tienen que frenarme… Los

dos juntos.

La miro a los ojos y niego con la cabeza.

—No, no es así. A mí me gusta que hagas lo que sientas.

—Pero no soporto las consecuencias. No soporto que estemos así,

enojados…

—Ya va a pasar, belleza.

—No sé… Ahora mismo me siento una pelotuda. Fui muy intransigente,

muy terca…

—Pero si le dijiste de ir a Cuba antes…

—Sí, pero no llegué a comprender por qué para él era tan importante

ganar esta pulseada. No indagué, solo le hice frente intentado salirme con la mía.

Ahora me pregunto qué fue lo que le produjo tanta inseguridad…

—¿Y no te preguntás por qué para vos era tan importante hacerle frente y

ser la triunfadora? ¿Tantas ganas tenías de ver a tu familia?

Pestañeó un par de veces antes de responder.

—No. La verdad que no…

—Entonces tal vez debas preguntártelo, porque es probable que Santiago sienta lo mismo. Esa respuesta te va a hacer entenderlo a él también —aventuro, pero luego me siento ridículo haciéndome el psicólogo.

Luego de unos momentos ella dice:

—Creo que nos hace falta resolver algunas cosas ¿no?

Asiento.

—Tal vez… Habrá tiempo para hacerlo, Vero. Cuando volvamos van a poder hablar con calma.

Pero ella no se conforma. Se sienta en la cama e intenta llamar a Santiago por enésima vez.

—Contestador…

—¿Y por qué no lo llamamos al hotel? —sugiero.

A ella se le ilumina el rostro.

—Dale. ¿Te animás?

Obvio que me animo.

Cuando me dicen que no está localizable, pido para hablar con Nadia y me pasan enseguida.

—No sé nada de tu novio, Iván. Mejor dicho, lo último que me dijo fue que iba a tomarse un par de días para ir a buscarte… Me alegra que estés bien, pero me preocupa que no se hayan encontrado.

La noticia me cae como una patada en el culo.

Corto muy confundido, y le cuento a Vero.

Palidece… La puta madre, para qué se me ocurrió llamar a Nadia.

—¿Habrá llegado a La Habana? —me pregunta con un hilo de voz.

—No creo… Los vuelos estaban suspendidos. No te preocupes, Vero.

Sabemos que está bien porque esta mañana llamó a Ana. Está furioso, pero no le

pasó nada grave así que tranquila.

—Pero no está en el hotel…

—Habrá ido a San José, y ahora que sabe que estoy a salvo, estará volviendo a Playa Hermosa —le digo, y casi que me convenzo de que es así.

—Hasta que no hable con él no voy a tener paz, Iván.

—Lo sé.

Es así como el eje de nuestras preocupaciones pasa a ser Santiago.

Pero no por mucho tiempo.

Ellos

Tenía unas horas de espera en Panamá, así que las aprovechó cargando su móvil primero, y comiendo un sándwich gigante de Subway después.

No quería pensar en lo que tanto lo amargaba, y tal vez por evitarlo fue que se enroscó en una conversación con una desconocida. Eso era algo que él no solía hacer…. De los tres era el más reservado, y muchas veces se fastidió por lo extrovertidos que eran tanto Verónica como Iván.

Prefería la sombra, la intimidad, y ellos se veían felices al sol y entre la gente. Eran demasiado parecidos esos dos.

Sin embargo ahí estaba socializando, sentado en una banqueta alta mientras intentaba que no se le escurriera la mayonesa y le manchara la ropa.

—Tenés un poquito en el mentón.

Levantó la vista y se encontró con una chica de unos treinta años, de cabello rubio rojizo y grandes ojos castaños, sentada junto a él en la barra.

El “tenés” fue clave para obtener su atención. No esperaba entablar conversación con una coterránea en el aeropuerto de Tocumen.

—Gracias. No sé comer esto sin hacer lío—dijo mientras tomaba una servilleta y se limpiaba.

A ella tal vez le pasó lo mismo, porque al escucharlo sonrió y de inmediato preguntó:

—¿Argentino o uruguayo?

—Uruguayo.

—¡Yo también!—exclamó ella, entusiasmada, y luego extendió la mano en dirección a la boca de Santiago—. A ver… te quedó un poquito. Ya está. Ahora sí…

Él se quedó mudo por el asombro. No era habitual que alguien que no conocía lo tocara luego de un breve intercambio de palabras. No obstante no se sintió para nada incómodo.

—Gracias otra vez. Soy un poco cerdo cuando como con las manos…—admitió dejando el sándwich en el plato nuevamente.

Un súbito rubor tiñó las mejillas de la chica.

—A todos nos pasa… Son interminables estos *refuerzos*.

—No para mí—dijo él sonriendo, mientras volvía a poner manos y boca a la obra.

No la miraba, pero sentía los ojos de la chica pegados a su rostro. No le importó, porque de alguna forma ella había logrado distraerlo y evitarle pensar en otras cosas que lo angustiaban.

Cuando terminó de masticar le dedicó una mirada y comprobó lo que sospechaba: ella estaba haciendo lo mismo.

Se encogió de hombros y se limpió la boca con una servilleta de papel.

—Muy rico—murmuró por decir algo.

Ella apenas había tocado el suyo.

—¿Sí? No sé por qué me lo pedí, porque no tengo hambre. Es de pollo ¿lo querés o lo tiro?

Y él que siempre había sido de buen comer lo aceptó.

—¿Cómo te llamás? Digo, si no es indiscreción preguntar.

—Santiago ¿y vos?

—Camila. ¿Vas o volvés?

Pensó por unos segundos antes de responder.

—Vuelvo, creo. Pero no por mucho tiempo.

—¿A Montevideo?

—No exactamente. Más bien al este.

—Seguro vamos en el mismo vuelo…Vuelvo al “paisito” luego de un viaje maravilloso a la Riviera Maya. Por suerte no nos agarró el huracán…

Fue decir la palabra “huracán” y a Santiago la cara le cambió.

A Camila no se le pasó el detalle.

—¿Estás bien? ¿Dije algo inconveniente?

Santiago lo disimuló bien.

—Me tiene preocupado ese asunto de los huracanes… Mucha gente la está pasando mal.

—Sí, dicen que hay otro en camino y que va a afectar mucho a Puerto Rico.

—No sabía…

—A nosotros nos va a encontrar muy lejos de acá, por suerte —dijo ella, y luego le alcanzó una de sus servilletas, porque a él se le habían terminado —.

Así que ni bien llegues te vas al este… ¿Cuál es tu destino final?

Santiago titubeó, porque no lo tenía claro. ¿Punta del Este o Rocha? ¿Dónde estarían? Finalmente se decidió:

—Rocha.

—No te puedo creer…

—¿Por qué?

—Yo también voy para ahí. Te puedo llevar.

—¿A qué parte de Rocha vas?

Camila pareció vacilar pero enseguida se repuso.

—A… A Punta del Diablo.

—¿En serio? ¿En septiembre?

—Sí… Ya sé que hace frío, pero me encanta. ¿Y vos?

—No, yo no voy a Punta del Diablo—respondió, evasivo.

—Pero igual te puedo acercar…

—No, te agradezco. Hay un bus que me deja cerca, y luego todo es caminar…

—Insisto… ¡si no me cuesta nada!

Santiago sonrió. Camila era muy simpática y no le molestaría compartir el viaje desde el aeropuerto hasta Rocha, la verdad.

Ya lo consideraría luego. Por lo pronto se limitó a invitarla con lo que quisiera ella comer o beber. Era lo menos que podía ser ante tanta amabilidad de parte de la chica.

—La verdad es que no quiero nada, pero… ¿me acompañarías al Duty Free? Quiero comprar un perfume y me gustaría tu opinión.

Él odiaba los *free shops*, y más cuando no había despachado la mochila y la llevaba consigo, pero aceptó.

Camila se veía muy contenta, y para Santiago eso fue muy refrescante.

Una linda chica treintañera que no parecía de veintipico, haciendo trompita y tonterías, seduciéndolo abiertamente… No como otra, que solía lanzar rayos por los ojos y fuego por la boca.

Era imposible no recordarla… Y muy a su pesar reconoció que prefería el fuego, la furia, la casi ofensiva apariencia juvenil que no parecía marchitarse jamás, de Verónica. La amaba con la misma furia, con el mismo fuego, y estaba

seguro de que no había mujer que le llegara a los talones.

Pero igual permaneció sonriente y aparentó interés en el juego que

Camila le proponía. Porque estaba claro que la chica quería conquistarlo…

Bueno, no estaba “a por la labor” pero un inofensivo coqueteo que terminaría al

tocar tierras uruguayas le haría no pensar en otras cosas. Cosas que le hacían mucho daño.

Sobre todo cuando Camila le hizo olfatear su muñeca y descubrió la

fragancia de Verónica. Pero esa mano no tenía un 3 o un mapamundi. Esa mano no era la mano que él quisiera olfatear, morder, lamer….

Movió la cabeza y se sacudió la tristeza, y también la calentura que los

recuerdos le provocaban. Rio, bromeó. Hizo todo lo posible por parecerse a Iván

y al ser consciente de eso quedó un poco confuso, pero continuó adelante durante la espera y también en el vuelo.

Camila se las arregló para sentarse junto a él, y por fortuna mantuvo a raya sus ímpetus durante todo el viaje.

Santiago se sintió muy bien con ella. Era divertida y sensata a la vez.

Tierna y muy bonita. Olía muy bien (finalmente se compró *ese* perfume) y era una agradable compañía. Se mostró receptivo y cordial… No evidenció

incomodidad alguna cuando ella se durmió recostada en su brazo, con los rizos

rojizos desparramados sobre su pecho.

Él tomó un mechón y los recuerdos lo volvieron a asaltar… Una noche

loca y de a tres. Otra mujer, una rubia recién llegada de New York. Con pocas

curvas y pocas pulgas, pero con mucha pasión, y una habilidad innata para reducirlos a él y a Iván a dos marionetas, a dos bestias salvajes, a dos tipos muy necesitados de lo que solo ella podía darles.

Se removió incómodo en el asiento cuando la erección comenzó a

molestarle y Camila despertó. Santiago casi se muere de vergüenza porque el rostro de la chica estaba en dirección al bulto prominente en sus pantalones…

Casi pudo percibir la sonrisa y hasta un débil ronroneo. Camila se aferró a su brazo y frotó su rostro somnoliento contra su hombro.

—No te sientas mal… —la escuchó susurrar y se puso tenso. Pero

cuando agarró valor para confesarle que eso se lo había causado el recuerdo de la

mujer de su vida, ella ya se había dormido otra vez.

Horas después, Camila insistía con que la esperara lo que tardara en

recoger sus maletas y alquilar un auto, que luego lo llevaría hasta Rocha.

Santiago no quería rechazarla abiertamente, pero tampoco quería alentarla así

que decidió irse por la cuenta.

Se despidió besando su mejilla ni bien pasaron la aduana, y se marchó

dejándola contrariada y triste. No quería más complicaciones en su vida… Con

las dos que tenía le bastaba y sobraba.

Como no tenía equipaje que recoger salió de inmediato del aeropuerto de

Carrasco. Era una mañana deliciosa…

Y presa de un súbito impulso, en lugar de tomar el autobús que lo llevaría

hacia el este, caminó hacia la ruta, hacia el punto exacto donde tiempo atrás Iván y él habían visto por primera vez a Verónica.

No supo jamás por qué hizo algo así…

De pronto se encontró recordando cada detalle de aquel encuentro.

El sol, el calor deformando el asfalto. La rotonda y luego… ELLA.

Jeans rotos en las rodillas, ombligo al aire, pelo al viento y una sonrisa de

dientes blancos, parejos, perfectos. La pequeña maleta junto a ella, el dedo mayor extendido en dirección a la camioneta que parecía haberle hecho “la cobra”. Hermosa, irreverente, vital.

La risa de Iván. “Pará, flaco. Y acordate que yo la vi primero”.

La había visto primero y ahora la tenía solo para él.

“Pero no por mucho tiempo” se dijo, y ese pensamiento lo turbó, porque

no estaba listo para conectarse con la parte más oscura de su personalidad.

Y luego puso la mochila en el piso y extendió el brazo con el pulgar en

alto.

Media hora después iba camino a Rocha. El único coche que se detuvo

tenía una conductora bastante conocida.

No supo negarse cuando Camila paró y con una sonrisa de oreja a oreja le dijo:

—Es el destino, Santi. Dale, subí que te llevo.

El destino… Lo único que él quería del destino era que le permitiese volver el tiempo atrás y desandar todas las distancias, pero se limitó a fruncir el ceño, recoger su mochila y subir al coche.

Verónica

La primera noche que pasamos en El Quinto Infierno, Iván y yo hicimos el amor de madrugada.

Nos acostamos muy preocupados por Santiago, el cual al parecer tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura. La posibilidad de que hubiese cruzado a Cuba estaba ahí, y ambos nos sentíamos muy culpables.

Sobre todo yo, que era la que lo había presionado para que hiciera algo para rescatar a Iván.

Di mil vueltas en la cama. Me tuve que levantar para arreglar las sábanas porque hice que se salieran de su sitio.

¡Y pensar que antes me pasaba lo mismo, pero no por revolcarme entre preocupaciones sino por asuntos más placenteros! El recordar cuán placenteros habían sido esos asuntos, provocó en mí un sinfín de emociones.

Sentada en la cama de espaldas a Iván, las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. ¿Cómo era posible que hubiese alterado el orden que reinaba en el paraíso por un capricho, por una pulseada tonta que me había empeñado en ganar? Estuve a punto de perder a Iván y en ese momento no sabía nada de Santiago. Me sentí una estúpida, una nena malcriada, me sentí la peor.

Iván no se dio cuenta de que estaba tan mal hasta que no pude contener un sollozo.

—Ey… ¿Estás llorando, belleza? —preguntó al tiempo que se incorporaba y se cernía sobre mí.

Me volví a mirarlo y ya no me contuve más.

—Iván… yo… —no pude continuar así que él me abrazó.

—Vamos… Santi está bien. En serio, mi amor…

Lloré contra su cuello un buen rato. Me dejó desahogarme y después

tomó mi cara entre sus manos.

—No me gusta verte sufrir.

—Yo me lo busqué.

—¿Qué querés decir?

Y por fin pude expresar lo que me estaba oprimiendo el pecho. La culpa.

Las consecuencias de mis errores eran más devastadoras que el peor de los huracanes, porque si lo había arruinado todo no sería la única que sufriría. Lo

haríamos los tres.

—Quiero decir que… Que soy la culpable de que todo esté tan mal.

—Vero, no digas eso.

—Es la verdad. Si no me hubiese empeñado tanto en venir…

—No podés saber qué hubiese pasado. Tal vez estaríamos los tres

varados en Cuba, en medio del desastre —me consoló. Pero eso no era suficiente

cuando yo me había propuesto torturarme hasta sangrar.

—Pero estaríamos juntos, y no como ahora…—volví a sollozar—. No

sabemos dónde está, si está bien… Y además la última vez que hablamos le metí

presión y luego le corté, Iván. No me lo puedo perdonar…

Él suspiró. Me acarició el labio con el pulgar un momento y luego me

dijo:

—Hay algo ahí… No sé de dónde sacaron tanta bronca ustedes dos.

Parecía que la hubiesen acumulado durante mucho tiempo. Yo los dejé jugar a ese tira y afloje, y en ese sentido también me siento culpable. Pensé que se les

iba a pasar tarde o temprano…

Moví la cabeza.

—No… Él me pasa factura por… No sé. Tal vez no era feliz… Quizá los únicos que fuimos felices éramos nosotros dos.

—Los tres lo éramos, y esa es mi única certeza.

Lo dijo tan convencido que casi le creí.

—Estaba tan preocupada por ser libre, Iván. Quería reafirmar como fuera mi libertad de acción, de ir y venir a mi antojo. Ser mujer para dos hombres fue un desafío y esa fue mi forma de… No sé, tal vez de no sentirme tan vulnerable —murmuré con la vista baja.

—Él tenía una inmensa preocupación, Vero: perderte. Y eso también lo hacía sentir vulnerable… Santiago vive el conflicto recién ahora. Creo que se debate entre poseerte o simplemente amarte…

—¿Y vos? ¿Vos tuviste esa especie de debate interno?

Sonrió.

—No. Siempre tuve claro que fuiste hecha para ser amada. El miedo a perderte siempre está, pero después del viaje de febrero como que dejé de asociarlo a tus ausencias y ya no me agobia. Sin embargo tuve otros conflictos… —confesó.

Eso me asombró.

—¿Conflictos? ¿Cuáles?

—Mmm… Celos tal vez.

—¿De Santi? No te creo… Y de otros… ¿vos te pensás que me da el cuero?

—No creo que te dé. Pero me enferma que te miren, que te deseen… Y sí, he llegado a sentirme celoso de Santiago, aunque no me lo quieras creer.

Seguía sorprendiéndome con cada cosa que me decía.

—¿Pero cómo? No entiendo… Vos insististe en que él y yo…

—Lo asumo, así fue. Lo que pasó fue que en algún momento me pareció ver más conexión entre vos y él, que entre vos y yo. Incluso cuando yo me fui

con Vanessa y con todo mi altruismo desplegado les pedí que ustedes dos siguieran juntos, en el fondo creo que me alegré de que no lo hicieran. Es horrible, lo sé… Es mi amigo, pero el hecho de solo pensar que él fuese a disfrutarte y yo no, me descomponía, te juro.

Vaya con Iván y sus confesiones nocturnas. Parecía un nene diciéndome esas cosas, y a la vez lo vi tan humano. Era como un duende hermoso y enorme, mostrándome sus imperfecciones.

¿Quién hubiese dicho que tras el Iván despreocupado y divertido existieran culpas y celos?

Le acaricié la mejilla y sonreí.

—Quiero volver ya y aclararlo todo con Santi…

—¿En serio querés volver? —me preguntó, y mi mano se detuvo de inmediato en la caricia.

—¿Vos no?

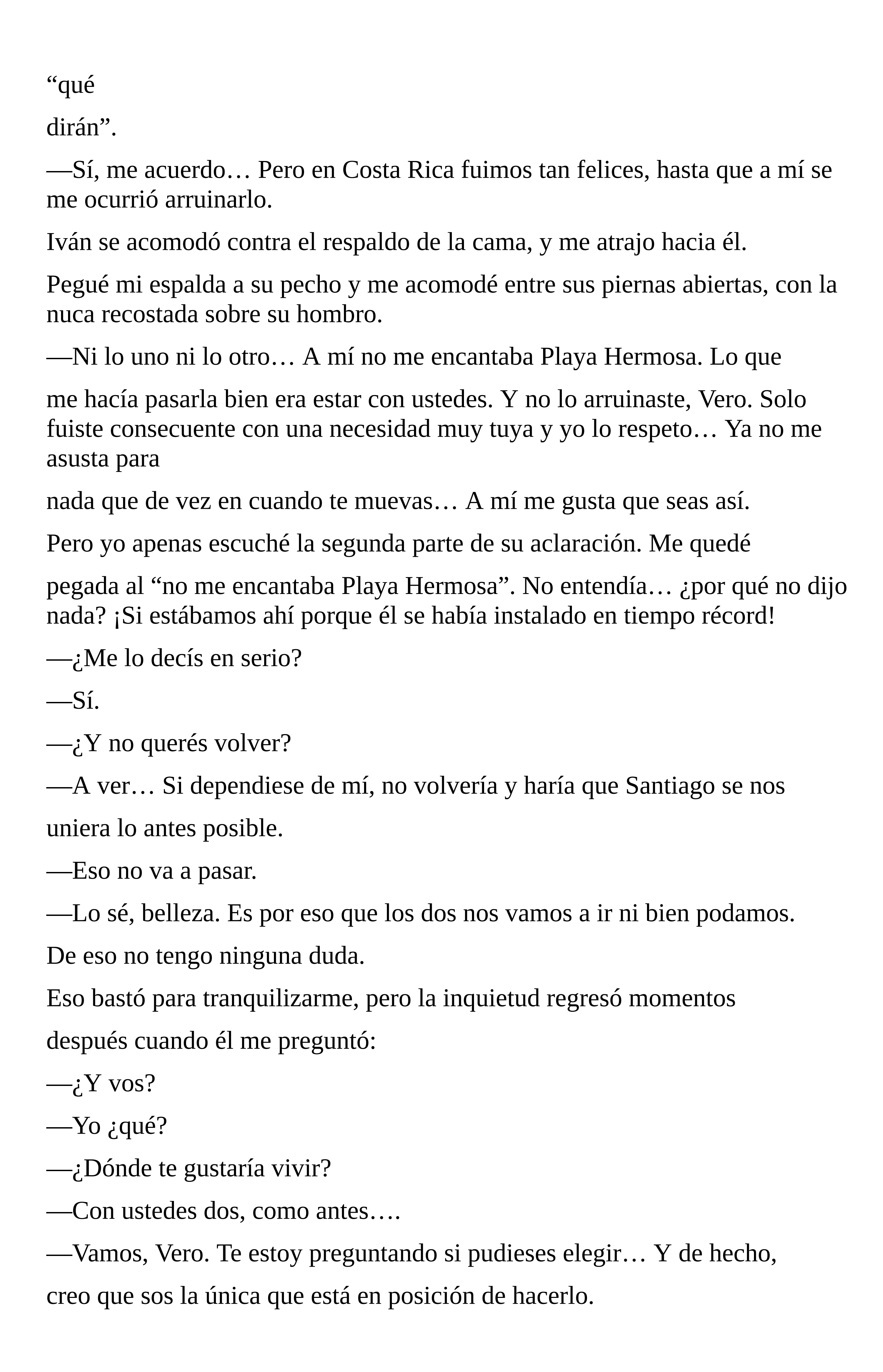
Pareció confundido.

—A ver… No me malinterpretes. Me gusta la relación que tenemos los tres… Si pudiese elegir te aseguro que lo prefiero de a tres. Pero acá soy más feliz… Me encanta estar donde estamos. Bueno, acá, en Punta… El Uruguay es mi lugar en el mundo.

—Iván, no me digas eso… No me hagas sentir que puedo perderlos a los dos.

—No, belleza. No vas a perdernos… Solo te comenté que me gusta más acá y si fuera por mí retomaría todo en el punto exacto en que lo dejamos cuando te volviste a New York. O tal vez más atrás, cuando te fuiste la primera vez… ¿Te acordás lo bien que estábamos?

Claro que me acordaba. Si bien no convivíamos oficialmente, nos la pasábamos cogiendo. En cualquier lado, de a dos, de a tres… Estábamos probando nuestros límites, y tratando de descubrir cuánto nos importaba el



“qué

dirán”.

—Sí, me acuerdo… Pero en Costa Rica fuimos tan felices, hasta que a mí se me ocurrió arruinarlo.

Iván se acomodó contra el respaldo de la cama, y me atrajo hacia él.

Pegué mi espalda a su pecho y me acomodé entre sus piernas abiertas, con la nuca recostada sobre su hombro.

—Ni lo uno ni lo otro… A mí no me encantaba Playa Hermosa. Lo que

me hacía pasarla bien era estar con ustedes. Y no lo arruinaste, Vero. Solo fuiste consecuente con una necesidad muy tuya y yo lo respeto… Ya no me asusta para

nada que de vez en cuando te muevas… A mí me gusta que seas así.

Pero yo apenas escuché la segunda parte de su aclaración. Me quedé

pegada al “no me encantaba Playa Hermosa”. No entendía… ¿por qué no dijo nada? ¡Si estábamos ahí porque él se había instalado en tiempo récord!

—¿Me lo decís en serio?

—Sí.

—¿Y no querés volver?

—A ver… Si dependiese de mí, no volvería y haría que Santiago se nos

uniera lo antes posible.

—Eso no va a pasar.

—Lo sé, belleza. Es por eso que los dos nos vamos a ir ni bien podamos.

De eso no tengo ninguna duda.

Eso bastó para tranquilizarme, pero la inquietud regresó momentos

después cuando él me preguntó:

—¿Y vos?

—Yo ¿qué?

—¿Dónde te gustaría vivir?

—Con ustedes dos, como antes….

—Vamos, Vero. Te estoy preguntando si pudieses elegir… Y de hecho,

creo que sos la única que está en posición de hacerlo.

No estaba segura de que me gustara lo que me estaba diciendo.

¿Dependía de mí? No era así, y tampoco quería. No, definitivamente no deseaba

ser la responsable de esa decisión.

Vacilé. Los segundos pasaron e Iván insistió.

—¿Y? ¿Dónde?

Cerré los ojos. No lo podía ocultar ante mí misma, así que tampoco se lo

oculté a él.

—Acá. Pero vamos a volver ¿verdad? Vamos a irnos a Costa Rica en

cuanto nos avisen que podemos… Decime que sí por favor —le rogué.

—Por supuesto que sí. Solo quería confirmar esa impresión que tenía…

No hablamos durante un buen rato. Estaba a punto de quedarme dormida

cuando sus manos se perdieron entre mis piernas.

Me quedé inmóvil y con los ojos cerrados, mientras lo escuchaba respirar

agitado junto a mí oído. Apartó mi bombacha con una mano y con la otra comenzó a acariciarme despacio.

Al principio no tenía muchas ganas… Mi preocupación por Santiago y

nuestro futuro me quitaba concentración. Pero cuando con un dedo comenzó a frotar mi clítoris no tuve otra opción que dejarme llevar por las sensaciones…

Arqueé mi espalda contra su pecho y gemí.

—¿Así te gusta? —susurró.

—Sí…

—A mí también. Me vuelve loco tocarte… Sos tan receptiva, tan

caliente…

Sus palabras me excitaron más aún.

Volví la cabeza y le busqué la boca. Chupé su lengua con ganas mientras

le aferraba el cuello con la mano para impedir que se moviera.

—Abrilas—murmuró sobre mis labios, y yo no necesité que me aclarara

de qué me estaba hablando. Separé las piernas al instante y él jadeó.

—¿Así me querías?

—Sí… Así. Abierta para mí… —dijo mientras me introducía un dedo con firmeza.

—Estoy lista.

—Puedo notarlo. Muy mojada te siento… Acá hace falta más que un dedo —afirmó, y no sé cómo hizo pero en dos movimientos se las arregló para metérmela. Así como estaba se puso y me puso de costado, y se introdujo en mí desde atrás.

—¡Sí! —grité, estremecida, cuando empezó a moverse con fuerza aferrado a mi cadera.

—Cómo me gusta cogerte…

Nuestros movimientos se aceleraron hasta que ambos llegamos al orgasmo.

Fue muy liberador ese encuentro, y entre tiernos besos y caricias nos fuimos adormeciendo.

Antes de abandonarme al sueño, lo escuché decirlo y de alguna forma eso me dio cierto alivio.

—Solo faltó una cosa para que fuese perfecto: Santiago.

No sospechábamos que horas después, al despertar, nuestro deseo de alguna forma se haría realidad.

Santiago

—Si no querés contarme por mí está bien.

—¿Perdón?

—Digo que se nota que no te gusta hablar de tus cosas. Me siento una especie de periodista de farándula haciéndote una entrevista. Solo te faltó decirme: “sin comentarios”.

—Bueno, no era mi intención…

—Te repito: por mí está bien. Ya no sabés qué hacer para esquivar las respuestas así que voy a dejar de hacerte preguntas. No tengo que saber nada; mi

intuición me dice que sos una buena persona y eso me basta.

Cierro los ojos… Tiene razón. No es que me quiera hacer el misterioso, pero hace rato que contesto con monosílabos o con ambigüedades a cada una de

sus interrogantes u observaciones. Estoy quedando como un tarado al querer hablar del estado del tiempo y otros asuntos intrascendentes cuando es evidente

que Camila necesita un interlocutor un poco más… ¿comprometido? O por lo menos necesita asegurarse que no lleva a un asesino en serie en el asiento del acompañante.

Luego de un largo suspiro, decido hablar.

—Voy a la casa de unos amigos en Rocha, unos días nada más. Nací en

Montevideo, pero crecí muy cerca de Castillos. Ahora vivo en Costa Rica…

Desde hace un año más o menos.

—¿Y a qué te dedicás?

—¿En Costa Rica? Soy el médico de guardia de dos hoteles. Y también doy clases de surf. ¿Y vos? —pregunté, no porque quisiera saberlo sino por pura

cortesía.

—Trabajo por la cuenta. Soy masajista.

—¿En serio? Mi especialidad es Fisiatría.

—¡Qué increíble! Soy una excelente masajista, modestia aparte, así que

podés recomendarme a tus pacientes. Masajes terapéuticos, relajantes,

reductores. De todo un poco… Tengo unas manos de oro—declara radiante al tiempo que extiende una de ellas y la pone frente a mi rostro.

Yo me río y se la agarro solo para ponerla nuevamente sobre el volante,

pero observo con cierto asombro que se pone colorada como un tomate.

El momento de tensión se disuelve rápido. Yo me encargo de eso.

—Las prefiero ahí, por el bien de mis pacientes y de toda la comunidad.

Camila ríe, pero no abandona su propósito de saber más de mi vida.

Mujeres…

—¿Y por qué estás en Costa Rica? O mejor dicho ¿por quién? Porque

supongo que aunque no veo anillo, no estarás solo. ¿Quién es la afortunada?

Mi sonrisa desaparece. Vuelvo el rostro hacia la ventana…

—Perdón… ¿Se trata de una ex afortunada? No me lo digas, no quiero

que te pongas triste.

—No es tristeza… Pero mejor paso de esa pregunta. ¿Se puede pasar, no?

—Se puede pasar de todo lo que te haga daño recordar. Hay cosas que

deberían quedar en el pasado.

—Verónica no.

No sé por qué carajo lo digo, pero ya no tengo escapatoria.

Camila arquea las cejas…

—Verónica. Lindo nombre… —murmura. Permanecemos en silencio

unos segundos, y luego vuelve a la carga: —¿Te espera allá en Costa Rica?

—Camila no te enojes, pero no quiero seguir hablando de ella. Hay cosas que… Cosas que tengo que resolver. Mejor contame de vos…

No dice nada por un rato, y yo no insisto. Parece malhumorada y creo

darme cuenta por qué. Eso me causa cierta inquietud, y comienzo a repasar mis

dichos y acciones para asegurarme de no haberla alentado demasiado. Bueno, sí

lo hice tengo que moderarme porque no estaba en mis planes seguir en contacto

más allá del aeropuerto de Carrasco.

Ella conduce callada varios kilómetros. Y luego empieza a hablar.

—Estuve casada hasta hace dos años. Mi marido me engañó y me dejó.

Me costó reponerme, y aunque me siento muy sola, hoy puedo decir que superé

ese asunto. Fue un gran golpe a mi autoestima. ¡Es horrible sentir el rechazo después de la traición! Tres años de matrimonio que fueron una farsa, y así estoy

ahora, a mis treinta y uno, abierta a encontrar al amor de mi vida en algún lugar

del mundo. En Cancún no estaba…

Sonrío. Es muy agradable esta chica, y me da pena que haya sufrido un

desengaño y que se sienta tan sola como para contárselo a un desconocido. Y también me siento un poco avergonzado porque no frené antes sus… avances.

—Seguro lo vas a encontrar —le digo con simpatía.

—¿Vos lo hiciste? ¿Es Verónica?

Me quedo mudo por la sorpresa. No esperaba que volviese a nombrarla.

—Perdoname… Me olvidé que te hacía mal hablar de ella.

—No es… nada. Olvidate.

—Yo me olvido… ¿vos podés?

Trago saliva.

—No. Ni en un millón de años —murmuro, sincero.

Camila no aparta la mirada del camino, pero esta vez no se queda en silencio y exterioriza lo que siente.

—Tendría que haberme imaginado que un tipo como vos tendría dueña.

Vaya expresión. No, no es que tenga dueña en verdad, sino que estoy enamorado. Pero no quiero entrar en detalles así que vuelvo al asunto del estado

del tiempo y de la charla intrascendente.

Sin embargo ella no se resigna.

—¿Es linda?

—¿Quién?

—Ya sabés. Verónica.

Ay, carajo. En mala hora le dije su nombre…

—Lo es. Pero eso es secundario.

—Nunca es secundario. Los hombres van tras la belleza y la juventud…

—Hablás como si fueses una vieja y no una treintañera.

—Seguro que ella es mucho más joven.

—De hecho es mayor que vos.

La boca abierta. El asombro. Claro que si la viera, no lo creería… Nadie le da más de veinticinco.

—¿Cuántos años tenés, Santiago?

—Uy, no me hagas acordar que estoy llegando a los cuarenta.

—¡No parece! ¿En serio?

—No bromearía con eso. De hecho me pesa un poco, pero lo voy llevando.

La charla comienza a fluir, y la comodidad retorna. La verdad es que la paso muy bien conversando con ella.

Cuando estamos llegando a Punta del Este, habilito mi teléfono con un chip de Uruguay. No sé a quién llamar ni qué hacer. No tengo idea de dónde carajo la familia de Verónica tiene alquilada la casa. ¿Qué sería lo mejor?

No tengo ya mi apartamento en la península así que decido seguir hasta Rocha. Si Camila me deja en la terminal podría llamar a Tincho para que me fuese a buscar. Sí… Voy a planificar en El Quinto Infierno mi estrategia para enfrentar a Verónica y a Iván, eso voy a hacer.

Con eso resuelto me pongo a mirar el paisaje. Carajo, qué hermoso era todo. Mi país… Había olvidado lo que era estar en el sitio que me vio nacer y crecer. Y en ese instante siento muchas ganas de hablar con mi vieja, así que la llamo.

Con mamá tenemos una especie de relación de amor-odio. Es una mujer difícil… A veces me hace acordar a Ana por lo independiente y emprendedora. Y lo es tanto que muchas veces se olvidó un poco de mí.

Pero no estoy para pasarle factura, al menos a mi vieja. Sigo mi impulso y la llamo.

—¡Nene! ¿Estás acá?

—Acabo de llegar.

—¿Y por qué no me avisaste que venías? ¿Dónde estás? ¿Viniste solo?

—Mamá, vamos por partes. Fue un viaje repentino, estoy camino a lo de Tincho, y sí, viajé solo. ¿Satisfecha?

—No. ¿Por qué vas a lo de Tincho? Yo estoy en Rocha. Vení para casa y después vas a visitar a tu amigo.

—¿Cómo que estás en Rocha?

—Ah, es que renuncié al Ministerio. Me olvidé de comentarte…

—¿Qué?

—Es una larga historia. Ahora me dedico a otra cosa.

—No entiendo nada… No me dijiste nada.

—Vos tampoco me contás nada. No te acordás de que tenés madre.

Paso por alto el reproche y sigo indagando.

—¿A qué te dedicás ahora?

—A organizar eventos. Tal vez me mude a Punta por ese motivo.

—Mamá, vos no sabés nada del tema…

—Yo no, pero Rafael sí.

—¿Y quién carajo es Rafael?

—Cuando vengas te explico.

Este diálogo con mi vieja me está dejando con más preguntas que respuestas, así que le aclaro que voy a ir a lo de Tincho y cuando resuelva unos asuntos que tengo pendientes, pasaré a verla.

—¿Tu mamá es todo un personaje, no?—pregunta Camila ni bien corto la llamada..

—Ni te imaginás. Camila, si podés dejame en la terminal…

—De ninguna manera. Te voy a dejar en la puerta de tu destino, sea el que sea.

De nada sirve que le argumente las mil y una desventajas de llegar hasta El Quinto Infierno, pues ella se empeña en llevarme.

Y es así que a eso de las once de la mañana y luego de una travesía de casi veinticuatro horas, por fin llego a la puerta de mi destino.

Lo que no me esperaba era encontrarme allí mismo con el asunto que había ido a resolver.

Iván

Me despierto sobresaltado. Lo primero que hago es mirar la hora en el

reloj que llevo en la muñeca.

Epa… Las once de la mañana.

A mi lado una hermosa mujer duerme profundamente. Su cabello castaño

claro con las puntas azuladas descansa sobre su almohada y parte de la mía. Una

de sus tetas está al descubierto y a mí me vienen ganas de comerme ese pezón

que ahora duerme y es solo un tono más oscuro que la piel que lo rodea, pero anoche lo era mucho más, sobre todo cuando lo desperté a fuerza de chupadas y

mordiscos.

Desisto de mi intención de echar un polvo mañanero cuando escucho

exclamaciones que vienen del piso de abajo. Parece que llegaron visitas… Los gritos alegría de la China se deben de escuchar hasta de la chacra de al lado.

Bueno, lo mejor es que deje que Vero continúe descansando y yo me

pegue una ducha fría para ponerme presentable.

Me levanto de la cama y antes de meterme en el baño reviso mi celular a

ver si hay algún mensaje de Santi. Nada… Este hijo de puta me tiene nervioso.

Hoy lo voy a llamar hasta que me atienda. Y si no lo hace, le voy a dejar mensajes poco agradables. Ojalá que lo haga… Necesito saber que está bien, y

tranquilizar a Vero.

Siguen las exclamaciones desde la planta baja, que dejo de escuchar

mientras el agua corre. Me baño con rapidez, y sin dejar de pensar en Santiago y

su paradero. Dudo mucho de que haya logrado llegar a La Habana, pero el hecho

de que no saber nada de él desde que llamó a Ana furioso, me preocupa demasiado.

Si es una rabieta que la corte, que ya es hora.

Ojalá sea una rabieta y no algo peor…

Me pongo la toalla de baño en la cintura y salgo secándome el pelo con

la de mano.

Y ni bien pongo un pie en la habitación lo veo.

Me paro en seco. Debo tener cara de haber visto un fantasma… Uno que

hace un momento ocupaba mis pensamientos y era el eje de mis preocupaciones,

uno al que tenía ganas de golpear y abrazar por partes iguales. El fantasma que

más cerca he tenido en la vida. Mi mejor amigo. El otro hombre de mi mujer.

Allí, de pie, recostado en la puerta está Santiago. Solo aparta la vista de

Vero un instante para dedicarme una enigmática mirada, y luego vuelve a ella, que duerme boca abajo y no se entera de nada.

Al alivio de saberlo sano y salvo le sigue la indignación, pero es solo un

segundo porque las ganas de abrazarlo priman.

—Forro… ¿qué hacés acá? —pregunto en un susurro mientras me acerco

con las claras intenciones de hacerlo.

Pero él permanece inmóvil, no me corresponde. Solo dice en un tono

neutro:

—Supongo que mi presencia no es una sorpresa agradable.

No hace ningún esfuerzo para no despertarla, así que es lógico que

Verónica abra los ojos, y luego se vuelva lentamente.

La sábana cae hasta la cintura mientras lo hace dejando expuestos sus

pechos, pero los ojos de Santiago no se entretienen demasiado en la hermosa vista.

Soy testigo de cómo se miran y de la tensión que reina en el ambiente.

No dicen nada, solo se observan, así que me siento obligado a intervenir.

—Acá lo tenés, belleza. Basta de nervios, que se lo ve muy saludable.

¿No te dije que no le había pasado nada? Esta es la prueba. Dale, ché, digan algo…

Verónica traga saliva y se sienta en la cama a lo indio. Sostiene la sábana

contra su pecho, mientras los ojos se le llenan de lágrimas.

—Me… Me alegra que… Que estés bien. A salvo. Acá.

Dice eso con voz ahogada y resulta tan conmovedora que no puedo entender como Santiago no se le lanza encima y se la come a besos.

Algo cambió y no sé si me gusta…

No termino de pensarlo que ya lo estoy comprobando. No es que haya cambiado, es que continúa. Santiago sigue en pie de guerra, no vino en son de paz

—Permitime dudar de tu alegría. De la alegría de ambos… De todos modos no vine a tranquilizarlos, sino a…

Alguien golpea la puerta, y Santiago se aparta sobresaltado.

Se escucha la voz de China al otro lado.

—¿Todo bien ahí adentro? No quiero saber qué están haciendo, sino solo saber si están bien…

Como ni Santi ni Vero dicen nada, soy yo el que le contesto.

—Sí, China. Tranquila.

—¿Están haciendo cosas raras? No es que quiera meter las narices en esos asuntos, pero… ¿Titi, estás ahí?

Santiago carraspea.

—Sí, acá estoy. Y no estamos haciendo nada.

Pero la China no se da por vencida.

—Entonces… ¿podrías abrirme un segundo? O mejor salí un momento.

Ana y Tincho están por llegar de hacer las compras, y no quiero que se arme bardo ¿me entendés? Después me echan la culpa a mí…

No llego a comprender por qué la China piensa que se puede armar “bardo”. ¿Santiago le habrá dicho algo, o le alcanzó con verle la cara?

Él me mira, y luego suspira y sin decir más nada sale de la habitación.

Los segundos pasan y se escuchan las voces amortiguadas alejarse por el pasillo.

Me vuelvo hacia Verónica, que permanece inmóvil, con una inmensa tristeza reflejada en el rostro.

Me siento en la cama e intento tranquilizarla.

—Vero, está bien y está acá, tal como lo deseamos, como lo soñamos… Claro que se ve que está de malhumor, pero ya se le va a pasar.

Ella mueve la cabeza.

—No, Iván. No se le va a pasar… Santiago me odia.

—No digas eso.

—Lo vi en sus ojos… Esa frialdad…

—Está enojado porque no nos acordamos de avisarle enseguida que ya había logrado salir de Cuba. Se le va a pasar, te lo aseguro.

Se le caen las lágrimas y se las seca con la mano.

—Cometí muchos errores. No estoy segura de que se le vaya a pasar… Contigo sí, pero conmigo…

—Santi te quiere tanto como yo. Sé de qué te hablo, belleza. Solo que hay que tener paciencia… Él vino para desahogar su bronca, y está en su derecho. Con ciertos límites, claro…

—No sé si tiene arreglo esto. Algo se rompió y tengo miedo de que sea tarde —dice con voz ahogada.

Le acaricio la mejilla.

—No lo es, porque hay amor de por medio.

—¿Estás seguro?

—Yo te amo y lo sabés. Él también te quiere…

—Y yo los adoro, pero no estoy segura de que Santiago sienta lo mismo, Iván. Ya no estoy segura de nada…

Se pone de pie, y comienza a vestirse.

Abro la ventana para que entre un poco de aire… El olor a tostadas me abre el apetito.

—Cuando estés lista bajamos que la China está haciendo el desayuno o tal vez un *brunch*.

Verónica se sube los vaqueros y de pronto se pone pálida.

—¿Qué pasa?

No dice nada. Se coloca la mano sobre la boca y sale corriendo al baño.

Voy tras ella y la encuentro haciendo arcadas. Le agarro el cabello a tiempo… Se arrodilla y empieza a vomitar.

Cuando termina, gruesas gotas de sudor le perlan la frente.

—¿Mejor?

Asiente.

—Esto es por amargarte al pedo. El cuerpo te pasa factura… Dale, bajemos a comer algo y de paso te revisa el doctor.

Sonrío al decir esto último pero ella no me corresponde.

Parece estar a años luz de acá.

Bueno, qué bien. Ahora son dos los que se muestran distantes y malhumorados. Lindos días vamos a pasar si esto sigue así.

Cuando bajamos, Santiago no está.

—Bajó a la playa con los perros —nos aclara la China—. ¿Qué le hicieron al Titi, malvados?

—No le hicimos nada —me apresuro a aclarar—. Se nos pasó avisarle que yo estaba bien y que había logrado salir de Cuba.

—Me parece que no solo por eso está caliente… ¿Qué le hiciste, chiquita?

—Nada, China…

—Tenés ojeras. Se ve que anoche le dieron de lo lindo ¿no?

Ana y Tincho entran con las compras y nos salvan del incómodo interrogatorio.

—¿Dónde está? —pregunta Tincho mirando alrededor.

—Yo les avisé al telefonito—explica la China—. En la playa, con los bichos.

—¿Ya aclararon todo? —es la pregunta de Ana, directa como siempre.

—Aún no —respondo—. Lo vimos un momento, y la cosa está complicada…

Verónica mordisquea una tostada con la tristeza reflejada en el rostro y no dice nada.

Ana, le acaricia un brazo:

—Se va a solucionar, ya vas a ver. Ahora comé con ganas, que además de estar hecha un palo estás blanca como un papel. ¿Te sentís bien?

—Sí. Me impresioné mucho al verlo acá y me descompuse, pero ya estoy mejor.

—Bueno, ahora que están los tres juntos van a ver que lograrán entenderse. No se apresuren… Si Santi vino hasta acá es porque ustedes dos le importan mucho, no pierdan eso de vista. A propósito… ¿cómo llegó hasta acá?

—Lo trajo “la colorada”.

—¿Quién es “la colorada”?

La pregunta la hace Vero, y parece que de solo mencionar la palabra “colorada” hace que sus mejillas recobren también algo de color.

—Una mina, la que lo trajo —explica la China sin aclarar nada—. Tenía cara de querer quedarse, pero la fleté rapidito. No me gusta tener desconocidos en la casa, y mucho menos sin previo aviso.

—¿Pero te la presentó o algo? ¿No dijo quién era?—interrogó Ana, curiosa.

—Sí, me la presentó. Mi Titi es un caballero… Se llama Karina. No, Karina no, esa es la hermanita del Iván. Camila se llama, ahora sí. Vino con él en el avión… Tenía el coche lleno de valijas. ¿Preparo el mate o solo van a tomar café? Miren que el almuerzo no va a estar pronto hasta las dos al menos…

Y la conversación fue derivando en otros temas, así que el ambiente se distendió.

Para todos, menos para Verónica, que permaneció en silencio, triste y pensativa.

Verónica

Mientras esperaba que Santiago volviera de la playa, los nervios me

carcomían las entrañas. Sabía que tarde o temprano íbamos a tener una
conversación en la que volcaría toda esa bronca que leí en sus ojos.
No iba a ser un buen momento; eso seguro. Pero fuera como fuera,
necesitaba que sucediera. Un trago amargo cuanto más pronto, mejor.
Además confiaba en que mostrándole mi cariño y mi arrepentimiento,
podría hacerlo recapacitar. Necesitaba saber que todo iba a estar bien, y que podíamos retomar la relación que nos hacía tan felices.
Porque todo cobraba sentido, todo adquiría mayor belleza y placer
cuando era de a tres. Lo confirmamos una vez más Iván y yo, la noche anterior.
Nuestros cuerpos podían encontrar satisfacción momentánea cuando nos
amábamos de a dos, pero la auténtica conexión solo se daba cuando éramos tres.
Las horas pasaron, almorzamos, y de Santiago no hubo novedades.
Comencé a preocuparme y no tardé en expresarlo.
Tincho y Ana me miraron con extrañeza, pero fue la China la que habló:
—Estamos en El Quinto Infierno, chiquita. ¿Qué puede pasarle? Si fuese
este atolondrado, todavía…—dijo señalando a Iván quien fingió estar dolido por
la acusación—. O si se tratase del otro abollado, que mejor ni nombrarlo para no
llamarlo con el pensamiento… Pero se trata del Titi, hombre sensato si los hay.
Está disfrutando de la playa, seguro. No te preocupes…
—Yo pienso igual, Vero. Santiago está bien… ¿Qué te parece si subimos
y nos echamos una siesta? Va a venir cuando… Cuando esté listo —me dijo Iván
poniéndose de pie, pero yo negué con la cabeza.
—No. Subí vos… Yo ayudo a la China y luego sigo esperando.
De nada valió la insistencia de la China ni la de Ana para que subiera a
relajarme. Me quedé al firme con la nariz pegada a la ventana, esperando a Santiago.

Pero fue en vano. Así que cuando no pude más, agarré una botella de agua y unos snacks, los puse en una mochila y salí a buscarlo.

Camino cerca de un kilómetro y medio hasta que lo encuentro.

Sentado en la arena, observa a los perros entrar y salir del mar y parece ausente de todo.

No hay un alma en la playa… Es un lindo día pero hace un poco de frío, así que me froto los brazos para entrar en calor.

Aunque no gira la cabeza hasta que me siento junto a él, sé que percibe mi presencia desde antes. No me pregunten por qué, pero lo sé.

No alcanzo a darle lo que le traje, cuando Nerón viene corriendo y se le tira encima. A mí no me hace caso… Todas las atenciones son para su “papá” cómo si quisiera marcar territorio dejándome en claro que ya lo perdí.

—Quieto, bebé. ¡Me estás empapando! Dale, corré que ya nos vamos a ir.

Intento conectar con la mirada pero no lo logro.

—Se ve que te extraña —murmuro para ver si enganchamos una conversación.

Y surte efecto, pero no como esperaba.

—Por suerte alguien lo hace. Es muy reconfortante…

Vamos mal por ahí, así que cambio de tema. Le tiendo la botella de agua y me la rechaza haciendo un gesto con la mano.

—¿Desde qué hora no comés?

—No tengo hambre ni sed.

Resoplo fastidiada. Por este camino tampoco vamos a ningún sitio, así que decido encarar más directamente el asunto.

—Santi, nosotros también te extrañamos…

—¿Nosotros? ¿Hablás por Iván, también?

—Sí, porque me consta.

—¿Ah sí? ¿Y cuándo me extrañaron? ¿Cuando se encontraron en el aeropuerto o durante toda la larga noche que estuvieron juntos? Porque me resulta difícil de creer, sobre todo porque en esas horas yo estaba en el

aeropuerto de San José desesperado por encontrar la forma de llegar a La Habana. Y si no hubiese sido por la foto que Ana puso esa noche, tal vez estaría allí todavía buscando a Iván. Así que permitime poner en duda tu afirmación.

Dios… Esto está más difícil de lo que pensé que estaría. ¡Estuvo a punto de ponerse en riesgo por mi culpa! Porque yo fui la que lo presionó para que hiciera algo por Iván. ¿Cómo pude hacerlo y luego ser tan desconsiderada? Por un momento me deja sin palabras… No sé si intentar defenderme con argumentos traídos de los pelos, o disculparme por ambas cosas: la presión y la omisión. ¿Qué sería lo mejor?

—Santi, te pido disculpas y vuelvo a hablar en nombre de los dos. Es inexcusable el haber omitido avisarte ni bien Iván tocó tierra…

—Error. Tenías que haberme avisado antes, cuando con tu padre y Tincho hacían las maniobras para traerlo.

—¿Por qué no me dijiste que planeabas ir a Cuba? Si lo hubiese sabido…

—¿Vas a echarme la culpa de haberlo intentado? Te recuerdo que fue a instancias tuyas, porque yo sabía que Iván estaría a salvo…

—¿Cómo carajo sabías? ¡Estaba en riesgo real!

—Hubiésemos sido dos en peligro, pero igual quise intentarlo porque…

Porque sí. Porque era importante para vos, porque lograste sembrar en mí la duda razonable, porque quería asegurarme de que él estuviera bien. Porque quería complacerte, por eso. Fui lo suficientemente estúpido como para pretender complacerte en algo, cuando está claro que no puedo, no sé hacerlo…

—No es cierto, yo…

No puedo terminar porque Santiago se para de golpe y me desconcierta.

—No es el momento ni el lugar para seguir con esta conversación. Vamos a la chacra que quiero hablar con los dos, y luego me voy a ir a lo de mi vieja.

—¿A lo de tu vieja? ¿Te vas a quedar allá?

—Sí.

Es muy raro… No me cierra. Jamás habla de su madre… ¡ni siquiera la

conozco! Una vez me dijo que no tenían una gran relación, porque la mujer era

rara. El que haya decidido irse de El Quinto Infierno, me da muy mala espina porque suena a ruptura, suena al fin… Me desespero.

—Por favor… No te vayas. Quedate acá y volvamos juntos los tres…

Por primera vez me mira a los ojos. Carajo… los suyos son del color del

mar. Verdes y turbulentos.

—Los tres juntos… ¿existe eso todavía? No lo creo.

Y luego hace el amague de irse, lo cual termina de desquiciarme. Lo

agarro de un brazo y él mira mi mano, sorprendido. Aprovechando su

desconcierto le rodeo el cuello con los míos y le busco la boca.

Me quiero morir cuando siento que se resiste, pero es solo un momento y

yo paso del infierno al cielo, sin escalas.

Tiene toda la intención de rechazarme, puedo sentirlo, pero las ganas de

seguir son tan fuertes… Lo sé porque yo las siento.

Es como un extraño imán el que nos une. Una fuerza invisible que lucha

contra el orgullo, contra la rabia acumulada, contra los errores cometidos. Esa fuerza hace que Santiago entreabra los labios para que mi lengua pueda

introducirse en su boca. Entrar en contacto con esa cálida humedad me vuelve loca. Gimo sin poder evitarlo…

—No… —murmura alejando su boca de la mía, lo suficiente para mirarme a los ojos y que ese “no” se transforme en un “sí”. Un enorme “sí” que

hace que sus manos se cierren sobre mis nalgas con fuerza, y su rostro se entierre en mi cuello.

Siento su lengua, sus dientes… Me doy cuenta de que inspira profundo.

Me huele… Dios santo, me está oliendo…

No digo nada. Tengo miedo de que se rompa el encanto del momento si

hablo. Pero él sí lo hace…

—Qué débil soy… Un imbécil que cae siempre en tus redes.

A pesar de que se insulta a sí mismo, sus palabras me duelen. Claro que

no lo suficiente como para desistir de esta angustiosa necesidad que tengo de él.

Me dejo llevar por esa necesidad. Agarro su rostro con ambas manos y

me apodero de su boca otra vez. Nos besamos una y otra vez en un torbellino de

pasión que no sé hasta dónde nos puede llevar.

No me importa que estemos al aire libre, ni que alguien nos pueda ver.

Me aprieto contra su cuerpo hasta que siento su pija al palo presionando mi vientre.

Está excitado y yo también. Sus manos me recorren entera… Mi cintura,

mi espalda. Enloquecemos ambos. Nuestras lenguas se enredan, imparables.

Qué delicia esa boca… Qué delicia todo él.

Quiero a este hombre en mi vida otra vez. Me muero si lo pierdo, de

verdad me muero.

Y creo que él percibe mi desesperación, y está más dolido de lo que

pensaba porque de pronto me agarra de los brazos y me aleja.

No me quedan dudas de que ahora sí va en serio. Su mirada es dura, el

ceño fruncido… La frialdad se instala entre nosotros de nuevo y nada puedo hacer para evitarlo.

—Santi…

—Dejémoslo en claro. Soy un imbécil por desearte así, pero no voy a ser más tu juguete. Todavía me queda algo de dignidad, carajo.

Y con esas palabras, los castillos en el aire que había comenzado a

reconstruir se terminaron de desplomar.

Santiago

No sé como hice, en serio. Tuve que apelar a toda mi fuerza de voluntad,

a mi memoria y a mi orgullo para apartarme de su boca.

Esa actitud de “sana sana colita de rana” de Verónica no hizo más que aumentar mi enojo, pero cuando intentó hacer lo que siempre hace, controlar

por

medio del deseo, sucumbí como el títere que soy en sus manos.

Al principio me resistí pero después me dejé llevar. Ella supo en todo momento que yo estaba luchando, pero no cejó en su empeño de doblegarme. Y

casi lo logra, lo confieso.

Llegué a calentarme tanto que estuve a punto de desnudarla y clavármela

ahí mismo, en la arena. Pero esa seguridad en sí misma, esa iniciativa… Casi podía escuchar sus pensamientos: “pan comido”.

Algo en mí se rebeló y pude zafar. La aparté de mí y le dejé bien claro

que yo no soy el juguete de nadie. Cómo gocé esa expresión de contrariedad que

sustituyó a la de triunfalismo.

Y así sin más me alejé. Con mi dignidad al hombro y los perros

siguiéndome.

Cuando subí el médano miré hacia atrás y ella permanecía en el mismo

lugar. Con el pelo al viento y la mochila a la espalda.

Me pareció tan indefensa… Y lo estaba. No podía dejarla en la playa

desierta por más que estuviésemos en pleno día, así que lo que hice fue subir a

los perros al Jeep y luego volví a recogerla.

—Subí —le dije, y eso fue todo lo que se habló hasta que llegamos,

porque ella tampoco dijo nada.

Solo me miró con una tristeza infinita y luego subió y nos fuimos.

Ya en El Quinto Infierno se bajó antes que yo, y echó a andar con paso

firme hacia la casa.

Yo me entretuve bañando a los perros con la manguera, hasta que

apareció Tincho.

—¿Qué hacés, *man*? —saludó como si hubiesen pasado días y no meses

desde la última vez que nos vimos.

Me incliné y lo abracé.

—Tomé prestado el Jeep de Ana.

—Sabés que todo lo que hay acá es tuyo.

Sonreí y seguí con la manguera.

—¿Visita relámpago o solo visita sorpresa? —me preguntó.

—No lo sé. Por lo pronto en un rato me voy a lo de mi vieja.

—¿No te quedás con nosotros?

—No.

—¿Por qué?

—Mejor no preguntes.

Suspiró profundo y luego no pudo con su genio.

—Escuchame, flaco. ¿Por qué carajo no conversan los tres y arreglan los malos entendidos?

Cerré la canilla y liberé a los perros para que corrieran a secarse.

—Eso precisamente pensaba hacer ahora, y luego marcharme.

Necesito… Alejarme, Tincho. Eso. No preguntes más…

Hizo una mueca. Intentó fingirse ofendido, pero le duró un segundo.

—Vas a tener que esperar porque Iván recién se fue con la China en el cuatri, a comprar víveres.

Nos miramos sin decir nada durante largos segundos… Y así estamos todavía, sin decirnos nada, pero lo conozco tanto que sé que se muere de ganas de intervenir.

No puede, porque de pronto aparece Ana corriendo y con cara de preocupación.

—Hola, Santi—dice mientras me abraza—. Me encanta que hayas venido. A ver si ahora que están los tres juntos pueden hablar…

—Sí, a eso vine — admití—. ¿Estás demasiado agitada o me parece a mí?

—Lo estoy—confirma, y luego se dirige a Tincho—. Martín… Tenemos que ir a Montevideo ahora. Parece que tu abuela Martha no está bien…

—¿Qué? Si ayer hablé y estaba…

—Mi amor, me llamó Mercedes… Imaginate, para que ella llame para acá…

—¿Pero qué le pasó?

—No saben. Se descompuso esta madrugada. Le están haciendo estudios pero creen que es un A.C.V….

La cara de Martín lo dice todo. Me parte el alma ver sufrir a mi amigo, porque sé que su abuela es su gran debilidad.

—Los llevo. Denme cinco minutos que me ducho y…

—¡No!—exclama Ana, dejándome sorprendido.

—No me cuesta nada.

—Lo sé, pero prefiero que no…

Tincho la mira extrañado. Cuando vivía acá lo acompañaba a todos lados así que no entiendo el porqué de la negativa.

Y para completar el cuadro aparece Verónica.

—Yo voy con ustedes.

—¡No! —vuelve a decir Ana, con más énfasis del que correspondería.

Parece que a los dos nos queda claro que no somos bienvenidos en esta instancia, así que no insistimos. Igual todo resulta demasiado perturbador…

Ana intenta explicarse.

—Es que… Mercedes no me traga, pero con ustedes el encono es mayor… Está furiosa porque fuiste a New York y te llevaste a Verónica, lo que causó que tuviese que hacerse cargo de Hernán y sus… locuras —me dice, pero no termino de creer que ese sea el motivo de su negativa.

De todos modos elijo no insistir y Verónica parece que tampoco quiere hacerlo. No la culpo, Mercedes es como un dolor de huevos.

Así que de un momento a otro ellos parten y nosotros nos quedamos solos en la casa.

Eso basta para que se me ponga dura. ¡La puta madre!

Sin dirigirle una sola mirada huyo. Corro por la escalera y me meto en la habitación que siempre me asigna la China.

Espero unos segundos… No, no sube. No sé si alegrarme o decepcionarme y darme cuenta de eso me irrita.

Me saco toda la ropa y me meto en la ducha. Helada, por supuesto. ¿De qué otra forma con esto que no da muestras de bajar? Pero el agua fría no surte efecto así que tengo que apelar al método tradicional.

Me siento un idiota haciéndome una paja en la ducha, como cuando era un pibe. Una paja rabiosa, cargada de ganas y de rabia.

Me la muevo con fuerza con la derecha, mientras que apoyo la izquierda en la pared del duchero.

Y justo cuando estoy a punto de terminar, escucho una voz a mis espaldas. Su voz…

—Santiago.

Me suelto la pija al instante y vuelvo la cabeza.

Ahí está…Me mira a los ojos. Carajo, recuerdo esa mirada. Es deseo puro. Es que no puede más de ganas. Es que necesita ya… lo mismo que yo.

Ella reacciona primero. Se mete en la ducha con ropa y todo, y yo ya no puedo… No puedo negarme a nada. Estoy perdido y conmigo también se pierde mi dignidad y mi orgullo, al menos en este momento.

Cierro la canilla y la aprieto contra la pared. Me la como, porque lo que le estoy haciendo no es besarla, la estoy devorando.

Le arranco la ropa. Jeans, zapatillas, camiseta. Le muevo la bombacha y entierro dos dedos hasta lo más profundo de su vagina empapada.

No puedo más. Necesito meterme ahí, morirme ahí… La hago girar con brusquedad. Ahora tiene la cara contra los azulejos y el culo a mi disposición.

Dios… No puedo pensar. No con esto acá provocándome, haciéndome enloquecer.

Se lo toco con los dedos… Ella gira la cabeza y sonríe. Qué hija de puta… Sabe muy bien que me tiene.

Su sonrisa está llena de expectativa pero también llena de satisfacción.

—Metémela. Por favor… —me pide.

La agarro del pelo y estoy a punto de complacerla cuando escucho que la puerta de la habitación se abre.

—Santi.

Es Iván.

Bueno, estamos los tres. No era así que había imaginado “la conversación” pero aquí estamos. Y la conversación va a tener que esperar.

Salgo de la ducha sin soltar el pelo de Verónica, que parece encantada con mi faceta troglodita.

Y en la puerta del baño me encuentro cara a cara con Iván.

—Uy… Perdón. Qué inoportuno, ¿no? —dice, y yo creo percibir cierta ironía en su voz.

—Bastante. Pero te podés quedar —le digo.

—¿A mirar o puedo intervenir?

Sonrío.

—¿Desde cuándo eso lo decido yo?

Ambos miramos a Verónica que jadea como si hubiese corrido una maratón.

—Quedate a mirar—murmura.

Me parece que a Iván no le cae del todo bien esa propuesta, pero a mí sí.

Quiero borrar de mi mente la última vez, en la que yo la hice acabar mientras ella lo miraba a él… Eso me afectó más de lo que me gustaría admitir.

Mientras Iván se sienta en una butaca, yo hago que Verónica se recueste en la cama. Le abro las piernas y la observo…

Es perfecta. Mojada, desnuda, entregada. Abierta, palpitante, hinchada.

Me recreo unos segundos en su sexo, pero cuando vuelvo a su rostro capto la mirada y la sonrisa de hace un momento y de hoy en la playa.

“Pan comido” retumba en mi mente.

Sé que esta vez no hay vuelta atrás, y que me la voy a coger hasta

dejarme la vida adentro de ella, pero me permito una pequeña revancha. Algo que sé que la va a afectar, y tal vez hasta le duela y la llene de dudas.

Me alejo de la cama y recojo mi vaquero. Desde hace siglos tengo un

condón en la billetera, así que lo busco y ante los atónitos ojos de Verónica me lo pongo.

—¿Y eso? —pregunta.

Me limito a sonreír y se la entierro hasta los huevos. Así, de una.

Ella gime y arquea el cuerpo. No se retrae, sino que sale a mi encuentro.

Su vagina se siente receptiva, húmeda, apretada.

Aún con el condón siento que no voy a durar mucho y por primera vez

no me preocupa. No busco su orgasmo sino el mío.

He claudicado, pero al menos no me sabrá tan mal la derrota.

Acabo en tiempo récord y a propósito. Ella gime y jadea pero no acabó.

Puedo seguir moviéndome y hacer que suceda, porque sigo duro y listo para un

segundo round pero prefiero dejarla así.

No siempre se puede ganar ¿no?

Me retiro en un movimiento rápido y mientras me saco el condón mis

ojos se encuentran con los de Iván.

Mierda. Me había olvidado que estaba allí… Permanece en silencio, y a

diferencia de otras veces no se masturba mirándonos. Ni siquiera nos filma…

Solo mira, serio, y hasta creo ver como que me acusa con la mirada.

No sé de qué me puede acusar. Ella vino, me provocó, y obtuvo lo que quise darle, mientras quise dárselo. Esta vez el control fue mío y no me arrepiento.

Bueno, no lo hago hasta que la miro.

Tiene los ojos llenos de lágrimas. Se incorpora y se mete en el baño. Sale

enseguida envuelta en una bata, y trae otra para mí.

—Tenemos que hablar —dice—. Esto ya no se puede dilatar más.

Perfecto. Si yo vine para eso.

Me pongo la bata y me enciendo un cigarro. No suelo fumar, pero la

ocasión lo amerita. Iván hace lo mismo, mientras se para y abre la ventana. Es un

atardecer asombroso…

—Bueno, hablemos, que para eso estoy acá. Ya que estamos los tres…

Para mi sorpresa, Iván me interrumpe.

—¿Se puede saber qué te está pasando, forro?

Alzo las cejas.

—En este momento nada. Pero me pasó… Me pasó que me metieron

presión para hacer algo que no era necesario hacer, y nadie consideró el avisarme

que se había resuelto.

Verónica se me pone adelante.

—Esto va más allá de eso. Viene de antes, cuando decidiste que no querías que viajara…

—De mucho no me sirvió ¿no? Acá la que decidís sos vos. Sos la que

hace y deshace, la que va y viene a su antojo. Nosotros somos tus marionetas, y

así como nos elevás al cielo, cuando te da la gana nos bajás al infierno. A este le parecerá maravilloso porque tiene las mismas hormigas en el culo que vos, pero

a mí ya no. Así que habiendo constatado que todo está en orden por aquí, los voy

a dejar solos y me voy a ir a lo de mi vieja que hace mucho que no la veo.

Ahí tienen. Me saqué las ganas.

Ellos me miran y se miran.

—Me parece que esa no es la solución, flaco. ¿Te vas a abrir?

Me río, irónico.

—Eso quisieras ¿no?

Iván se para y me enfrenta. Verónica se mete en el medio.

—Basta. Los dos. Basta.

La tensión es inmensa y ya no estoy disfrutando de mi descarga.

Pero no debo mostrarme débil porque esta mujer es capaz de devorarme.

Pierdo el control cuando me toca, como ahora, que tiene su palma en mi pecho

desnudo.

—No me voy a abrir, por ahora. Pero sí me voy a alejar…

Y de pronto se me ocurre algo. No lo había pensado antes y no sé por qué

carajo lo traigo ahora.

—Y no voy a volver a Costa Rica con ustedes. Me voy a quedar un

tiempo acá.

Ellos se vuelven a mirar. Parece que mis noticias no causan el efecto

esperado. No parecen ni descolocados ni abrumados. Más bien parecen aliviados

y yo me quiero morir.

Me salió el tiro por la culata. Yo no me abro, se abren ellos y hasta les

pongo fáciles las cosas quedándome acá. Soy un idiota y me estoy perdiendo lo mejor de mi vida. Pero ya no hay vuelta atrás…

—Me parece bien —dice Iván, mientras vuelve a instalarse en la butaca.

—Ya lo creo —replico, sarcástico.

—No es lo que pensás. ¿Vos te quedás? Qué bueno porque nosotros

también. ¿Cierto, Vero?

Ella asiente pero no dice ni una palabra.

Por un momento también siento alivio. No me querían excluir… No se

alegran de que nos separáramos porque ellos tampoco van a volver.

Pero ese alivio es momentáneo, y se termina cuando me doy cuenta de

que esa posibilidad ya la venían manejando.

Esto no es repentino… ¡Ya lo habían hablado! Pensaban quedarse y

dejarme allá en Costa Rica. ¡Lo tenían todo cocinado, carajo!

No puedo controlarme y estallo.

—Ya lo tenían todo planeado —digo con los dientes apretados—. Y yo soy un pelotudo…

—¿Qué decís? —pregunta Verónica con el ceño fruncido.

—Que esto ya lo habían hablado. Yo no me abro, los que se pensaban abrir eran ustedes…

—¡No es verdad!

—Como yo era el único que estaba feliz de vivir en Playa Hermosa, pensaron que quedándose acá se iban a librar de mí. Pero claro, el destino es caprichoso y yo termino desbaratándoles los planes…

—Estás diciendo cualquier cosa, flaco —me corta Iván.

—Sé muy bien lo que estoy diciendo.

Verónica no puede contener las lágrimas.

Iván parece querer seguir hablando pero ella lo detiene con un gesto y él cierra la boca. Como siempre, batuta en mano dirigiendo la orquesta.

—Santiago, tenés razón: te va a hacer mucho bien ir a lo de tu mamá, así te enfriás y reflexionás sobre los disparates que estás pensando y diciendo —dice ella con firmeza.

Yo la miro con furia mientras me visto.

—Son un par de traidores—es lo último que les digo antes tomar mi mochila.

Y luego me voy dando un portazo y sin mirar atrás.

Iván

Junto con Santiago se fue la esperanza de poder recomponer las cosas de una vez. Me quedé puteando en colores, lleno de furia, pero tuve que calmarme obligado cuando noté que Verónica estaba desolada. Me guardé la bronca para después, y la rodeé con mis brazos intentando consolarla.

—Vamos, belleza…—murmuré besándole la cabeza—. Es un berrinche, yo lo conozco. Se le va a pasar.

Ella sollozó contra mi garganta.

—No se le va a pasar…

—Ya vas a ver que sí. Solo hay que darle tiempo o hacerlo entrar en razón a golpes —bromeé, pero no logré una sonrisa de su parte, de eso estaba seguro.

—Iván… No me siento muy bien —murmuró de pronto haciendo que me alarmara.

—¿Qué pasa? ¿Te duele algo?

—No quiero que te preocupes… Creo que me voy a resfriar o algo así. Estuve en la playa bastante desabrigada.

Se metió en la cama con bata y todo y se tapó hasta la cabeza con el cobertor.

—¿Te traigo algo? ¿Un té, un analgésico?

—Gracias, pero no. Solo quiero descansar y olvidarme de toda esta situación de mierda.

Por unos momentos no supe qué hacer… Me quedé ahí un rato hasta que comprobé que se había dormido, y luego bajé y la dejé en paz.

La China estaba preparando la cena.

—¿Se sabe algo de la abuela Martha? —le pregunté.

—Anita dice que le siguen haciendo pruebas. ¿La chiquita no baja a cenar?

—No se siente bien. Ahora duerme.

—¡Yo le dije que no saliera sin abrigo! Pero claro, a mí nunca me hacen caso. Lo mismo le aconsejé al Titi que se fue así nomás a lo de la vieja. De manga corta iba, y con una cara… ¿Se pelearon?

—Ehhh…

Intenté salirme por la tangente pero no lo logré.

—A mí no me termina de cerrar la relación que tienen ustedes tres, nene. Esas cosas modernas no me van.

—Te entiendo…

—¿Me explicás?

Me ahogué con el vino que me acababa de servir.

—¿Qué querés que te explique?

—Como es. Cómo hacen.

—Bueno, China… Es algo… muy íntimo…

—Dale querido, que ya estamos grandes. Puedo soportarlo.

¿Qué mierda le iba a decir? Hice fondo blanco con el vino e intenté complacerla.

—Es como cualquier pareja, solo que somos tres en lugar de dos. O lo éramos porque Santiago está… Bueno, está algo distante pero se le va a pasar.

—Eso no me aclara nada. Decime ¿garchan los tres juntos o se van turnando?

La China era implacable y yo me puse a sudar frío.

—Por favor. Me complica hablar de esto con vos.

—¡No jodas, che! Dale, contame que quiero entender cómo es eso del "poliamor".

—Ah, pero estás bastante enterada por lo que veo. Por lo menos sabés cómo se clasifica este tipo de relación —dije, tratando de llevar la conversación a otro terreno no tan privado.

—Anita intentó explicarme, pero no supo darme detalles. Decime vos ¿hacen trío siempre?

No tenía escapatoria.

—No siempre. Eso es… según.

—¿Según qué?

—Según las ganas.

Hizo una mueca.

—Seguís esquivando el bulto. Al final todos saben lo que pasa menos yo.

Suspiré.

—China, es difícil de explicar pero sí, lo hacemos de a tres con frecuencia. Pero no se trata de un trío común y corriente porque acá hay una relación amorosa de por medio ¿entendés?

—Sí, la chiquita viene a ser doña Flor y ustedes los dos maridos ¿no?

Me pareció muy acertado el paralelismo, sobre todo porque uno de los maridos de Doña Flor ya no estaba en este mundo.

—Algo así —admití, y luego intenté otra vez cambiar de tema—. Eso huele bien… ¿qué estás cocinando?

—Pollo al horno y no me cambies la conversación. Lo que quiero saber ahora es si vos y el Titi garchan. O sea, si se volvieron putos.

Me serví vino otra vez y me lo tomé sin respirar. Cuando aparté mi boca de la copa ella seguía mirándome expectante, con el cuchillo en la mano.

—No, China. No nos volvimos putos… Además en todo caso seríamos bisexuales, pero no.

—Pero cuando están haciendo lo que hacen, me imagino que un poco de contacto entre ustedes hay ¿no? ¿No te da “cosa”?

—¿Cómo “cosa”?

—Sí, asquito. ¿O te gusta frotarte las bolas con el otro?

Una copa más al garguero, y van…

—No pienso en eso en esos momentos.

—¿Pata o pechuga?

—Pata.

—Acá tenés —indica poniendo el plato frente a mí—. Pero lo de ustedes sigue sin cerrarme. Para mí un poco putos son… Igual no es algo que me quite el sueño.

—Mejor así.

—Ahora te digo, que no se entere doña Rosario viuda de Maurente porque le dan tres ataques.

A la mierda. La madre de Santiago… Hasta el momento no tuvimos que contarle nada. Para ella Verónica es mi novia, y supongo que dadas las circunstancias será todo lo que sepa.

—No tiene por qué enterarse…

—Lo va a saber. Algo raro presiente y no va a parar hasta sonsacarle todo al Titi.

—¿Pero te dijo algo?

—Cada vez que me la cruzo, pero yo no suelto prenda. “Es muy extraño que Santiago siga viviendo con Iván y la novia… No me gustaría que les causara problemas. Ojalá consiguiera una linda chica y se mudara, o volviera a Punta…” Textuales palabras de doña Rosario —citó haciendo el gesto de comillas y todo.

Volví a suspirar.

—Bueno, tal vez se le cumpla el deseo.

—¿Se va a quedar acá?

—Puede que nos quedemos los tres.

El decírselo a la China hizo más concreta la posibilidad. Y por primera vez asumí que sería así y mi corazón se aceleró.

No sé si fue el vino o todo lo que comí, la cuestión es que subí, me enrosqué a Verónica y dormí como un bebé.

Me desperté a las diez de la mañana, y ella no estaba en la cama. Salió del baño más pálida que un papel.

—Hola, belleza. ¿Seguís mal?

—Algo. Creo que debería desayunar.

—Te dormiste todo. Bueno, los dos nos dormimos todo.

Sonrió sin ganas y luego se vistió.

La tristeza la acompañó durante todo el desayuno. Disimuló cuando llamó a Ana para saber de la abuela de Martín, y festejó alguna de las salidas de la China que por suerte no hizo ninguna pregunta indiscreta, pero yo sabía que la procesión iba por dentro.

Después de almorzar, cuando subió a dormir la siesta aduciendo que no

podía mantener los ojos abiertos, yo me decidí.

Caminé hasta la parada de ómnibus y me tomé el primero que salió con destino a Rocha.

Quería hablar con Santiago de hombre a hombre, definir dónde carajo estábamos parados, y qué podíamos esperar del futuro.

Lo agarré leyendo en el porche, en una hamaca paraguaya. El sol le daba en la cara y se veía igual de triste que Verónica y que yo.

—¿Qué hacés acá?—me preguntó sorprendido.

—Vine a ver si estabas tan mal como nosotros. No me digas nada porque ya me di cuenta que sí.

Pestañeó confundido.

—Iván, no jodas…

—¿Por qué sos tan terco, *man*? Está bien, no te avisé, no te avisamos que estaba a salvo. Te pido perdón por eso.

—Ya me lo pidió ella, por los dos. Pero esto va más allá… No es tan sencillo. Mirá, no es nada contra vos, pero últimamente siento que estoy de más.

—No digas boludeces.

—Y que en el fondo te gusta que así sea. No te culpo, ella es…

—¡No es así, carajo!

Se quedó en silencio unos segundos.

—También siento que ninguno de los dos es suficiente para Verónica. Que necesita más… No sé qué más. Más emoción, más variación, más movimiento… Vos acompañás bien sus iniciativas, pero a mí me cuesta porque soy muy estructurado —me dijo con el pesar reflejado en la cara.

Me pasé la mano por el pelo intentando no sulfurarme, pero me la estaba poniendo difícil.

—Cebame un mate y dejá de analizar tanto las cosas. No nos hace bien a ninguno de los tres que cada paso que demos, lo diseques y lo examines.

Me lo alcanzó con una sonrisa.

—Deformación profesional quizá.

No sé por qué pero me sentí más tranquilo. Entre nosotros ya no había resquemores, estaba seguro. El asunto era conciliar y lograr que se arreglaran las cosas con ella.

La madre de Santiago apareció y me dijo diez veces que estaba más

“churro” que nunca. Me preguntó por mi “hermosa novia”, y también cuándo pensaba volver a Costa Rica. No supe qué decirle así que miré a Santiago que desvió la vista, y lo que yo hice fue desviar la conversación. Con doña Rosario

era más fácil que con la China.

—Me voy y no vuelvo hasta mañana. Pórtense bien, ustedes dos.

—Como siempre —le respondió mi amigo—. ¿Lograste comunicarte con

Ana para saber de la abuela de Tincho?

—No con Ana, pero sí hablé con la desabrida de Mercedes. Me dijo que

seguían esperando resultados de las pruebas. Yo le comenté que ustedes estaban

acá en Rocha… No sabía, se ve que ni Ana ni Tincho le contaron. Tampoco le cayó muy bien que digamos la noticia…“Cartón lleno” fue lo último que dijo antes de colgar. En fin, mañana vuelvo a llamarla a ver si hay novedades—

indicó encogiéndose de hombros.

Se fue a jugar rummy canasta con las amigas, y yo me quedé a solas con

Santiago otra vez.

—Tu vieja es única.

Asintió.

—Tiene novio ¿podés creer?

Me reí.

—Afortunado el hombre.

Movió la cabeza.

—¿En serio me decís? El pobre se está metiendo en un baile…

—Sí… Como nosotros. ¿Te acordás cuando pensábamos que éramos dos

hijos de puta con suerte por tenerla? Bueno, yo sigo sintiéndome así y estoy seguro que vos en el fondo sabés que esa situación no cambió. Existieron tropiezos, desencuentros, pero la magia sigue estando, Santiago —le dije

mirándolo a los ojos.

Lo vi tragar saliva. Parecía estar debatiéndose entre dos fuerzas opuestas,

y yo busqué dentro de mí las palabras para terminar de convencerlo de que le diera otra oportunidad a nuestra relación.

Pero no pude encontrarlas porque en ese momento le sonó el celular y el

atendió.

—Hola… Camila, qué sorpresa… Sí, todo bien… En eso estoy… Re

contenta la vieja, claro. Hacía mucho que no nos veíamos… Mis amigos también… Bueno, no sé… Tal vez. Sí, por supuesto… Todavía no lo decidí… Sí, me acuerdo… Lo vemos… ¡No! No me hago el difícil… Ajá… No, no me molestás… Fue un placer y te agradezco el aventón… Quizá otro día… No sé, cualquier tarde de estas… Dale, genial… Otro para vos.

La chica que lo llevó a El Quinto Infierno haciendo su aparición estelar.

De pronto me encontré con un sentimiento desconocido para mí, al

menos con respecto a él. Celos… Pero no de Verónica, que eso fue fugaz y ya estaba superado, sino de él.

Me sentí confuso y extraño, así que para ocultar mi turbación le dije:

—¿Por qué no me llevás a El Quinto Infierno en tu supercuatriciclo? Y

de paso me contás quien es esa Camila, de la que jamás escuché hablar hasta ahora.

Accedió a llevarme, pero de la chica no dijo mucho.

—Compañera de vuelo, la conocí en Panamá. Veníamos para el mismo

lado, así que me trajo en su coche. Buena mina.

—¿Eso significa que está buena?

—También —fue su escueta respuesta que me dejó un sabor amargo en

la garganta. Y si yo sentía eso no quería ni pensar en lo que experimentaría Vero

si lo supiese, o si la conociera.

No tenía idea de que pronto sucedería.

Ellos

Santiago e Iván entraban a El Quinto Infierno justo cuando la China

salía.

Pararon el cuatriciclo en el portón para saludarla. Ella los miró con suspicacia y luego hizo una mueca.

—Parece que los zapallos se están acomodando en el carro —dijo, mordaz.

—Yo también me alegro de verte, China —replicó Santiago sonriendo—. ¿Novedades de Martha?

—Está jodida la doña. Creo que está más cerca del arpa que la guitarra, qué querés que te diga.

—Ojalá que no tengas razón esta vez.

—¿Qué haces por acá? No me digas que doña Rosario se enteró de lo del trío y te echó de la casa.

—No, mamá no sabe nada y no tiene por qué saber tampoco.

—Imaginate… Le da un derrame igual que a la otra doña —dijo haciéndose la señal de la cruz. Y casi sin transición agregó: —Escúchenme ustedes dos: voy a salir un ratito y vuelvo enseguida, así que nos se les ocurra ponerse a hacer cosas raras, ¿eh?

Iván soltó la carcajada.

—Quedate tranquila, China. El trencito loco del amor seguro que no parte hoy —bromeó, y se ligó un codazo en el estómago de parte de Santiago.

La China se fue diciendo los disparates más gordos de su repertorio, y segundos después ellos dos subieron a la habitación donde seguramente se encontraría Verónica.

No se equivocaron, allí estaba. Y para sorpresa de ambos, aún dormía.

—No se siente bien —susurró Iván mientras se acuclillaba a su lado y le besaba la frente.

—¿Qué le pasa? —preguntó Santiago, preocupado.

—Se está por engripar.

—¿Desde cuándo está así?

—Desde que llegaste, forro.

En ese momento Verónica se despertó. Miró a Iván, y luego a Santiago…

Se incorporó de golpe, y salió de la cama. Fue tan repentino el movimiento que se mareó, y si no fuese porque Santiago acudió en su ayuda seguramente hubiese terminado en el suelo.

—¿Estás bien?

Lo estaba. Entre sus brazos, con los cuerpos pegados siempre lo estaba.

Asintió. Santiago le puso las palmas en las mejillas y acercó su rostro al de ella.

Se quedaron sin aire…

Verónica sintió calor en la espalda, e instintivamente se apretó contra Iván, que se había puesto de pie y le rodeaba la cintura.

Era una situación soñada para ella. Algo que creyó haber perdido, que creyó que jamás recobraría, estaba allí, palpitando entre los tres.

Verónica lamió la nuez de Adán de Santiago, mientras Iván le mordisqueaba un hombro y oprimía el pene contra la parte posterior de su cuerpo.

Con el rostro en la garganta de Santiago, lo escuchó murmurar;

—Tenías razón, Iván. La magia está…

Ella no pudo soportarlo más y le comió la boca. Cuando se le cortó la respiración la abandonó, pero solo para volver la cabeza y dedicarse a la de Iván, que también la reclamaba.

Eso era… la gloria. La puta gloria.

Y si no fuese porque un fuerte bocinazo los interrumpió, todo hubiese terminado muy bien. Pero no.

Al sonido de la bocina le siguió la voz de la China, que no era la discreción hecha mujer precisamente.

Se separaron como impelidos por un resorte y se miraron, confusos. El primero en reaccionar fue Santiago, que se precipitó hacia la ventana a mirar quién había llegado.

—¡Carajo! —exclamó.

—¿Ana y Tincho? —preguntó Iván.

Santiago los miró alternadamente mientras movía la cabeza negando, y luego dijo:

—Tengo que bajar.

Eso fue todo. Abrió la puerta y se marchó.

Iván reaccionó con su desenfado habitual.

—¿Qué mierda pasa? ¿Quién…? —preguntó mientras se dirigía a la ventana. Y cuando se asomó su expresión cambió.

Verónica no pudo dejar de notarlo, y antes de que él pudiese impedirlo estaba haciendo lo mismo.

Lo que vio la hizo palidecer. Sus dedos se cerraron en el marco de la ventana con tanta fuerza que las yemas le quedaron blancas.

Si ya se sentía mal, entonces se sintió peor. Todo le dio vueltas incluso su estómago. Corrió a vomitar, doblada sobre el inodoro como el día anterior. Y también como el día anterior, allí estuvo Iván sosteniéndole el pelo.

Más tarde esa misma noche, volcó en su muro de Facebook todo su dolor, su frustración, sus celos. Buscó consuelo entre sus lectoras como tantas veces, cuando sentía que solo ellas podían entenderla.

“Con los ojos nublados por el llanto, y medio oculta entre las cortinas, la veo bajar de la camioneta. Es alta y voluptuosa. Es pelirroja de rizos suaves. Es todo curvas y encanto. Es joven, es nueva. Es como me gustaría ser a mí. Sin duda es ‘la colorada’, la mujer que mencionó la China ayer. Y luce una sonrisa de oreja a oreja a tono con sus cautivantes ojos castaños que observan a Santiago -quien en este instante sale a su encuentro- como si fuese un Dios.

Evidentemente me queda un poco de dignidad guardada en algún sitio, que evita

que me lance por la ventana con la esperanza de que mi cadáver sea una barrera entre ella y mi hombre. No me voy a suicidar, pero igual me siento morir…”

Las lectoras nunca le fallaban. Compartieron su dolor, se llenaron de interrogantes igual que ella, la consolaron o al menos lo intentaron.

Cuando se acostó rememoró cada uno de los acontecimientos del día, especialmente los que se suscitaron cuando “la colorada” llegó.

Le había abierto la China, cuando se encontraron en el portón grande. Le franqueó la entrada con ciertas dudas, que se disiparon a medida que conversaban. Camila era encantadora y se la metió en el bolsillo con dos o tres comentarios lisonjeros con respecto a las plantas del cantero.

Eso bastó para que la mujer entrara en confianza y la dejara pasar como si la conociera de toda la vida.

Cuando Santiago salió, ambas mujeres conversaban animadamente. El rostro de Camila se iluminó ni bien lo vio. Una sonrisa de oreja a oreja se le instaló, y los ojos le brillaron llenos de estrellas.

A él no le quedaron dudas; para Camila eso era un intento de conquista a toda regla. Para él, era un problema.

No estaba ni remotamente interesado en otra mujer que no fuese Verónica. Ella era el principio y el fin, y el eje de todos sus deseos y fantasías, pero no estaba en él desairar a una mujer que había sido tan amable.

—¡Hola! Qué sorpresa.

—Espero que sea agradable. ¿Cómo estás?—le preguntó ella poniéndose de puntillas y besándole la mejilla, al tiempo que se apoyaba en sus hombros.

—Es bueno saber de vos… No esperaba que fuese tan pronto —dijo él intentando no comprometerse demasiado.

—Es que cuando cortamos lo decidí. La verdad es que no esperaba encontrarte acá; solo vine a preguntarle a la señora Celina si sabía dónde vivía tu mamá.

—Decime China, querida —intervino la susodicha, a todas luces encantada por la visitante.

—Bueno. “China”… Me encanta. En fin, como te decía, la sorpresa me la llevé yo cuando China me dijo que estabas acá —dijo sonriendo.

Camila se dio cuenta de que Santiago no estaba muy cómodo, pero no podía evitar querer acercarse a él. La situación fue avanzando a su favor gracias a la China, que la invitó a pasar a “tomarse unos mates”.

Santiago la miró como para matarla, pero la joven en ese momento entraba con entusiasmo a la sala, y no lo notó.

Se sentó donde le indicaron y cuando se quedaron solos le dijo a Santi:

—Me encanta este lugar. Ahora entiendo por qué tenías tantas ganas de volver… Bueno, supongo que también la familia y los amigos eran fuertes motivaciones ¿no?

Él asintió e iba a responderle cuando desde lo alto de la escalera se escuchó la voz de Iván.

—¿Tenemos visitas? Hola…

Bajó con rapidez la escalera y sin mayores ceremonias se presentó.

—¿Qué tal? Soy Iván, amigo de Santiago.

Éste estaba tenso, y no atinó a decir nada. Tampoco fue necesario, porque Camila era muy desenvuelta y al ver que él vacilaba no dudó en hablar.

—Mucho gusto. Soy Camila, amiga de Santiago también, o al menos eso me gustaría… Fuimos compañeros de vuelo hace un par de días.

La mirada que le dirigió Iván a Santiago fue muy significativa y no se le escapó a la chica. Pero antes de que pudiese decir nada, Verónica apareció bajando la escalera y su sola presencia hizo que la tensión aumentara.

Ella no se presentó como Iván. Avanzó unos pasos, saludó y esperó con las cejas levantadas, mirando a Santiago.

—Camila, ella es Verónica.

El rostro de Camila cambió. La sonrisa optimista la abandonó de golpe y no atinó a hacer otra cosa que inspirar profundo mientras Santiago la presentaba

a ella, mientras sus castillos en el aire se iban desplomando de a poco.

Esa mujer era la “Verónica” que Santiago no había podido olvidar. Era preciosa, menuda, de largos cabellos castaño claro y ojos a juego. Tenía la tersa

piel algo bronceada, y era delgada como un junco. Camila no podía creer que fuera mayor que ella… Representaba veinticinco, ni uno más. Y se notaba que para Santi no era cosa del pasado.

Camila sintió intensos e injustificados celos. Mientras saludaba a

Verónica otro sentimiento la hizo sentir muy mal: también la envidiaba. Esa mujer era todo lo que a ella le hubiese gustado ser. Femenina, frágil… Tenía unos vaqueros a la cadera y el ombligo al aire, con un piercing. Poco busto, pero

cuando se dio vuelta constató que no pasaba lo mismo con su trasero. “Tiene buen culo, la hija de puta” se dijo, y luego se reprendió mentalmente por su exabrupto interno.

Cuando la China les llevó el mate, los cuatro estaban sentados en la sala

en un tenso silencio. Ya habían hablado del clima, de la belleza de la laguna y de lo simpática que era la China, así que no quedaba mucho más.

—¿Qué les pasa, ché? Parece que todos tuviesen un palo metido en el

culo. Les voy a cebar unos ricos mates… A vos no, chiquita, que estás descompuesta. ¿Volviste a vomitar?

Verónica vaciló. No le hacía gracia tener que ventilar cosas privadas delante de esa desconocida, pero Iván respondió por ella.

—Sí, recién. Se puso pálida de golpe, pero ahora está divina como

siempre… Igual lo mejor es que no tome mate ¿no, doctor? —preguntó

dirigiéndose a Santiago.

Este carraspeó antes de responder.

—Sí, mejor que no.

—Creo que tendrías que revisarla. ¿Por qué no lo hacés ahora, mientras

yo me quedo tomando mate con Camila? —dijo con otra de sus extrañas y significativas miradas.

La intervención de la China fue demoledora. En una sola frase dejó

sembradas más dudas que certezas en esa sala.

—La chica vino a saludar al Titi no a vos. No tienen que compartir todo,

ché. No sé de dónde sacaron esa costumbre de…

Iván no la dejó terminar. Adivinó que iba a desbarrancar y la atajó.

—China, hablando de compartir… ¿No nos ibas a cebar unos mates?

Porque veo que estás tomando solita con tu alma.

Y con la respuesta desenfadada de la mujer y todo su buen humor, la

conversación pareció perder la tensión con la que había arrancado y comenzó

a

fluir mejor. Bueno, no para todos por igual porque Santiago y Verónica no dejaban de mirarse.

¿Desafío o reproche? Ambas cosas parecían querer expresar esas

miradas.

Camila se veía algo abatida y le costaba disimularlo. Se dio cuenta de que su rival era un gigante… Así de menuda y delicada era un gigante difícil de

derribar. Por primera vez consideró su propia voluptuosidad por la que los hombres habitualmente languidecían, como una verdadera carga.

Pero lo realmente difícil de entender y de asimilar vino minutos después

cuando Iván, que había traído un jugo para Verónica, se lo entregó junto con un beso en los labios.

A Camila casi se le cae el mate de las manos. Confusa como nunca miró

a Santiago que no tenía ojos más que para Verónica, y luego se dirigió a la China

que se hizo la desentendida.

Las preguntas se sucedían en su cabeza una tras otra, pero era consciente

de que no podía expresarlas en voz alta. ¿Santiago estaba enamorado de la novia

de su amigo? ¿O fue primero suya antes que de él? ¿Iván lo sabría? ¿A quién prefería Verónica? ¿Saberlo sería la llave para conquistar a Santiago?

Se compuso con rapidez y retomó la tarea que se le daba más que bien:

derrochar encanto. Pero en su corazón tenía clavada una espina…

Le bastaron unos minutos para darse cuenta de que entre esos tres había

algo extraño, secreto, sumamente perturbador.

Solo que no tenía idea de cuánto.

Verónica

Esa noche me acosté temprano pero no me dormí enseguida. Por el

contrario, me aboqué a revisar todo lo que había pasado. Quería descubrir en qué

momento mi mundo que parecía querer rearmarse, se terminó de desmoronar.

Y lo peor es que no fue la aparición de Camila lo que hizo que eso

sucediera. Su presencia contribuyó, claro está, pero lo peor estaba por venir….

A ver, déjenme ordenarme. Déjenme contarles como transcurrió la velada

entre los cuatro. Y hablo de cuatro porque a la China la llamaron por teléfono y

desapareció durante una hora y media.

En ese tiempo sucedieron varias cosas. Iván preparó un picadillo. Camila

contó algunas anécdotas del viaje en avión junto a Santiago. Incluso me cayó simpática, muy a mi pesar.

Era tan encantadora que me provocaba golpearla hasta dejarla

inconsciente. En eso estaba fantaseando cuando mencionó esa insignificancia que para mí fue un antes y un después.

—Menos mal que para seguir charlando con Santi, le pedí a su

compañero de asiento que intercambiáramos. Al infeliz le tocó al lado de la mujer que le terminó vomitando encima…. Tengo como un sexto sentido para zafar de esas cosas. Pobre… Estaba en el peor momento, el primer trimestre de

su embarazo. Mareos, vómitos…

Fue decir eso y para mí se congeló todo. El tiempo, el espacio. Me

abstraje por completo del mundo. En mi mente, un montón de números

bailoteaban sin control. Un calendario, una suma, una resta… Comencé a hacer

memoria. No podía ser… No, imposible. Yo tomaba la píldora. Incluso había

comprado un paquete en Costa Rica previendo que me iba a bajar la menstruación ni bien llegara, y debía comenzar otro ciclo estando en Uruguay.

Pero no. No me bajó, y con lo de Iván ni siquiera me di cuenta hasta el

momento en que Camila habló de embarazo, mareos, vómitos. Saqué cuentas y

descubrí que tenía una semana de retraso. Nunca me había pasado, jamás.

Comencé a sudar frío y Santiago fue el primero en notar que algo andaba mal.

—Vos no estás bien. Subí que te voy a revisar.

Su tono no admitía réplica alguna así que ni lo intenté.

Vi dudar a Iván, pero fue solo un segundo lo que le llevó entender que tenía que jugar al buen anfitrión con Camila.

Mientras subía la escalera en mi cabeza se iban agolpando los

pensamientos. Dios… Tenía que hacerme un test urgente. ¿Pero cómo? No podía

ir sola a una farmacia, porque quedaba demasiado lejos para ir caminando y alguien se iba a ofrecer para llevarme.

Lo que tenía claro era que no iba a decir una palabra a nadie de mis sospechas hasta hacerme ese puto test. Y si el resultado era positivo me iba a tener que suicidar.

Sí, sé que sueno dramática pero coincidirán conmigo de que eso no sería

un simple embarazo no planificado. En mi situación estaban en juego variables

que de solo pensar en ellas me recorrían escalofríos por todo el cuerpo. ¡Me acostaba con dos tipos! ¡Iván había revertido la vasectomía que se había hecho

hacía años! Y según tengo entendido luego de la intervención se había hecho un

espermograma que le arrojó un resultado favorable.

En otras palabras, si había quedado embarazada no tendría idea de quién

sería el padre. Intenté alejar esos pensamientos mientras subía la escalera seguida de Santiago.

“No puede ser. Esto es por los nervios que me hicieron pasar estos dos hijos de puta… Seguro tengo un virus. Sí… Creo que hasta fiebre tengo. O una

bacteria tal vez, y por eso vomité. ¡La píldora no falla, carajo! El porcentaje de

efectividad es de un noventa y nueve por ciento. Y los fallos tienen que ver con errores en la toma… Yo jamás he olvidado una puta pastilla, jamás. Tengo treinta y siete años, y aunque me vea de menos mis óvulos están envejecidos y

no deben servir para nada. Imposible haber fecundado un óvulo de tan mala calidad. Además ¡yo no ovulo! Para eso sirve la píldora ¿no? Para no ovular, y

no quedar preñada. Cierto que hasta muy poco cogía todos los días con los dos,

pero sin óvulo no hay embarazo. Hay virus, bacterias, ansiedad, nervios pero embarazo no. Eso es. Una bacteria. O un tumor. Pero un embarazo no, seguro que no. Mi organismo se va a hacer cargo, y me voy a curar. Santiago va a hacer que me mejore y que me baje. Litros de sangre voy a menstruar, y el virus se va a ir, y esto va a ser una anécdota divertida como las que cuenta la encantadora Camila que es evidente que se quiere levantar a Santiago. Y quien sabe, tal vez ahora esté intentándolo con Iván. Sobre mi cadáver se va a quedar con mis hombres. Eso, Vero. Concentrate en defender lo que es tuyo y déjate de imaginar boludeces con embriones inexistentes”

Todo eso me iba diciendo mientras subía y me tendía en la cama, boca arriba.

—A ver…—murmuró Santiago al tiempo que se sentaba en la cama y a mí me empezaban a subir los calores. En esa misma cama tiempo atrás, él me había revisado por los mismos síntomas y habíamos terminado cogiendo como animales.

Eso me reconfortó. Asimilar lo que me estaba pasando con aquella indigestión me tranquilizó y mi cerebro se concentró en esos dedos que rozaban mi piel, cuando Santi me subió la camiseta y me desprendió el vaquero. Contuvo la respiración cuando vio mi bombacha rosada con bordes negros, pero enseguida se repuso como buen profesional que era, y empezó a oprimir mi vientre en distintos puntos.

—¿Duele acá?

—No.

—¿Y acá?

—Tampoco.

—¿Acá sentís alguna molestia?

—Nada.

—¿Tenés diarrea o solo vómitos?

—Vómitos.

—¿Desde cuándo?

—Ayer empecé.

—¿Dolor de cabeza, mareos?

Ay no. Que no siga preguntando porque va a poner el dedo en la llaga.

—No. Creo que lo mío es más bien… emocional.

—Emocional…—repitió él mordiéndose el labio inferior, cosa que casi me desquició.

—Sí. Me estresó mucho nuestro… desencuentro. Me refiero a lo que nos pasó a los tres estos días…

Por suerte mi confesión lo distrajo del camino que yo no quería recorrer.

—Entiendo. ¿Y ahora estás más tranquila?

—Sí —mentí desviando la mirada.

—Mmm… No te creo.

¿Tanto se notaba?

—Bueno, la repentina aparición de tu amiga no ayuda para nada. De hecho vomité ni bien la vi.

Él sonrió.

—No sé por qué. Es una chica muy linda, y muy…

—Basta—le dije, impulsiva. Y no se trataba de una estrategia para desviar la atención de mis preocupaciones, sino que no soportaba que hablara de ella.

—Evidentemente estás estresada, porque jamás me pareciste una mujer celosa.

—Porque no lo soy. Simplemente me parece exagerado que ponderes las cualidades de alguien que apenas conocés.

Volvió a morderse el labio. Parecía a punto de soltar la carcajada.

—Bueno, que es linda está a la vista y no lo podés negar. Y basta

intercambiar un par de palabras para darte cuenta de que también es simpática…

¿o no?

—Y basta interceptar una mirada suya para darte cuenta de que está

loquita por vos y que no va a parar hasta conseguir lo que quiere. No entiendo

qué hace acá, pero supongo que será porque le diste alas o motivos para creer que puede lograr lo que se propone—le dije, agria. No lo podía evitar.

Estaba celosa, era un hecho. Y lo peor era que yo había propiciado ese encuentro con mi estupidez. Quería golpearme la cabeza tres veces contra la pared por tarada.

Él alzó las cejas y se cruzó de brazos. No emitió ni una palabra, solo me

miraba.

—¿Y?—pregunté.

—No sé qué querés que te diga.

—No lo negás…

—Ni lo admito. Ahora, volviendo a lo nuestro…

—¿Y qué es lo nuestro?

La pregunta quedó flotando en el aire pero solo unos segundos. Y

después él recogió el guante, se inclinó sobre mí y susurró: “esto”, antes de partirme la boca de un beso.

Le correspondí de una manera casi violenta. Nuestras lenguas se

enlazaron con furia animal en un intercambio de saliva sin reservas, mientras gemíamos sin poder contenernos.

Santiago se me subió encima y presionó su pene contra mi vientre, olvidándose que minutos antes lo había estado examinando con sumo cuidado y

profesionalismo.

Pero yo no lo padecía sino que lo estaba disfrutando como nunca. Me

olvidé de todo y me entregué por completo a él y a mis ganas. Atrás quedó la

“encantadora Camila”, el posible embarazo, y nuestro desencuentro.

Solo quedamos Santiago, yo y el deseo que nos fue consumiendo como

una llama voraz. Cuando se separó de mi cuerpo, me sacó los vaqueros y se

abrió el cierre de los suyos.

Fue un polvo memorable para mí, porque esa vez sí logré estallar en un orgasmo intenso. Santiago se movió con una habilidad que me puso a mil, y luego de que se aseguró de que hubiese acabado, salió sin eyacular.

Quise retenerlo pero fue inútil.

—¿Qué pasa? —pregunté jadeando.

—Nada. Ahora hay que esperar que el tratamiento surta efecto —me dijo mientras se abrochaba el pantalón y me guiñaba el ojo.

—¿Y vos?

—Te lo debía —fue lo último que me dijo, y luego levantó mi vaqueros del suelo y me los lanzó encima.

Me vestí con rapidez mientras él bajaba. “No estoy curada” pensé con picardía, pero cuando recordé cuan “enferma” podía estar, mi humor se tornó sombrío y las preocupaciones regresaron.

No obstante no pude entregarme a ellas, porque en el piso de abajo había una mujer que quería ganarse a mi hombre.

Y yo no se lo iba a permitir.

Santiago

Qué noche la de anoche. Bueno, en realidad todo el día fue como ir montado en una montaña rusa.

Primero, la sorpresa de que Iván me fuese a buscar para arreglar las cosas. Ni se me cruzó por la cabeza el hacerme el difícil porque ya me habían bajado las revoluciones y estaba lamentando un poco el haber sido tan terminante. Fui de buena gana, y la operación reconciliación estuvo a punto de concretarse… Hablo de una reconciliación real, con los tres gozando, como antes. Y si no hubiese sido por la repentina aparición de Camila eso hubiese prosperado, no me caben dudas. Su presencia lo frustró todo y le alteró los nervios tanto a Iván como a Verónica.

No sé si el pretexto de que se sentía mal fue un invento o no, la cuestión es que nos vino bien para apartarnos de todo y entrar en contacto. Hubiese preferido que Iván estuviese allí y no precisamente observando, pero la

inoportuna visitante lo impidió.

Terminamos con un polvo extra rápido en el piso de arriba. No fue algo premeditado, solo que ella estaba muy receptiva y a mí me calentaron tanto sus celos que no pude contenerme, no pude esperar.

Sin embargo una vez que estuve dentro de ella y la vi acabar, saqué fuerzas de no sé dónde y postergué la gratificación. Quería que estuviésemos los tres, así que junté ganas para después. Además se lo debía… El día anterior la había dejado a medias por una estúpida venganza de la cual me terminé arrepintiendo.

Disfruté ambas veces; cuando solo acabé yo y cuando solo acabó ella.

Ese rapidito fue muy efectivo, me dejó con un nivel lácteo importante que esperaba pudiese bajar como Dios manda y no a las apuradas.

Pero sería en otro momento porque en ese, había una huésped no del todo bienvenida.

Me caía bien Camila, no lo voy a negar. Y me daba cuenta del interés de ella en mí, pero jamás se me cruzó por la mente complacerla. No obstante, acicatear los celos de Verónica me resultaba muy tentador.

Claro que no contaba con que la velada terminase siendo bastante desastrosa. Con Vero tensa e Iván poco colaborativo, solo contaba con la China para no ser un pésimo anfitrión. Y a ella parecía caerle muy bien Camila.

Sospechosamente bien…

No tardé en darme cuenta el motivo. La China era más tradicional de lo que suponíamos… La cacé en el aire: simplemente creyó que era una buena idea emparejarnos a Cami y a mí. Por nuestro propio bien, supongo. El trío no era una situación ideal para ella, a pesar de que nos quería mucho a los tres y me constaba.

Camila era mona, simpática… Vero había estado bastante compenetrada

con Iván esos días… La China sumó dos más dos, y felices los cuatro, así de simple, como dictaba la moral y haría feliz a mi vieja.

Todo el tiempo estuvo tirando indirectas demasiado directas, cosa que

contribuía al fastidio de Iván y le agregaba tensión a Verónica, que no podía ocultar su disgusto. Y yo en el medio de todo eso…

Créanme, no era agradable.

Obviamente para Camila sí lo era. Se notaba que disfrutaba de las

atenciones de la China, y se retroalimentaban continuamente. Flores para aquí, flores para allá… Una pesadilla florida.

—Qué rica torta de manzana, China. ¿Me decís el secreto?

—Canela, querida. La receta me la pasó doña Rosario, la madre del Titi.

Tenés que conocer a esa señora ¡es toda una dama! Era ministra hasta hace

poco… Seguro le encantarías.

Dios… No tuve más remedio que intervenir ante el disparate de que mi

vieja había sido ministra, algo que no se podía sostener ni dos minutos.

—No era ministra, sino secretaria en el Ministerio de Educación y

Cultura…

—Es igual —insistió tercamente —. Decime, chiquita… ¿vos sabés

cocinar?

Yo creí que se dirigía a Verónica y se ve que ella creyó lo mismo porque

se sintió aludida e intentó responder.

—La verdad que no…

La China sonrió.

—Se sabe, querida. Vos no sabés ni hacer ni un huevo frito pero no

importa, porque el Iván que es un cocinero de primera… Le preguntaba a Cami.

La conocía lo suficiente como para darme cuenta de que todo eso le cayó

como el culo a Verónica.

Ni siquiera tenía ni que mirarla para saberlo…

Camila hizo un mohín..

—Sí, sé cocinar… De hecho hice el curso avanzado en el Crandon. Pero sospecho que esas no son habilidades a destacar hoy en día, con tanta oferta disponible en supermercados y rotiserías—dijo sonriendo—. La situación de Verónica me parece la ideal ¡un cocinero en casa! Hacen una hermosa pareja, tengo que decirles…

Se quedó como esperando confirmación, y la misma llegó pero del menos indicado. Con la mala onda que tenía más le valía haberse quedado calladito.

—Bueno, lo cierto es que en casa el que cocina es Santiago y lo hace muy bien. ¿No es cierto, Vero? ¿Te acordás de las frutillas con crema?

Casi me atraganto con una galletita de agua. Las frutillas con crema… Dios Santo. Verónica asintió visiblemente perturbada, y a mí directamente se me paró al recordar cómo habíamos succionado las frutillas que previamente habíamos introducido en los sitios más… recónditos de ella.

Supongo que no fui el único en reaccionar así… Iván la debía tener como para sacar perros de abajo de la cama, pero no caí en la tentación de echar una mirada para que la China no me acusara de puto. Era capaz de todo esa mujer…

Y lo demostró sin recato alguno cuando Camila preguntó ingenuamente si vivíamos los tres juntos en Costa Rica.

—Sí, viven los tres en el mismo lugar pero es temporal… No conviene mezclar los tantos no sea cosa que terminen enfiestados… —dijo alzando las cejas mientras nos miraba desafiante.

Camila largó la carcajada.

—Qué graciosa sos, China…

Iván resopló.

—Es un *cague de risa* —murmuró con ironía, pero Cami no llegó a captarla.

—Es muy ocurrente, sí. “Enfiestados”… —repitió con los ojos brillantes —. Las novias de los amigos son sagradas, no tienen sexo. Es el código masculino por excelencia ¿no?

La respuesta de Iván fue sincera pero políticamente incorrecta en ese momento:

—Yo diría que eso vale para las hermanas y las madres, pero no para las novias. De hecho Santiago y Vero…

La China no lo dejó terminar.

—Bueno, bueno. Menos conversa y más acción. Iván y Verónica ¿me acompañan a la cocina? Necesito que me ayuden con el cordero.

—¿Qué cordero? —inquirió Iván.

—Conmigo no cuenten —declaró Vero parándose—. Disculpen pero me voy a acostar. Todavía no estoy bien del todo…

—¿El tratamiento no funcionó? —preguntó Camila con cara de preocupada.

Verónica sonrió.

—Todavía no.

Y luego comenzó a subir la escalera. Estaba seguro de que fingía así que no me preocupé. Era evidente que los celos le estaban jugando una mala pasada

y hasta me alegré un poco, lo confieso.

Me duró poco el regocijo, porque Iván hizo el amague de acompañarla.

—¡No!

—¡No!

El dúo de negativas provino de Vero y de mí. Estaba claro que ninguno

de los dos queríamos que me quedara a solas con Camila. Ella por celos, y yo por… Por no tener que pasar el mal momento de rechazarla.

Iván se dio cuenta del rol a cumplir y volvió a sentarse. Y mientras

Verónica subía, la China volvió a arremeter con su propósito de hacer de casamentera.

—Vamos, nene. Vení a ayudarme con el cordero —le exigió a mi amigo.

—¿Pero hay que matarlo? ¿Por qué necesitás ayuda?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Callate y vení a trozarlo, chef.

El pobre me miró como diciendo “no tengo la culpa” y se metió en la

cocina. Y fue así como me quedé a solas con Camila.

Una situación de mierda, tal cual lo había previsto.

Lo primero que hizo fue sentarse junto a mí y tocarme el brazo.

—Esta “Verónica” no puede ser la misma de la que me hablaste…

—¿Yo te hablé?

—Sí, me dijiste que no podías olvidarla.

—Bueno…

—¿Es ella? No lo puedo creer…No entiendo. ¿Ustedes dos fueron amantes? ¿Traicionaste a tu amigo?

—¡No!

—Entonces… ¿fue tu novia antes? ¿Es eso?

—Camila, yo no…

—¡Es eso! ¿Qué clase de mujer se atrevería a tanto? ¿Qué clase de amigo…? —preguntó visiblemente perturbada por sus suposiciones.

No pude responderle porque la China, Iván y el cordero irrumpieron en la sala.

—¿Y esas caras? —preguntó a boca de jarro ni bien captó que había conflicto—. No me digas que ya le dijiste lo del trío…

Iván abrió los ojos como platos y yo me quise morir. Era una bestia esa mujer… Pero Camila no llegó a captar del todo la idea, por suerte.

—Sí, ya supe algo de ese triángulo… —dijo mientras la ayudaba con la bandeja—. Todavía no lo puedo entender.

Ninguna de las dos se dio cuenta de que estaban hablando de cosas distintas y me pareció que lo correcto era no sacarlas del error. Le dirigí una significativa mirada a Iván, que la cazó al vuelo.

—Y… gente moderna ¿viste? Pero vos me parecés una chica tradicional, querida.

Camila asintió.

—Sí, lo soy.

—Como doña Rosario. Le vas a en-can-tar—afirmó la muy ladina.

Y la cena transcurrió sin más sobresaltos. La China insistiendo en emparejarnos a Camila y a mí, e Iván con un fastidio *in crescendo* vaya a saber por qué, pero pude esquivar el bulto toda la noche.

Bueno, no del todo. Cuando se despidió para irse y la acompañé al coche me abrazó por la cintura.

Me dio mucho… pudor. No quería rechazarla abiertamente, así que le correspondí con un abrazo de oso. Como para que se diera cuenta que la mano venía de amigos y nada más.

No sé si fui claro… Creo que no, porque justo después de subirse, me dedicó una sonrisa por demás enigmática.

—La vas a olvidar—me dijo.

Y luego partió. Cuando me di vuelta para entrar me encontré cara a cara con Iván.

—Te estás equivocando, forro—me espetó señalándome con el dedo—. Aposté por vos y me estás fallando. *Nos* estás fallando… ¿Qué es esto? ¿Felices los cuatro?

Lo que me faltaba… El dedito acusador de Iván y una escena de celos.

Era la primera vez que un tipo me hacía una… Pero además, ¿cómo se atrevía después de lo que me hicieron con Verónica? No pude contenerme y se lo dije.

—No sé cómo te da la cara para acusarme de algo. Andá a cagar, infeliz.

Eso era una declaración de guerra a toda regla. Se quedó de piedra y yo aproveché para evadirme: subí corriendo la escalera y me encerré en mi habitación.

Iván

Cuando me desperté lo primero que hice fue tantear la cama buscando a Verónica, pero no estaba. Me encontraba solo y no me había dado cuenta de en qué momento se había levantado.

Eso me frustró un poco, porque la noche anterior me había acostado furioso con Santiago y no quise despertarla para que no me viera así. La verdad

era que la extrañaba… Me parecía que hacía siglos que no estábamos juntos en

la intimidad.

Levanté la sábana y le hablé a mi pija:

—El que se haya levantado quiere decir que está mejor. No vas a tener que esperar demasiado… Estás como para sacar perros de abajo de la cama, valor.

El sentido del humor no me había abandonado, a pesar de todo. Miré mi

reloj y bostecé. “Me voy a quedar un poquito más… Y después me voy a levantar y voy a encarar una conversación con Santiago y Vero. Tenemos que definir qué carajo vamos a hacer”.

Ese ratito más se transformó en ratazo. Me despertaron ruidos en el piso

de abajo. Me senté en la cama y volví a mirar mi reloj. Eran como las dos de la

tarde… Había dormido demasiado y seguro me estaba perdiendo de algo.

Me levanté y me pegué una ducha rápida. Mientras lo hacía escuché que

alguien golpeaba la puerta de la habitación.

—¿Sí? —grité apartando la cortina de baño.

Amortiguada me llegó la voz de Santiago.

—Bajá en cuanto puedas.

Caramba, eso no pintaba nada bien.

Pero no tenía idea de cuan mal pintaba hasta que bajé…

Les cuento lo que vi.

Lo primero, a la China con los brazos cruzados y cara de malhumorada.

Lo segundo, lo tercero y lo cuarto… Santiago, Verónica y… ¡Hernán! Ahí estaba

el muy hijo de puta, tomándose una Coca sentado en el medio del sofá de Tincho.

No entendía nada. ¿Cómo era posible que estuviese allí en El Quinto

Infierno? ¡Se suponía que estaba en New York!

Me quedé paralizado al principio, pero luego me dieron unas ganas de

matarlo… Quería cortarlo en pedacitos por lo que nos había hecho sufrir el año

anterior. Quería comérmelo crudo. Quería…

Verónica interrumpió mis violentos pensamientos.

—Iván, te estoy viendo venir. Por favor, tranquilízate.

Pero no fue suficiente su advertencia.

Terminé de bajar la escalera y me paré al lado de él.

—¿Se puede saber qué hacés acá, pelotudo?

Levantó la cabeza, y se pasó la mano por el pelo.

—Me enteré de que habían venido y vine a pedirles perdón.

Su respuesta me desconcertó pero solo un momento.

—¿Y quién te dijo que era buena idea hacerlo personalmente? Hubieses

mandado un mail o nada, porque yo no pienso perdonarte, hijo de puta. Sos un

manipulador de mier…

—Iván.

Santiago siempre tuvo el poder de calmarme con la sola mención de mi

nombre. Lo ha hecho en más de una ocasión porque tengo cierta tendencia a salirme de mis casillas.

En algún momento hasta tuve miedo de llevar los genes de la violencia, y

por eso le pedí que me cada vez que me viera "sacado" me frenara. Y eso hizo.

Di un paso atrás y miré a Hernán con asco.

—No valés la pena —le dije.

Él movió la cabeza.

—Entiendo cómo te sentís. Bueno, cómo se sienten los tres. Este último

año tiré por la borda todos mis progresos con lo que les hice… Y sí, tenés razón,

mentí, manipulé… No tengo excusa porque mis fines eran bien egoístas aunque

quise disfrazarlos de un falso altruismo —dijo con cara de arrepentimiento que

yo sabía que era fingida. Todo él era un fraude y mis instintos asesinos

volvieron a aflorar.

—Ahorrate el discurso, forro, y andate ya.

—Iván —volvió a decir Santiago.

Resoplé, iracundo. De pronto me sentí harto de todo. Santiago el pacifista…Estaba arruinando la relación que teníamos sin remordimientos, pero era muy considerado con Hernán.

—¿Qué? ¿Vas a perdonarlo? ¿Borrón y cuenta nueva? Te desconozco, boludo.

Verónica fue la que respondió por él.

—Si lo perdonamos o no ya lo veremos. Lo que es seguro es que no corresponde echarlo de un sitio que no es nuestro, sino de Tincho y Ana.

Fue tan terminante en su afirmación que me dejó frío. Retrocedí cuando pude reaccionar, me desplomé en una butaca y me agarré la cabeza con las dos manos.

No entendía qué estaba pasando… ¿Tendrían amnesia? ¿Era una cámara oculta?

—Bueno, ahora que estamos más tranquilos podés seguir, Hernán. Nos quedó claro a qué viniste, y que pensás irte hoy en breve. No sabemos cómo es que llegaste acá —dijo Santiago con calma.

—Bueno, cuando la abuela se sintió mal mamá me llamó y me tomé el primer vuelo a Montevideo. Me dijo que estaba grave así que no dudé en venir.

Llegué ayer mismo… Anoche nos enteramos de que estaba fuera de peligro, y hasta pude verla y comprobar que se encontraba bien, así que esta mañana bien temprano agarré la camioneta de mi vieja y me vine —explicó con insólita calma.

—¿Pero cómo te enteraste de que estábamos acá?—insistió Santiago con la misma tranquilidad.

—Tu mamá se lo dijo a la mía ayer. Y luego escuché cómo ella le

preguntaba a Tincho si era cierto… Eso es todo. Mi primo no consideró que yo

debiera saberlo antes y por eso no me lo dijo, pero finalmente me enteré —

declaró—. Y cómo ellos decidieron quedarse un día más en Montevideo, yo no

tenía mucho qué hacer por allá, se me ocurrió venir a pedirles perdón. Eso estoy

haciendo y espero que disculpen los malos momentos y…

—¡Y un carajo!—exclamé—. ¿Lo están escuchando? No deberían ni

darle la oportunidad de que hable a este infeliz, después de lo que nos hizo.

Verónica se inclinó y me tocó el brazo.

—Todos tenemos derecho a equivocarnos y recapacitar, Iván. Eso es lo

que está haciendo y a mí me parece bien.

La miré con el ceño fruncido… ¿qué me estaba diciendo? ¿Sería posible

que el hijo de puta ese todavía tuviese influencia sobre ella? ¿Tanto le había lavado el cerebro?

—Te desconozco, belleza. En serio, te desconozco…

La vi inspirar profundo y luego desviar la mirada hacia Santiago.

—Me queda claro lo que opina Iván. ¿Vos qué pensás, Santi?

El aludido se tomó unos segundos antes de responder.

—No sé qué pensar.

Como siempre tan ambiguo, tan diplomático…

—Bueno bueno, me alegra que haya terminado este circo y que ya no vaya a correr sangre. Ahora el muñeco de torta se va a ir por dónde vino y todos

contentos—dijo la China de pronto, dando claras muestras de haber perdido la paciencia.

Verónica le replicó pero con cautela, como si le hablara a un niño.

—Se va a quedar al menos hoy, porque fue un viaje largo… Ya lo hablé

con Ana recién y estuvo de acuerdo, China —le dijo.

La miramos sorprendidos los tres. La China, Santiago y yo. Hernán

permanecía imperturbable…

No entendía qué carajo estaba sucediendo. ¿Por qué esa consideración de parte de Verónica? No tenía sentido. La había usado y manejado como una muñeca. La había psicopateado de lo lindo, y ella como si nada.

—Ah bueno… Así están las cosas —dijo la China gesticulando exageradamente—. ¿Saben cómo termina esto? Con el pibe en la laguna otra vez, o quizá peor… Este loco nos va a terminar matando a todos.

La risa de Hernán fue un poco discordante con la situación.

—Sos lo más, China. Pero no teman que lo que acaba de decir no va a suceder…

—¿En serio, Hernán? Porque cada vez que venís se arma lío—acotó Santiago, y luego se dirigió a Verónica—. Y para serte sincero, no me cierra para nada que aceptes de buena gana que él se quede, y lo perdones así de fácil.

Ella levantó la cabeza y enfrentó su mirada.

—Yo sé dar segundas oportunidades. ¿Vos no?

—Depende de cuánto me interesa quien me las pide. La pregunta, Verónica, sería: ¿cuánto te importa Hernán?

Esa interrogante quedó flotando en el aire unos segundos.

Y no fue Vero quien respondió, sino el forro de Hernán.

—Yo no le importo demasiado, pero es lo suficientemente madura como para entender que los rencores no le hacen bien a nadie. De alguna forma estamos todos ligados porque Tincho nos une, y en el futuro tal vez tengamos que vernos de vez en cuando. ¿Qué sentido tiene permanecer enojados? No les pido que me justifiquen, solo les pido que entiendan que estuve más perturbado de lo que todos creíamos y eso me llevó a hacer cosas de las cuales no me siento orgulloso. Y si quieren perdonarme no solo me harían un bien a mí, sino que se lo harían a ustedes mismos. Verónica lo llegó a comprender, así que ojalá…

No aguanté más y le interrumpí el discursito conciliador. No le creía una sola palabra, porque desde que lo conocí nunca dio puntada sin hilo.

—Bla, bla, bla… Por lo que veo ya lo han hablado Vero y vos. ¿Desde qué hora estás acá? Creo que me perdí de algo.

Para mi sorpresa, Santiago me secundó.

—Sí, me parece que nos perdimos de algo importante.

Todas las miradas se dirigieron a Verónica, justo en el instante en que ella cruzaba una muy extraña con Hernán.

Era más que claro que habían estado hablando a nuestras espaldas…

La vi tragar saliva disimuladamente.

—Hace un rato nos encontramos y me dijo a qué había venido. Y yo entendí que lo mejor era…

—La trajo el pibe en la camioneta—la delató la China sin mayores contemplaciones.

—¿Cómo que la trajo? —pregunté asombrado—. ¿De dónde?

Nuevamente la China fue la que respondió.

—De la farmacia ¿no?

Verónica la miró como para matarla.

—Sí, de la farmacia. ¿Algún problema con que haya salido del palacio, caballeros? Porque si es así me hubiesen encadenado a la cama —dijo, agria —.

Y ahora si me disculpan, voy a subir a ducharme…

De inmediato me puse de pie para seguirla y Santiago hizo lo mismo, pero ella nos detuvo con un gesto.

—Sola. Ustedes hagan lo que quieran menos lo que están pensando.

Gracias.

Fue al recibidor y recogió la bolsa que había dejado allí y luego de mirar a Hernán de la misma forma extraña que en la ocasión anterior, subió.

Verónica

El día más extraño de mi vida lo empecé bastante bien.

Cuando me desperté eran las ocho e Iván dormía junto a mí. Me escabullí de la habitación de puntillas y con la ropa en la mano. No quería verme en la situación de tener que fingir que estaba todo en orden porque no lo estaba. Sin embargo no tenía náuseas y eso era muy auspicioso.

Seguro que esa gripe que me estaba alterando el metabolismo ya se había ido bien lejos…

Poco me duró la alegría porque fue bajar y oler café, y mi estómago comenzó a danzar. Me aguanté haciendo un esfuerzo, pero mis esperanzas de zafar de esta agobiante situación comenzaron a desvanecerse.

—Hola, China. Buenos días.

—Hola, chiquita de mi corazón. Qué carucha.

“Hoy soy la ‘chiquita de tu corazón’ pero ayer seguro no lo era” me dije, sarcástica.

—Estoy un poco descompuesta…

—Sentate que te hago un té de yuyos.

—No, mejor voy a llamar a la farmacia a ver si me traen algo para…

—Acá tenemos de todo. Buscapina, Paratropina, Hepamida… Lo que pidas. Esta casa es una farmacia…

“Sí, pero no para lo que yo necesito: un puto test de embarazo casero. Eso seguro que acá no hay”.

—Ehhh… ¿Tampones habrá? —pregunté sabiendo que Ana los detestaba.

—No… La rubia no le gusta taponearse. Pero hay toallitas rosa.

—Es que yo uso tampones. ¿Sabés qué voy a hacer? Voy a ir hasta la farmacia a buscarlos —le dije al tiempo que me paraba. Ni loca me iba a arriesgar a que me los trajeran y ella viera que no había comprado tampones sino todo lo contrario.

—Pero nena, ¡es demasiado lejos! Son como veinte cuadras… Esperá que se levanten esos zánganos y te llevan.

—Dejalos dormir —dije con una sonrisa cómplice—. Lo necesitan.
Ella frunció el ceño y se puso las manos en la cintura.
—¿Estuvieron haciendo chanchadas? ¡No se puede creer! Y yo haciendo el papel de idiota.
—Sí. Ya noté que anoche querías emparejar a Santiago con Camila.
Me miró desafiante.
—¿Y cuál es el problema, señorita acaparadora?
Di un paso al frente y se lo dije en la cara:
—Sobre mi cadáver.
La China resopló disgustada, y antes de que me replicara algo ácido y doloroso me escabullí de la cocina y salí de la casa.
El trayecto hasta el portón era largo, pero lo hice corriendo. A ver si con un poco de ejercicio me bajaba "Andrés" y al final terminaba comprando tampones en serio.
La voz de la China surgió de pronto desde el portero eléctrico y me asustó.
—¿Vas caminando? ¿Estás loca? Llevate la camioneta, criatura.
Me acerqué al aparato y apreté el botón.
—No, China. Se me venció el permiso y nunca lo renové. Dale, abrime…
Dijo una palabrota pero me abrió, y yo eché a andar.
Había caminado un par de cuadras cuando vi venir una camioneta cuatro por cuatro muy parecida a la de Tincho, pero no eran ellos.
Casi me caigo de culo cuando el vehículo se detuvo junto a mí y me di cuenta de que quien iba al volante era Hernán.
¡Sí, Hernán! ¡En Rocha! No lo podía creer. Literalmente me quedé con la boca abierta sin poder salir de mi asombro.
—Hola, Blondie.
Carajo, carajo, carajo. No era una ilusión óptica. Era la imagen de Hernán y la voz de Hernán.

—Hola… ¿qué hacés acá?

Sonrió.

—Voy camino a El Quinto Infierno. ¿Y vos dónde vas?

—A la… A la… farmacia —balbuceé como una boba.

—Subí que te llevo.

—No.

—Dale, que queda como a veinte cuadras. Subí… ¿o me tenés miedo?

Alcé la cabeza y respondí con voz firme:

—Yo no le tengo miedo a nada.

“Bueno, sí le tengo miedo a algo: al resultado del test” pensé.

—Entonces subí.

Lo hice, por supuesto. No tenía excusa alguna para negarme…

Me puse el cinto y volví a preguntar:

—¿Qué hacés acá, Hernán?

—Me gustaba cuando me decías “pastelito” —dijo sonriendo.

—Hernán…

—Te contesto: me enteré de que estaban en El Quinto Infierno y quise pasar a verlos y pedirles disculpas por mi lamentable actitud.

No dejaba de asombrarme con cada palabra que decía.

—¿Pero vos no estabas en New York?

—Sí, pero ni bien mamá me avisó lo de la abuela me tomé el primer vuelo con destino a Montevideo. Por suerte ella está mejor…

—¿En serio?

—Sí. Fue un derrame muy leve y prácticamente no la afectó en nada. La vi unos momentos ayer… Me pidió un espejo, un labial, y un pedazo de pizza con muzzarella.

—Entonces está bien… No sabés cuánto me alegro.

—Sí, yo también. Y bueno, eso es todo…

—¿Quién te dijo que estábamos acá?

—Mi vieja. Y a ella se lo dijo la madre de Santiago… Ni mi primo ni Ana me

lo comentaron y entiendo el motivo: siempre fui la manzana de la discordia y querían evitarme y evitarles un mal momento…

Bueno, me cerraban muchas cosas con esa revelación. Por ejemplo por

qué Ana no quería que la acompañáramos a Montevideo. Seguro que sabía que

Hernán llegaría de un momento a otro y quería que no nos cruzáramos.

—Y ahora ibas para El Quinto Infierno a pedirnos perdón.

—Así es. Pero antes comprá lo que necesites en la farmacia que aquí te

espero.

Estábamos en la puerta y no me había percatado; así de anonadada me

tenía.

Bajé del coche y me preparé mentalmente para el trago amargo que me

esperaba. Por suerte no había nadie más que la dependienta y yo.

—Buenos días. Necesito un test de embarazo —susurré a la chica.

Ella sonrió.

—Tenemos varios. Mirá, te muestro…

Y comenzó a desplegar cajitas por encima del mostrador.

En ese momento se abrió la puerta y entró un cliente. ¡Mierda! Me di

cuenta que observaba con interés las cajas de los test.

Me puse colorada como un tomate.

—Atendé al señor —le dije a la vendedora, con la esperanza de que el

tipo se fuera y yo pudiese hacerle las preguntas que quería, sin espectadores.

—No, señorita. Yo no tengo apuro…

Los calores me subían y me bajaban, y las náuseas comenzaron a

molestarme otra vez. Incapaz de decidir nada, permanecía con una caja en cada

mano, los ojos llenos de lágrimas, y una turbación que era más que visible.

Y vaya si lo era… La puerta se volvió a abrir a mis espaldas y yo me volví con la esperanza de que el hombre se hubiese ido, pero no.

Con un nudo en la garganta y el corazón latiendo a mil, me encontré cara

a cara con Hernán.
—¿Qué te pasa? —me preguntó preocupado—. ¿Estás enferma?
Y de pronto lo vio. Yo cerré los ojos…
—Vamos a llevar este —dijo él, eligiendo una de las cajas. Y luego pagó en efectivo, me tomó de la mano y nos fuimos.
A las tres cuadras me hizo la primera pregunta:
—¿Te sentís mejor?
Asentí.
—Sí, gracias.
—Era muy evidente aun a través del vidrio que algo te pasaba.
Perdoname si te incomodé al entrar…
—No es nada.
—Supongo que soy la última persona a la que planeabas decirle esto.
¿Ellos lo saben ya?
Negué con la cabeza.
—Querés asegurarte antes de decirles.
—Así es.
No dijo nada hasta que llegamos a la chacra.
—Espero que resulte lo que deseás, Vero. Y no tengas miedo que de mi boca no va a salir…
—Te lo agradezco mucho. De verdad…
Me tendió la mano, y yo titubeé un segundo antes de apretársela.
—Hacelo cuando estés lista. Y si necesitás hablar con alguien, sabés que vos y yo supimos ser buenos amigos antes de que yo lo estropeara.
—Lo sé.
Me besó la mano, y luego oprimió el botón y cuando la China abrió entramos a El Quinto Infierno.
Yo iba rezando para que los chicos no estuviesen levantados, y creo que Dios me escuchó, porque cuando entramos solo estaba la China.

—¿Y este? ¿Qué hace acá, Dios bendito?

—China, tranquilízate —le pedí al tiempo que colgaba la bolsa de la farmacia en el perchero de la entrada.

—¡Un carajo me voy a calmar! ¿De dónde lo sacaste?

Hernán rió con desenfado y le besó la mejilla.

—¡De la farmacia! Hay muchos como yo en los estantes. ¿Cómo estás, China?

—Al borde del infarto, pibe. Ay, Dios… ¿Anita sabe? ¿Y Tincho?

—No, pero supongo que vos se lo vas a decir ahora mismo.

—¡Podés apostar que así será!

De inmediato marcó y llamó a Ana.

—¡Rubia! ¿Sabés quien está sentado en el sillón del Tincho en este momento? ¡El Hernán! Sí… ¡Qué sé yo! Con la Vero, acá… Bueno, te paso con ella. Dale, dale…

Me pasó el teléfono como si quemara.

No hablé ni dos minutos con Ana. De mi lado eran todo monosílabos, por supuesto. Del suyo no.

Primero puteó en colores. Parece que estaba Mercedes junto a ella, y pude escuchar como la increpaba por haber dejado a Hernán salirse con la suya.

Finalmente me pidió que tuviese paciencia, que la abuela Martha estaba muy demandante y que mañana a primera hora estarían en El Quinto Infierno para poner orden si era necesario.

—No te preocupes, Ana. Voy a hablar con los chicos y estoy segura de que tendremos la fiesta en paz.—le dije antes de despedirme y colgar.

Y ni bien terminé de hacerlo, vi que Santiago bajaba las escaleras.

Su cara lo decía todo… Fiel a lo que le había prometido a Ana, lo atajé.

—Antes de que digas una palabra, te cuento que vino a Uruguay por su abuela, y a El Quinto Infierno a pedirnos disculpas a los tres.

Santiago inspiró profundo y se cruzó de brazos. Parecía tomarse todo con demasiada calma.

—¿Ana y Tincho saben?

—Recién se enteraron. Mañana estarían por acá y nos piden que tratemos de…

—¿De impedir que Iván lo corte en pedacitos y se lo tire a los perros?—preguntó sarcástico.

Hernán suspiró.

—Vení, Santiago. Sentate… No le temo a Iván. Tampoco te tengo miedo a vos, porque vine con el corazón en la mano a pedirles perdón. Toqué fondo, lo confieso. Y cuando me enteré de que estaban acá me pareció oportuno dar la cara y decirles con toda sinceridad que lo siento mucho. Una vez más me porté como un idiota…—dijo tendiéndole la mano, pero Santiago la ignoró.

Tragó saliva, me miró y luego sin decir palabra volvió a subir.

Momentos después regresó y se sentó frente a Hernán.

—No sé si esto es uno de tus truquitos. Lo que sí sé es que trates de no provocar a Iván porque no se lo va a tomar como yo.

Fue nombrarlo, e Iván hizo su aparición estelar.

Todo resultó tan tenso, tan extraño. Contener a Iván, y las ganas de subir a hacerme el test me resultaron demasiado complicados, así que en un momento los dejé en la sala y subí con la excusa de darme una ducha.

Y aquí estoy… Sentada en el inodoro, con el palito en la mano que me tiembla sin parar. Seguro que me la voy a mear.

Suelto el chorro, y después de asegurarme de que se mojó lo que se tiene que mojar, apoyo el test sobre la mesada del baño. Cierro los ojos e intento no pensar en nada, no suponer nada…

Y cuando dos minutos después los abro, me entero de que de una forma u otra, mi vida va a cambiar para siempre.

Ellos

Jamás hubiese imaginado que Hernán regresaría a su vida y mucho

menos como su confidente, pero las circunstancias hicieron que eso sucediera.

No habían vuelto a ser amigos ni lo serían nunca, pero necesitaba un paño de lágrimas.

Sobre todo cuando aparecieron las dos temidas rayitas en el test.

Era oficial, estaba embarazada.

Se quedó mirando la pequeña barra de cartón con los ojos llenos de

lágrimas por eternos segundos, sin poder creer que su peor pesadilla había hecho

realidad.

Una realidad de mierda por donde se viera, pero era su realidad

imposible de ignorar. Por unos momentos se sintió tentada a hacerlo… Hacer como que no pasaba nada y olvidarlo. Una reacción infantil que duró muy poco.

Se abrumó tanto que por un buen rato no se pudo mover.

Con ambas manos sobre la mesada del baño se miró al espejo. Tenía la

frente perlada de sudor, pero tenía frío, mucho frío.

El estómago se le dio vuelta y vomitó en la pileta sin poder controlarse.

Eso fue lo que rompió el dique de las lágrimas… Lloró sentada en el suelo, abrazando sus rodillas, completamente desolada.

Mil pensamientos se le cruzaban por la cabeza y se arremolinaban.

“Dios Santo esto no puede estar pasando… ¡Jamás olvidé una sola

píldora! O al menos eso creo… A ver. La gripe… ¿Puede la gripe invalidar el

efecto de las hormonas? ¿Puede ser posible algo así? ¡Mierda, mierda, mierda!

¿Qué más da? ¡El daño está hecho… ¿Qué voy a hacer? ¿Qué carajo voy a

hacer?”

Hundió los dedos en su cabello, desesperada.

“¿Cómo les voy a decir a ellos? ¿Y a los demás? ¡Mi madre se va a

morir! ¡Mi padre me va a matar! Dios… No tengo edad para ser madre. Que

me

vea de veinticinco no significa que los tenga. ¡Y me acuesto con dos tipos, carajo! ¡Ni siquiera sé de quién sería!"

Eso último la torturaba. Sabía que había posibilidades de que fuera de

cualquiera de los dos, porque Iván había revertido la vasectomía con éxito. No tenía idea de qué pensaban ellos sobre tener hijos porque habían estado demasiado ocupados viviendo, y no lo habían hablado.

Cierto que Iván había manifestado su interés de ser padre con Vanessa,

pero no sabía si mantenía ese interés. Y sobre Santiago… sencillamente no lo sabía.

En el caso de que ambos se mostraran receptivos, tal vez hubiese una luz

al final del túnel, pero…. ¿qué pasaría si uno quería y el otro no?

¡No iba a perder la relación que tanto les estaba costando mantener por algo que no estaba en sus planes! Además, cuando se supiera de quién era el niño (seguramente tendría que someterlo a un examen de ADN) ¿qué pasaría?

¿Tendría que tener un segundo bebé para complacer al otro? Porque si de algo no

tenía dudas era que cualquier ser humano tiene un derecho inalienable: la identidad. No se la negaría jamás a nadie, y menos a un hijo. Ella no haría lo mismo que sus padres…

Estaba realmente preocupada. ¡Nunca había siquiera fantaseado con la

idea de ser madre!

Se puso de pie, y se lavó la cara. Estaba tan desorientada cuando salió de

la habitación, que no vio a Hernán y se lo llevó por delante.

—¿Lo hiciste?

Ella pestañeó. Ese chico no andaba con rodeos… La agarró desprevenida

y con ganas de contarle a alguien su desventura.

—Positivo —le dijo secándose los ojos con el dorso de la mano.

Hernán respiró profundó y luego la abrazó.

—Tranquila—murmuró sobre su cabello.

Y así fue como la encontraron Iván y Santiago segundos después cuando

salieron de la habitación: en los brazos de Hernán.

Verónica se apartó, nerviosa.

—Vaya, vaya…. Qué linda escena —dijo Iván, irónico.

Santiago no se quedó atrás.

—¿Felices los cuatro? —dijo cruzándose de brazos.

Ella levantó la mirada, desafiante.

—Lo mismo te pregunto yo, con respecto a tu amiguita la colorada.

Hernán levantó una ceja.

—¿Me perdí de algo? —preguntó.

La mirada de Iván fue fulminante.

—Cerrá la boca porque te la parto de una piña.

Y ahí fue que empezaron a discutir los tres. Bueno, más bien discutían dos, Santiago intentaba calmar los ánimos y Verónica observaba la escena con cara de pánico.

Tal era el escándalo, que enseguida la China apareció por la escalera.

—¿Qué mierda pasa acá?

La mujer tenía el suficiente aplomo como para callarlos a todos, pero

como si eso no fuese suficiente, detrás de ella apareció Camila.

El silencio. La expresión de culpabilidad de todos. La incomodidad…

—¿No contestan, ché? —insistió la China con los brazos en jarra—.

Estamos recibiendo visitas con este escandalete… ¡Qué vergüenza, la puta

madre!

Santiago tragó saliva e intentó calmarla.

—China, no pasa nada. Vos sabés que estos dos no pueden respirar el

mismo aire sin pelearse… Pero está todo bien—dijo en tono conciliador. Y luego

saludó a la pelirroja—. Hola, Camila.

La muchacha sonrió forzadamente.

—Hola. No sabía que había… alguien más.

Hernán no dudó en presentarse.

—Mucho gusto, Camila. Soy Hernán, el primo del dueño de casa.

Ella lo saludó con una inclinación de cabeza lo que pareció complacer a la China, que resopló y luego los arreó a todos como si fuesen ganado.

—Vamos, vamos. Está pronto el almuerzo, criaturas del demonio. Me encontré con Cami en la puerta y la invité, así que espero que se dejen de pelear y no me hagan quedar mal con la chica ¿está claro?

Todos asintieron, y la siguieron en silencio.

Verónica, especialmente. Iba como quien va a morir al cadalso, agobiada por sus propios pensamientos y preocupaciones.

"¿Felices los cuatro? Ay, carajo. No quiero ni siquiera pensar en la posibilidad de ser cuatro. De ninguna forma, por Dios. Nosotros somos tres, y así deberíamos haber seguido… ¡Tres, no cuatro!" pensó mirándose la cara interna de una de sus muñecas, donde tenía tatuado el número "3".

Días atrás, cuando todo estaba mal entre ellos había evaluado la posibilidad de borrarlo o modificarlo. Estaba enojada… ¡furiosa, más bien! Con ella misma, con la mala suerte, con Iván y Santiago. ¡La habían embarazado y ahora estaría atada a una situación no planificada ni deseada!

No tenía trabajo, y en ese estado ya no lo conseguiría. Ni siquiera tenía un seguro de salud… Claro que tenía un médico a su disposición, pero eso no era nada sin u n hospital detrás.

Tampoco tenían dónde vivir, y las relaciones con su familia eran francamente tirantes. Se sentía sola y desesperada, así que se aferró a Hernán.

Cuando se sentaron a la mesa, lo miró suplicante, y él entendió.

Dejó de responder a las provocaciones de Iván, y también de llenarla de atenciones para no provocarlos a su vez.

Se concentró en darle una conversación agradable a Camila, y Verónica lo agradeció en silencio. Cualquier cosa que desviara la atención de ella misma, sería bienvenida.

Santiago intentó luchar contra su malhumor por la escena que presenció entre Hernán y Verónica, y también por la presencia de Camila.

Fue cordial y amistoso. Iván, todo lo contrario… Permaneció en un hosco silencio que solo interrumpía para lanzar dardos envenenados en forma de ironías poco sutiles.

Cuando Camila le preguntó a Hernán a qué se dedicaba en New York, fue Iván el que respondió.

—A manipular gente se dedica. A eso, y a romper las pelotas y arruinarle la vida a los demás.

Verónica apretó los labios, en una muda súplica para que Hernán no le replicara, y él asintió.

—Soy contador. Ahora vine unos días a ver a mi abuela que está enferma, pero tengo un contrato por tres años en la Price, y solo una semana de licencia.

—Y aprovechaste para venir a la chacra de tu primo a relajarte…— aventuró Camila, amable.

Pero Iván era implacable.

—A relajarse no. A complicarle la vida a todos los que pueda.

Hernán carraspeó y no le hizo caso.

—Sí, vine a relajarme. Pero mañana de mañana ya me voy —dijo con una sonrisa.

—Por fin una buena noticia—replicó Iván.

—Me parece que ustedes dos no se llevan bien—murmuró la joven haciendo una mueca—. Y sospecho que la manzana de la discordia es Vero… ¿o no?

La aludida levantó la cabeza y la miró directo a los ojos, pero nada dijo. ¿Para qué? Si para eso estaba Iván…

—Ya quisiera él…

—¿Ya quisiera qué?—preguntó Camila, curiosa.

—Morder esa manzana. Pero para Hernán, Vero es y será siempre un fruto prohibido porque es nuestra. Solo nuestra…

Silencio unos instantes, hasta que Camila lo rompió.

—¿Cómo que nuestra?

La China se levantó de la mesa y se fue puteando a la cocina. Se notaba que estaba furiosa, pero Iván ni siquiera lo notó.

—De Santiago y mía, por supuesto.

—Iván…—intervino Santiago, incómodo.

—¿Qué? Más vale dejarlo en claro. A este forro para que no se tome atribuciones que no le corresponden, y a tu amiga para que… Bueno, para lo mismo —declaró con total desparpajo—. Porque vos tenés claro que Santiago está con ella… ¿no?

Esto último fue dirigido a Camila que se lo quedó mirando.

—No entiendo… Pensé que ya no estaban juntos y que ahora estaba contigo —dijo más confundida que nunca.

Y Santiago creyó conveniente aclarárselo para impedir que Iván siguiera hurgando en la llaga y ella saliese más dañada.

—Camila, estamos los tres… juntos. Tenemos una relación de a tres.

—Exacto. Tres. Nunca cuatro, solo tres. Así que lo siento por los que tienen otras aspiraciones…—confirmó Iván, cruzándose de brazos, a todas luces satisfecho.

La muchacha se tapó la boca y ahogó una exclamación.

Hernán movió la cabeza desaprobando.

Verónica se puso de pie, pálida como un papel. Y un segundo después, ante los ojos de todos se desmayó.

Más Ellos

Fue solo un par de segundos.

Ni bien Santiago, que tenía los reflejos rápidos o estaba muy pendiente la atajó entre sus brazos, ella abrió los ojos.

—¿Estás bien?

Enseguida todos la rodearon. Inclusive Hernán, que la apantallaba con una servilleta, aunque no era necesario.

Verónica se incorporó en la silla e inspiró profundo.

—Estoy bien, pero me gustaría recostarme.

—Esto no me gusta nada—señaló Iván preocupado. Y acto seguido se dirigió a Santiago como si por su condición de médico fuese el responsable de todo—. Flaco, ¿qué está pasando?

Santi movió la cabeza.

—No tengo idea, pero lo vamos a saber. Lo mejor es que te llevemos al hospital de Rocha para que te hagan un chequeo general…

—¡No!—protestó ella—. Tengo un ataque al hígado fenomenal, gentileza de los huevos fritos de la China. ¿Te acordás que ya me pasó la otra vez por ese mismo motivo?

La mujer que justo entraba al comedor la increpó airadamente.

—¡Todo yo! ¡Siempre tengo la culpa de todo lo malo que pasa! Te ofrecí remedios y un té de yuyos y no quisiste, chiquita. ¿Sabés lo que te pasa a vos, querida? Estás…—Vero contuvo la respiración. “Que no lo diga, por favor, que no lo diga”.

—…¡Estás estresada! ¡Eso es! Además comés muy poquito. Creo que esos dos huevos fritos que te hice fue lo más contundente que te he visto llevarte a la boca.

Iván soltó la carcajada.

—Bueno, yo la he visto con un par de bocados bastante más contundentes…

Pero nadie rió. Estaban todos con un ánimo sombrío.

—Ché, qué mala onda… Vamos, que Vero está bien ¿no es cierto, belleza?

La aludida asintió enérgicamente.

—Por supuesto que estoy bien.

—¿Vieron? Ahora que quedó todo más claro, cambien la cara por favor. Especialmente vos, Camila —le dijo Iván a la muchacha que lo miró como para matarlo.

—Lo que voy a hacer es retirarme—declaró justo antes de ponerse de pie y comenzar a caminar, sin saludar a nadie.

La China fue la única que hizo el intento de retenerla.

—¡Cami! ¡No te vayas! Vos sos la única que puede reformar a estos degenerados…¡Doña Rosario te va a adorar, criatura!

Pero ella no hizo otra cosa que dirigirle a Santiago una mirada cargada de reproches y se marchó.

—¡No tienen perdón! Me espantaron a la candidata. De estos dos abollados no me extraña, pero de vos, Santi… Le diste alas a la chica y…

Pero éste la interrumpió con firmeza.

—Yo no le di alas a nadie. Ella se entusiasmó, pero desde el momento en que la conocí le dije que estaba enamorado de Verónica. Vos te empeñaste en emparejarnos, China. A mí solo me interesaba como amiga…

—¡Enamorado! Ustedes tres lo que tienen es una calentura fuera de toda lógica. Lo único que falta es que se les sume el pibe a la orgía y esto se transforme en un antro—dijo disgustada, y luego se encerró en la cocina.

Hernán no pudo contener la risa.

—En fin… Iván, yo tengo más que claro que Vero está con ustedes dos, así que tranquilizate. Somos amigos, o al menos yo la quiero como tal. Y por eso la voy a invitar a caminar para bajar la comida y que se airee un poco… Ahora,

si no tiene permitido tener amigos…

—A mí nadie me permite o me deja de permitir nada, Hernán—enfatizó

Verónica decidida—. Así que voy a aceptar tu ofrecimiento: salgamos a caminar.

Iván se levantó, exaltado. Parecía que iba a soltar una catarata de

improperios, pero bastó que Santiago pronunciara su nombre para que se limitara

a mirarlos con furia y subiera a su habitación.

—Salgan tranquilos que yo me encargo de ayudar a la China. Creo que

somos lo suficientemente civilizados como para comportarnos hasta mañana —

dijo Santiago con calma—. Pero solo hasta mañana, Hernán. Si no te vas vos, nos vamos nosotros porque en esta casa no podemos estar los cuatro, ni felices ni

infelices. Simplemente no podemos estar.

Hernán hizo un además a Verónica para que pasara y luego le respondió a

Santiago.

—Te aseguro que mañana me voy—le dijo. De inmediato abrió la puerta

mosquitero y salió junto a Vero.

Se fueron rumbo a la laguna. Al principio no hablaron… Observaron la

belleza del paisaje. Como había un poco de viento, el largo cabello de Verónica

se arremolinaba en torno a ella.

—Ni rubia ni morocha. El castaño claro te queda muy bien—la halagó

Hernán.

—Gracias.

—Vero, espero que me perdones por lo que te hice. Tengo tu anillo

siempre conmigo para recordarme las cosas malas que podemos hacer cuando no

es el verdadero amor lo que nos mueve… Y quiero recordártelo a vos ahora, porque esta locura en la que estás metida es de las buenas porque fue el amor que la originó.

—Muy poético, Hernán, pero lo que causó esto fue una falla en un anticonceptivo. Y sí, puedo decir que te perdoné en el instante en que dejé tu apartamento…

—Ahora yo te doy las gracias. Pero volvamos a lo otro… Estoy seguro de que vas a ser una buena madre. ¡Tenés una vida ahí dentro!

—Sí, pero no sé cuál de los dos es el padre.

—¿Y eso qué importa? ¿Vos te pensás que ellos van a querer saber a toda costa? No, Vero. Lo van a criar como si fuese de ambos. El modelo de familia ha cambiado mucho… A nadie le va a llamar la atención.

—Vos venís del primer mundo y allá es distinto. Pero por estos lares lo que hacemos no está bien visto.

—¿Y se piensan quedar por acá?

—No lo sé. En este momento no sé ni dónde estoy parada… No tengo casa, ni trabajo, ni una familia que me respalde. Lo único que tengo es un embarazo no planificado y tampoco deseado, Hernán. Nunca me planteé el ser madre y menos en estas circunstancias.

—La vida te da sorpresas y hay que enfrentarlas. Me imagino que no se te cruza por la mente abortar…

Verónica se detuvo y lo miró.

—Sí, se me pasa por la mente abortar.

—No puedo creerlo… Es una vida creciendo en tu vientre. ¿Serías capaz?

Ella suspiró.

—No tengo idea. Pero es una posibilidad.

—Pensá en la criatura, un bebito precioso que…

—Eso no me ayuda, Hernán. En realidad prefiero seguir pensando en un embrión…

—Verónica, vos sos creyente…

—No sé si creo o solo tengo una formación católica. Pero esa no es la cuestión sino el hecho de que yo me cuidé como corresponde, fui responsable

e

igual me embaracé. No quiero tener hijos, no me veo como madre. Vivo con dos

hombres porque los amo, y quiero seguir así. Jamás hablé con ellos de estos temas, di por sentado que querían lo mismo que yo, y ahora no sé cómo van a

reaccionar cuando se los diga. Y mi única certeza actualmente es que si esto sigue adelante, será sabiendo quien es el padre.

—¿Por qué? ¿Vas a dejar afuera al que no lo sea?

—Jamás voy a renunciar a ninguno de los dos—afirmó, categórica—.

Pero creo que todos tenemos derecho a conocer nuestra identidad, y no sé qué puede pasar con el que no confirme su paternidad… Me asusta la posibilidad de

tener que darle un hijo también. ¡Porque no quiero, Hernán! ¡No fui hecha para

la maternidad!

No pudo contenerse y se puso a llorar. Hernán aguantó las ganas de

abrazarla, y solo se limitó a pasarle un dedo por las mejillas.

—Vamos, Blondie… Ellos no son competitivos. No te pedirían otro

bebé…

—Sí lo son. No sé si competitivos pero a veces se muestran celosos…

Tal vez no dentro de la cama, pero sí fuera de ella, con el tiempo que paso con

cada uno. Tal vez un niño aumente ese tipo de desencuentros y no quiero.

Priorizo nuestra relación por encima de todo….

—Tenés que estar tranquila, que no le hace bien a la criatura…

—¡No me importa lo que sienta el embrión sino lo que sintamos Santi,

Iván y yo! ¡Nosotros existimos, tenemos emociones! Ay, Hernán… No sé que voy a hacer.

—Sin duda hablar con ellos lo antes posible. Seguro que te van a apoyar y van a ser felices los… cuatro.

—¿Felices los cuatro? ¿Es un chiste?

—Perdón… Pero es en serio lo que te digo: hablá con ellos—le sugirió

Hernán apretándole la mano.

Ella asintió. No tenía opciones…

—Lo voy a hacer…. Esta noche.

Y eso intentó.

Cuando se fueron a la cama fue de a tres. Estaba claro que Santiago e Iván habían limado sus asperezas… Nada mejor que un enemigo en común para

hacerlo, y en ese sentido la presencia de Hernán obró el milagro: ambos se unieron para mantenerlo apartado de Verónica hasta que se marchara al día siguiente.

Se retiraron temprano, y no la dejaron sola ni un minuto. Ella parecía por

momentos nerviosa, por momentos pensativa.

Cuando la puerta de la habitación se cerró ella quiso hablar, pero la

insistente lengua de Iván dentro de su boca se lo impidió.

Después, las palabras que salieron de ella fueron entre jadeos, entre

suspiros, entre gemidos, y nada tenían que ver con lo que había planeado comunicarles.

Entre los brazos de sus dos hombres, Verónica se olvidó de todo. Se

despojó de sus preocupaciones junto con la ropa, y esa noche se dedicó a gozar.

A pleno.

Definitivamente Ellos

Arremetieron con todo. Impiadosos, calientes, descontrolados.

Como si lo hubiesen acordado previamente no hubo palabras al principio,

solo manos y lengua por todos lados. Le arrancaron la ropa sin vacilaciones, como animales hambrientos de piel.

No hubo besos tiernos ni intentos de seducción; ellos sabían lo que

querían, lo que necesitaban, y lo reclamaron apremiantes.

Verónica se transformó en fuego. Se le fueron las preocupaciones, las

inhibiciones, los rencores. Se arremolinaron en el suelo junto a su ropa que fue

cayendo prenda tras prenda hasta que solo quedó ella y su largo cabello enmarañado de tantas caricias.

Con el rostro vuelto hacia un lado para besar a Santiago que se aferraba a

sus tetas desde atrás, sintió cómo Iván descendía por su cuerpo dejando un rastro

húmedo que le erizó cada una de las terminaciones nerviosas.

Para cuando esa lengua llegó a su vulva, ella ya estaba desesperada. Con

ambas manos se aferró a su pelo y lo obligó a enterrar el rostro entre sus piernas.

Iván no se resistió ni un poco… Frotó su cara, lamió, mordisqueó y

olfateó. Le separó los muslos y con los pulgares le abrió los labios hasta dejar el clítoris descubierto. Sonrió satisfecho cuando lo halló, y succionó hasta volverla loca. Pero no la dejó acabar…

Se incorporó de golpe, y con ella en el medio cercada por esos cuerpos

enormes y con la ropa puesta todavía, tomó a Santiago de la nuca y lo besó.

Por un momento éste se tensó. Un leve resistencia y luego la aceptación.

Los gemidos de Verónica aumentaron en el morbo pero como si no fuese

suficiente, ella unió su lengua desde abajo, de forma que ese beso los incluyó a los tres.

Eso era la gloria… Loca de deseo, desprendió la camisa y los vaqueros

de Iván.

Cuando él le mordió el cuello, ya no pudo soportarlo más.

—Sacate todo.

Y mientras él lo hacía, le ordenó lo mismo a Santiago. En pocos

segundos se encontraron los tres desnudos en la cama. Ella en el medio de los cuerpos que presionaban, entregada a las manos y a las bocas que la

transportaban al paraíso.

Atrás quedaron las dudas, los resquemores. Los miedos, las

preocupaciones, los rencores… La competencia, la pulseada inútil e

inconducente que los había separado.

Verónica se encontró por fin en paz, con la certeza absoluta de que ese era su lugar. Allí estaba su hogar; las paredes de su casa serían siempre esos dos cuerpos pegados al suyo. Se sintió segura, protegida…

Una apremiante necesidad de estar más cerca aún fue la que la llevó a pedirles que la penetraran.

—Por favor… No me hagan desesperar.

—¿Qué querés? —preguntó Santiago jadeando sobre su boca—. Pedilo.

—Que me la metan.

—¿Por dónde?

—Por todos lados.

Y con esas palabras dio comienzo la locura.

Perfectamente sincronizados, los dos se abocaron a la tarea de preparar a Verónica para poder darle lo que pedía y que ellos también anhelaban.

A fuerza de dedos y lengua dilataron y lubricaron las cavidades del cuerpo de esa mujer que prometía llevarlos al paraíso del placer.

Y después se la metieron. Primero la cogieron por turnos, breves e intensos, sin pausa alguna. En cuatro patas sobre la cama, Iván la embestía con movimientos frenéticos y fuerza descomunal, y cuando sentía que su eyaculación era inminente le retiraba el pene de golpe y le dejaba el lugar a Santiago que hacía otro tanto.

Verónica permanecía totalmente expuesta, con el rostro semienterrado en la almohada para poder sofocar los gritos que pugnaban por escaparse de su garganta.

Uno y otro fueron alternándose para penetrarla con ritmo e intensidad creciente, en lapsos cada vez más breves porque les resultaba complicado contenerse.

Ellos no acabaron, pero Verónica sí. Varias veces.

Las lágrimas le empapaban las mejillas cuando la dieron vuelta para abordarla de frente. Santiago se inclinó y las lamió una a una… Pero fue breve el momento romántico porque de inmediato puso ambas rodillas en la cama junto a la cabeza de la joven, y le metió la verga en la boca.

Ella se abocó a la tarea de darle placer de esa forma mientas Santiago gemía y se la ofrecía a su amigo elevando sus piernas abiertas.

—Dale vos.

—Con la boca, porque si se la pongo acabo.

—Como quieras.

Totalmente desinhibido, Iván lamió el ano, los labios vaginales y el clítoris de Verónica hasta que ella gritó su orgasmo contra los huevos de Santiago.

—Eso, belleza… El placer más grande es verte gozar.

Cuando ella logró hablar, casi los vuelve locos.

—Por favor… Uno adelante y otro atrás, como antes… Los necesito ya.

No se hicieron rogar, por supuesto. En cuestión de segundos Santiago se acostó en la cama con ella a horcajadas en una penetración tan profunda que la dejó sin aire, al tiempo que Iván se abría paso en su culo lubricado por la saliva pero con una dilatación insuficiente para tolerar una erección tan grande.

Le metió los dedos primero, con ella firmemente ensartada en el pene de Santiago pero sin moverse ni un poco. Es que él le advirtió que se quedara quieta porque no se iba a poder aguantar.

Y cuando Iván logró introducirse por completo, los tres comenzaron a moverse. Era tan grande el placer que sentían que los gemidos se fueron elevando en tono y frecuencia, tanto así que temieron que la China o Hernán pudiesen escucharlos.

Iván vagamente se dio cuenta de que eso no estaba del todo bien, así que hundió su cara en la nuca de Verónica y también le tapó la boca con la mano.

—Shhh, mi amor…

—No puedo… —replicó ella jadeando.

—Escucharte nos está destruyendo el puto autocontrol—murmuró Santiago con los dientes apretados.

—¿Solo escucharme? —preguntó ella inclinándose hasta casi rozarle los labios.

—Escucharte y sentir esa concha apretándome la pija. Estás a punto de ordeñarme hasta la vida…

Mareada de deseo oprimió sus músculos internos adrede. Le encantaba

disfrutarlo y torturarlos. Ellos se dieron cuenta e intercambiaron una mirada cómplice. Dos segundos después estaban afuera y volvían a ponerla boca arriba,

de espaldas en la cama.

Ese pequeños descanso les dio un poco de tregua. La miraron jadeantes,

regodeándose con la desnudez de Verónica.

Iván se situó con las piernas abiertas a la altura del pecho de la joven, y

le exhibió el pene frente a su rostro, bajando y subiendo el prepucio.

—Espero que tu truquito no haya tenido la intención de apurar la cosa…

Acá hay aguante para rato, así que abrí…

Ella se apresuró a obedecer y mientras Iván le llenaba la boca de carne húmeda y palpitante, Santiago hacía lo mismo con su vagina.

Verónica no podía verlo, pero podía sentir toda la fuerza de su pelvis impactando contra la suya, y la dureza del enorme pene en su interior.

No lo hizo a propósito; el orgasmo fue tan intenso que convulsionó varias

veces, retorciéndose de placer. Y ese placer se encadenó al de ellos, que no pudieron contenerse más y eyacularon al mismo tiempo.

Santiago le llenó la vagina de semen, e Iván la boca primero y cuando ella la tuvo que cerrar para poder tragar, la barbilla y el cuello también.

Por unos segundos no hicieron otra cosa que gemir deleitados. Ella

aprovechó ese momento de relax de una forma que luego además de deleitados,

quedaron confusos y hasta algo avergonzados.

Con las dos manos en los muslos de Iván lo hizo deslizarse por su cuerpo

hacia abajo. Lo pilló desprevenido, por supuesto, así que cuando en un rápido movimiento lo obligó a besarla él no atinó a nada, y terminó degustando su propio semen directamente de la boca de su mujer.

Y Santiago tampoco atinó a nada… En pleno éxtasis post coital apenas se

dio cuenta de lo cerca que tenía el cuerpo de Iván. Cuando lo hizo se quedó paralizado… No estaba listo para salir de Verónica, pero tampoco para tener las

nalgas de su amigo impactando contra su bajo vientre, rozándole la verga aún

erecta.

Si bien no era la primera vez que estaban en estrecho contacto, se sintió

algo turbado y su primera reacción fue apartarse un poco. Iván tampoco se sintió

cómodo así que desmontó a Verónica pero sin dejar de besarla… Al parecer, beberse su propio semen no le estaba resultando para nada chocante.

Lo que sucedió después, les confirmó a ambos que seguían siendo

marionetas, o simple arcilla en las manos de esa mujer. Y lo peor fue que les

encantó.

Verónica tomó el rostro de Iván y antes de que él pudiese reaccionar, lo

obligó a lamerle la vulva por la que se escurría la eyaculación de Santiago. De

buenas a primeras, Iván se encontró con el rostro sumergido en el semen de otro

hombre. No pudo ni quiso impedirlo; deslizó su lengua y luego tragó.

Santiago no daba crédito a lo que veía. Con una creciente erección se

acostó junto a Verónica a observar lo que hacía su amigo. Ella no desaprovechó

el momento y lo obligó a besarla. Por un segundo él hizo el intento de resistirse, pero fue en vano. Sentía la lengua de ella dentro de su boca, con el salado sabor

de la leche de Iván, y su pene no dejaba de crecer…

“¿Qué estoy haciendo?” se preguntó, confundido, pero no interrumpió el

beso. El viscoso fluido se deslizó por sus labios, por sus mejillas, y no experimentó asco alguno.

Y tampoco sintió repugnancia cuando Verónica hizo que Iván abandonara

su sexo para sumarse a ese beso.

De pronto se encontraron los tres con las lenguas entrelazadas,

saboreando sus fluidos sexuales como si fuese lo más normal del mundo hacerlo

sin resistencia alguna.

Los rostros empapados, pegajosos… Las bocas húmedas, hambrientas.

Una unión tan perfecta que parecía sobrenatural.

Tres cuerpos hechos un lío sobre sábanas mojadas, devorándose mutuamente, en el más estrecho contacto que se pueda imaginar.

Y fue así que se quedaron dormidos… Verónica de costado, con el rostro de Iván contra su cuello, y una pierna de Santiago en el medio de las suyas.

Juntos, más unidos que nunca.

Tres… Como nunca debió dejar de ser.

Solo que en ese momento eran cuatro… Claro que no todos lo sabían, y no fue hasta la mañana siguiente que Verónica retomó el contacto con la realidad, y se vio obligada a asumir esa verdad que la agobiaba pero tenía que revelar sin tardanza. Y con todo el dolor del mundo, así lo hizo.

¿Felices los 4?

Despierto sobresaltada.

Me encuentro sola; ellos no están.

Me vuelvo sobre mí misma e inspiro profundo…. Por un momento creí que lo que vivimos anoche fue un sueño, pero el intenso olor a sexo que hay en esta habitación me confirma que fue real.

La cogida más desenfrenada, turbadora y caliente de mi vida fue real, fue anoche, fue en esta cama, fue con los dos hombres que amo.

Sonrío mientras recuerdo… Carajo, qué descontrol más exquisito. Qué conexión más perfecta. Qué placer más sublime…

Una larga noche de sexo salvaje, con una pausa en el medio donde dormimos y recuperamos fuerzas. La segunda etapa no fue tan loca, pero cómo la disfruté. Hubo mucha ternura, risas sofocadas, peleas tontas, y más placer.

Me obligo a concentrarme en el presente, porque pensar en lo que hicimos hace que mi columna vertebral se estremezca y mi cuerpo reclame las atenciones de anoche. Claro que no tengo con quién…

¿Dónde estarán esos dos? El timbre de mi celular me saca de mi estado de ensoñación. La realidad me golpea con la fuerza de un cachetazo. Mi micromundo maravilloso tiene una fisura y es Hernán el que me la recuerda

en

un mensaje que me llena de amargura.

"Blondie, voy a camino a Montevideo. Me di cuenta de que tuviste una noche agitada así que no quise despertarte para despedirme. Además, Ana y Tincho están por llegar a El Quinto Infierno y no quisiera encontrármelos para salvar el pellejo. Sospecho que mi primo no debe estar muy contento por mi escapada a

su paraíso particular estando él ausente, así que mejor pongo los pies en polvorosa lo antes posible. Vero, fue un placer el reencuentro, sobre todo por la noticia hermosa que encerrás dentro de vos. Esa criatura te va a cambiar la vida, y a tus… novios también. No tengas miedo, decíles la verdad cuanto antes y comenzá a disfrutar de ese embarazo y de la nueva vida que se comienza a perfilar para los tres. Espero poder ser parte de alguna forma, porque espero que nuestra amistad no se corte por la distancia y el tiempo. ¡Ojalá sean muy felices los cuatro! Te deseo lo mejor. Hernán"

Este mensaje me devuelve a la realidad de una forma tan repentina que

me siento mareada. "¿Felices los cuatro? Sí, como no. Este pibe idealiza las cosas de una forma… Un niño no siempre trae soluciones y alegría. Sin ir más

lejos, fue un embrión el que hizo que nosotros tres termináramos, cuando Iván eligió a Vanessa ¿no? Incluso al propio Hernán una criatura le cambió la vida, y

lo atará por mucho tiempo a una pensión alimenticia para alguien que ni siquiera

lleva su sangre. ¡Qué locura! ¿Felices los cuatro? ¿En serio? No, no lo creo…"

Anoche me olvidé del enorme problema que tengo que enfrentar. El

deseo y el placer lo borraron por completo, pero fue algo momentáneo. Ahí está

ese enorme obstáculo que en realidad tiene el tamaño de la uña de mi meñique

pero un potencial de destrucción del tamaño de una casa.

Salto de la cama y me meto en la ducha. Me arden los pezones y cuando

el jabón entra en contacto con mi mucosa vaginal suelto un grito. Mierda, qué irritación. Esto de coger como animales tiene consecuencias… Vaya si las tendrá. Una de ellas está en mi útero ahora y no sé quién es el responsable… Sin

duda yo no lo soy, y no solo porque tomé la píldora correctamente sino porque

soy tan irresponsable que en ningún momento se me cruzó por la mente que los

malabarismos de ayer en la cama pudiesen afectar al…embrión. Ni siquiera me

acordé de que estaba ahí…

Me toco con la mano y luego observo. No hay sangre, no hay nada… Sin

duda sigue ahí y ahí se va a mantener.

Eso significa que tengo que encarar, que tengo que decirle a Iván y Santiago la verdad… La cuestión es que no sé cómo, pero quiero hacerlo antes

de que lleguen Ana y Tincho.

Me seco rápidamente y me pongo una bata. Mientras peino mi cabello

mojado escucho que se abre la puerta de la habitación.

—Belleza… El desayuno te espera.

Bueno, aquí están. Me anudo la bata y luego me inclino y tomo del

bajomesada el test de embarazo. Lo miro recelosa… Las dos rayitas siguen bien

marcadas y yo me siento morir.

De repente cae sobre mí el verdadero significado de lo que me está

pasando. Tengo dentro de mí algo que no deseaba. Ese algo es un potencial ser

humano. No sé cuál de los dos hombres con los que me acuesto lo engendró. No

tengo trabajo, ni casa. No quiero ser mamá. Y por sobre todas las cosas ¡no quiero perder a Iván y a Santiago! No quiero que se arruine nuestra relación por

este contratiempo… Las lágrimas se deslizan por mis mejillas y yo intento controlarme pero no puedo.

Desde el otro lado de la puerta del baño escucho que Santiago me llama.

—¿Vero?

Trago saliva, y me preparo para enfrentar la realidad y decirles a ellos lo

que está pasando. Ya no puedo fingir que no sucede. Tengo que contarles.

Ni bien salgo ellos se dan cuenta de que algo anda mal. Les basta con ver

mi rostro para hacerlo.

Avanzo como en trance hacia la cama. Sobre ella dejaron una bandeja

con el desayuno. Se me encoge el corazón por tener que arruinar este momento

que debió ser maravilloso después de nuestra reconciliación de anoche.

—Gracias por traerme el desayuno —murmuro con un hilo de voz.

Ellos me miran contrariados.

—¿Qué te pasa?

Inspiro profundo y cierro los ojos. Intento encontrar las palabras exactas pero no lo logro. No sé cómo decirles. Lágrimas de impotencia se deslizan por

mi cara…

—Belleza, me estás asustando…

Yo también estoy asustada. Como nunca lo estuve antes.

Abro y cierro la boca pero no me sale otra cosa que un sollozo ahogado.

Entonces desisto de hablar, y elijo mostrarles.

Abro mi mano y dejo sobre la cama el test de embarazo.

Por unos segundos el silencio es tan absoluto que creo que ninguno de

los tres está respirando. La atmósfera es extraña, parece un sueño pero no de los

lindos, sino una pesadilla.

El primero en decir algo es Iván.

—¿Qué es?

Antes de que pueda responder, se escucha la voz calmada de Santiago.

—Es un test de embarazo positivo.

Iván pestañea confuso, y luego da un paso al frente y levanta la varita de

la cama.

—¿Dos rayas es positivo? —pregunta frunciendo el ceño.

De nuevo Santiago se hace cargo de la respuesta.

—Así es.

A Iván se le ilumina el rostro, y luego me envuelve entre sus brazos.

Yo no puedo dejar de llorar.

—Vamos, belleza… No te pongas así.

Lo aparto con las dos manos y doy un paso atrás. Me molesta que parezca contento con algo que es evidente que a mí me aterra.

—¿Qué no me ponga cómo? ¿Vos creés que esto me hace feliz? ¡Tomé la píldora como corresponde e igual me pasó!

Iván frunce el ceño.

—Bueno, *nos* pasó ¿no?

Lo miro con rabia.

—“Nos” es mucha gente. Y es precisamente eso uno de los problemas. No tengo ni idea de quién de ustedes puede ser el padre.

Miro a Santiago que permanece impasible. No dice nada, solo nos mira.

—¿Y eso supone un problema? —pregunta Iván con una calma que me enerva.

—¿Y a vos qué te parece? —replico, irónica—. El problema principal es haber concebido, pero el no saber cual de ustedes es el que lo engendró no es un asunto menor.

—Vero… Eso no cambiaría nada.. —comienza a decir Iván, pero yo lo detengo con una mano y les doy la espalda, pues no quiero que vean lo vulnerable que me encuentro.

—No quise que esto pasara… Y no sé cómo lo voy a solucionar— murmuro con voz ahogada.

Entonces Santiago interviene por primera vez.

—¿De cuánto estás?

Trago saliva.

—Supongo que de unas tres semanas, o un poco más—le digo al tiempo que me doy vuelta y lo miro—. Todavía estoy a tiempo para…

No puedo terminar siquiera de decirlo, y eso me perturba aún más.

Pero ellos interpretan perfectamente lo que quiero expresar.

—Vero, lo vamos a afrontar juntos. Después vemos si averiguamos quien

es el padre, o si cuando crezca se lo decimos… Podemos hacerlo juntos los tres,

no tengas miedo—me dice Iván con ternura.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—No puedo creerlo… Justo vos me decís que podemos hacerlo… Si mal

no recuerdo rompiste nuestra relación cuando Vanessa estaba embarazada porque creías que criar un niño era incompatible con nuestro estilo de vida.

Touché.

Por su expresión me doy cuenta de que pegué en el sitio justo, pero se recupera rápidamente.

—Muchas cosas pasaron desde ese momento y ya no pienso así. No veo

ningún impedimento para seguir adelante con nuestra relación de a tres, y con el

hecho de ser padres…

—Iván, tengo miedos que van más allá de criar a un niño con dos papás.

Yo no quería ser madre pero si lo fuera no podría negarle a mi hijo su derecho a

la identidad. Cuando sepa cuál de los dos es el padre, ¿qué va a pasar con el que

no lo es? ¿Se sentirá excluido? ¿Querrá su oportunidad de hacerme otro hijo con

su sangre? ¡No te das cuenta de que esto podría arruinarnos!

Iván me mira espantado, entonces yo vuelvo mi rostro hacia Santiago en

busca de ayuda.

—¿Santi?

Él se sienta en la cama y recoge el test que Iván dejó hace instantes allí.

—Tenés treinta y siete años y tal vez esta sea tu última oportunidad de ser madre. Sé que estamos involucrados, pero la decisión no deja de ser tuya…

Es tu cuerpo. Son tus deseos. Pensá bien qué querés hacer, que te vamos a

apoyar y a acompañar en todo, ¿no es cierto, Iván?

Éste lo mira confundido.

—¿Incluso si quiere abortar?

Santiago asiente.

—¿Pero eso no es riesgoso para ella?

—No, no lo es en esta etapa. Acá en Uruguay el aborto es legal y seguro.

Yo permanezco inmóvil y callada.

Iván suspira…

—Lo principal sos vos, belleza. No podría vivir sin vos, y sin verte feliz.

Lo que vos quieras, eso se va hacer, pero tenés que saber que nada de lo que pase

podrá arruinarnos.

Me acerco y lo tomo de la mano.

—Nunca lo hablamos, pero me acabo de dar cuenta de que vos tenés

ganas de…

Iván se suelta de mi agarre, y me enmarca el rostro con ambas manos.

—Yo tengo ganas de vos y de todo lo provenga de vos y te haga feliz. No

quiero que te prives de algo por miedo a no poder afrontarlo. No quiero que te

arrepientas de la decisión que tomes, y que te atormentes toda la vida… Creo que es más fácil arrepentirse de un aborto que de tener un hijo y por eso necesito que sepas que si decidís tenerlo vamos a estar juntos en esto.

Me emocionan sus palabras, y también las de Santiago.

—Absolutamente. Estamos juntos en esto los tres, o los cuatro. De una

forma u otra vamos a estar bien, pero quiero que sepas que tenés opciones. Claro

que a veces eso da más vértigo que no tenerlas… La cuestión, Vero, es que no te

podemos ayudar a decidir pero sí a afrontar las consecuencias de tus decisiones.

Me separo de Iván y caigo en los brazos de Santi.

—¿Vos querés tener un hijo?—le pregunto bajo mi cuenta y riesgo,

sabiendo que su respuesta puede definir la situación. Está claro que Iván quiere,

y también que yo no quiero. Santiago se da cuenta de lo definitoria de su respuesta, y quizá por eso la retrase.

Me mira a los ojos. Bucea unos instantes en los míos, nublados por las lágrimas. Y en ese momento me doy cuenta de que nunca voy a saber lo que realmente piensa, y que lo estoy metiendo en un compromiso terrible.

—La verdad que no quería. Pero puedo cambiar si así lo decidís. Porque

sos vos, mi amor. Porque te quiero más que a nada en este mundo. Porque no quiero perderte. Porque sé que esta relación te hace feliz… Y si algún día te

arrepentís de la decisión que tomes, acá vas a tener a dos payasos con los hombros listos para que puedas llorar en ellos.

La mano de Iván me acaricia el pelo, la mejilla. Y luego va a más y terminamos los tres en un estrecho abrazo.

Yo decido, esa es la realidad.

Pero no sé qué carajo voy a hacer.

Justo cuando siento que no puedo dilatar más la respuesta, me suena el

teléfono.

"— Le hablamos de Copa Airlines. Tenemos varios lugares en un vuelo que sale el próximo lunes desde Buenos Aires y queríamos saber si están interesados en abordarlo o prefieren esperar a encontrar cupo en el que sale de Montevideo".

Y es así como la decisión más importante queda relegada a un segundo

plano, y es otra la que tenemos que tomar ahora: ¿nos vamos o nos quedamos?

No importan las decisiones; seguro que en el futuro habrá que tomar

varias. Lo que sí importa es que estaremos los tres juntos en todas ellas.

O los cuatro.

Epílogo 2

Rocha, Uruguay, 28 de diciembre de 2017.

Queridas lectoras:

Es increíble cómo te puede cambiar la vida en tan poco tiempo…

Hace poco más de un año les escribía una carta con este mismo

comienzo. En ella les contaba sobre el inicio de una nueva vida en la hermosa Costa Rica.

¡Cuántas cosas han pasado desde entonces! Algunas buenas, otras

definitivamente malas. Este último año ha sido el más movido de todos, y es así

que me encuentro una vez más, relatándoles cómo son mis días ahora.

No tomamos ese vuelo, por supuesto. Iván y yo queríamos quedarnos y

no fue difícil convencer a Santi. El hombre se conforma con un poco de cielo y

mar azul, y acá de eso hay bastante.

Dejamos algunas cosas personales allá que la buenaza de Nadia, la dueña

del hotel donde vivíamos, nos va a enviar en breve.

Iván renunció por teléfono dejándola sin “el mejor chef del mundo” y

sumida en la desesperación, pero él con su desparpajo habitual supo arrancarle una carcajada cuando le dijo: “No puedo vivir sin mi novio. Y él no puede estar

sin su chica. Así que soy como el I.V.A. un valor agregado e imposible de zafar”

Santiago escribió una larga carta a sus empleadores con mil

explicaciones… No hacían falta, pero él es así de responsable y estructurado.

Seguro que no sale a su mamá.

No me explico cómo esa buena señora pudo ser maestra y secretaria en

un ministerio con ese desenfado que la caracteriza. Más bien parece la madre de Iván…

Como sea, me cayó bien Rosario y creo que yo también a ella. Con todo

lo que decía la China hasta le tenía un poco de miedo, lo confieso. Pero no… El

encuentro entre nosotras fue muy cálido.

Me dijo que era preciosa, y tildó a Iván de viejo verde. No sospechaba que yo era un año mayor que él… Quedó claro que no tenía idea de que yo no

era solo novia de Iván, y pensé que eso se mantendría así. Pero no… Santiago la

hizo sentar y le contó.

Por unos momentos la mujer pareció reflexionar sobre el asunto, y luego

habló:

“Pues bien. Recapitulando para ver si no entendí mal… Esta jovencita no

es la novia de Iván, sino de los dos. O sea, ustedes tres viven juntos, tienen relaciones sexuales, etcétera, etcétera, pero además tienen una relación afectiva.

Ajá. Es… raro, pero puede pasar. A mí me resultaba difícil vivir con un hombre,

así que supongo que con dos no debe ser nada sencillo, pero allá ustedes. Cada

uno que haga de su culo un pito. Yo lo que quiero es que mi hijo sea feliz, así

que si a ustedes no les molesta, a mí menos. Ahora, sobre el asunto de quedarse

acá unos meses hasta que se establezcan…”

Ahí cerré los ojos. Estaba segura que nos iba a echar a la calle, al menos

a Iván y a mí. Pero no… Rosario dijo algo muy distinto:

“En cuanto a eso, tengo que decirles que no ha podido ser más oportuno

ese pedido. Les digo que sí de mil amores porque yo me tengo que mudar a Punta del Este y no quería dejar la casa sola. Lo de la organización de fiestas va viento en popa, así que con mi… novio, alquilamos un pent-house en la

península. Claro que pueden quedarse todo el tiempo que deseen…”

Y fue así como el asunto habitacional se resolvió, al menos por ahora. Es

una preciosa casa frente al mar, muy cerca de dónde Santiago tenía con un socio

una escuela de surf. Tiene cuatro dormitorios y dos baños, y una vista de un

millón de dólares.

Además, queda solo a trescientos metros de la escuelita, porque Santiago

volvió a asociarse con Danilo y por ahora es eso lo que hará. Se queda sin un mango al devolverle el dinero de la venta, pero él es feliz con ese trabajo que es intenso en temporada, pero le permite descansar el resto del año. Además estamos cerca de Tincho, así que va a poder ayudarlo entrenar para el

sudamericano de surf que empieza en breve. Seguramente viajará con él a

Miami

y volverán con alguna medalla como la vez anterior.

Iván está buscando local. No quiere ser subordinado de nadie por lo que

piensa abrir un restaurante especializado en mariscos. Está complicado el encontrar el lugar ideal… Creo que va a terminar convirtiendo esta casa en el restaurante de sus sueños, pero yo no le doy ideas locas porque él no necesita estímulo para eso, sino más bien que lo paren.

Se lo ve más feliz que nunca, mientras se entrevista con proveedores,

decoradores… Me hace bien verlo así. Creo que está disfrutando el “mientras tanto” cosa que a mí me parece acertada.

No tiene apremios económicos porque cobra dividendos de empresas

familiares, así que tiene tiempo para volver a convertirse enel amo y señor de su

cocina. Un auténtico Master Chef 🏝

Todas las semanas me escribo con Hernán. Sé que a mis chicos eso los

supera, pero respetan mis decisiones. El “pastelito” me hizo daño en un momento pero también me contuvo y no solo una vez. No puedo olvidarme de

eso, y su amistad es algo que valoro y pienso conservar.

Ni siquiera Ana pone reparos a eso. Hernán es parte del pasado para ella,

y todo su esplendoroso presente gira en torno a Tincho. Y también a su trabajo

de guionista de sus propios libros que se están transformando en series de Netflix. Me muero por recomendárselas, pero no lo voy a hacer porque lo tengo

prohibido. Eso sí, cuando se encuentren con una llena de morbo y cosas raras, con diálogos complejos y picantes, y personajes femeninos con mucha fuerza,

tengan por seguro que eso es obra de mi amiga.

Bueno… ¿quieren saber sobre mí? ¿Quieren enterarse de mis planes?

¿Quieren saber si estoy dejando que la naturaleza obre en mí, o si decidí el no dejarme llevar por las circunstancias?

Sobre lo primero, les cuento que yo ni siquiera renuncié a mi trabajo: me

despidieron por mail. Me vino bien, y hasta recibí unos dólares como

liquidación

que fueron muy bienvenidos. ¡Basta de trabajos formales para mí por ahora! Tal

vez más adelante colabore con Iván, pero por ahora mis planes giran en torno a

la escritura. ¡Por fin me decidí! Voy a escribir un libro, algo que no tenga nada

que ver con la vida de mis amigas o mi propia vida. Para eso, deberé desechar el

seudónimo por el que me conocen, y dejar morir a Verónica L. Sauer para renacer con otro seudónimo y otra historia.

Sesenta días después de publicado este libro, mi perfil desaparecerá de

Facebook y solo quedará la página como forma de comunicación.

Si, queridas lectoras, las voy a tener que dejar, pero no del todo… Tal vez

reconozcan mi estilo en algún relato, y ojalá disfruten de la lectura. Espero haberles dejado una buena impresión con mis primeros intentos, y confío en poder hacerlo de nuevo en los próximos.

Ehhh… Ya sé. Quieren saber sobre “lo otro”. Quieren saber si vamos a

ser “felices los cuatro” como diría Maluma.

Bien, siento decirles que no les puedo contar. Eso es algo que decidí

mantener en reserva. No se trata de algo nimio, estamos hablando de decisiones

importantes que prefiero mantener en la intimidad.

Y es por eso que tampoco escribiré más sobre nosotros. ¡Se los prometí a

los chicos y también a mí misma! Basta de Verónica L. Sauer para siempre.

Hasta hicimos un pacto de sangre, pero no con sangre sino con otros fluidos…

Son unos cerdos esos dos.

Como les dije al principio, este es el adiós. No más “hasta pronto” sino

un definitivo adiós.

Quiero darles las gracias por todo lo que me dieron. Por comprar mis libros, por comentarlos, por sus consejos, sus palabras de aliento….

Me acompañaron en varios momentos difíciles, y por eso estoy tan

agradecida. También me ayudaron económicamente comprando mis novelas, lo

que en cierta forma me dio independencia y la esperanza de poder vivir de la escritura. Y ojalá sepan entender que esto es el final, no de mi vida, sino de mi

vida compartida con ustedes.

Las circunstancias así lo requieren, mis hombres me lo han pedido, y yo

quiero cerrar esta puerta definitivamente porque deseo cuidar mi intimidad, pero

más que nada quiero priorizar esta relación que me hace tan pero tan feliz.

Espero que ustedes también lo sean en este año que se inicia y siempre.

¡Millones de besos!

Verónica

P.D.: ¡Hoy es día de los inocentes! ¿Ya hicieron su broma? ;)

Otros títulos de la autora: